Rafael Poch-de-Feliu

ENTENDER LA RUSIA DE PUTIN

De la humillación al restablecimiento

A FONDO

akal

Rafael Poch-de-Feliu

ENTENDER LA RUSIA DE PUTIN

De la humillación al restablecimiento

A FONDO

akal

AKAL / A FONDO

Director de la colección

Pascual Serrano

Diseño interior y cubierta: RAG
Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.
© Rafael Poch-de-Feliu, 2018
© Ediciones Akal, S. A., 2018
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com
facebook.com/EdicionesAkal
@AkalEditor

ISBN: 978-84-460-4703-2

RAFAEL POCH-DE-FELIU

ENTENDER LA RUSIA DE PUTIN

De la humillación al restablecimiento

akal
ARGENTINA / ESPAÑA / MÉXICO

La Rusia postsoviética y el régimen del presidente Putin, su nacionalismo, su crítico desdén y desconfianza hacia Occidente y su escepticismo hacia los valores reclamados como «occidentales», así como el considerable consenso que todo ello tiene en la sociedad rusa, no se comprenden sin atender a la humillación de los años noventa. Aquel periodo supuso una traumática depresión para millones de rusos, pero ofreció también un ambiente idóneo para la reconversión social de una casta administrativa en clase propietaria.
Realizada aquella operación, en las elites rusas se planteó de nuevo la cuestión del Estado: restablecer su maltrecha función y autoridad, tanto dentro como fuera del país. Putin ha sido el encargado. Ese restablecimiento genera fuertes tensiones, porque Occidente no lo acepta. Una «nueva Guerra Fría», sanciones, y grandes contradicciones en el seno del régimen y de la sociedad rusa, son las consecuencias.
Este libro aborda todos esos aspectos, así como las raíces de las dificultades de Rusia con el pluralismo y el estado de derecho, y es una posdata de la crónica que Rafael Poch-de-Feliu realizó hace quince años sobre el fin de la URSS y el nacimiento de la Rusia postsoviética, *La Gran Transición. Rusia 1985-2002,* considerada la mejor síntesis de aquel tumultuoso periodo.

Hasta su despido de *La Vanguardia,* **Rafael Poch-de-Feliu** (Barcelona, 1956) fue veinte años corresponsal de ese diario en Moscú y Pekín, nueve en Berlín y en la Europa del Este, y tres en París. Fue corresponsal de *Die Tageszeitung,* colaborador de *Le Monde Diplomatique* y de la revista *Du Shu* de Pekín. Actualmente mantiene el blog semanal *rafaelpoch.com.*

A Lou, con retraso

PRESENTACIÓN

¿Recuerdan qué relajados estábamos cuando al frente de Rusia había un borracho que pellizcaba a las secretarias? Con Yeltsin controlando el botón nuclear, nuestros dirigentes y medios de comunicación sí que estaban tranquilos. Ahora no, ahora hay un presidente en Rusia que es militarista, porque que no tolera que le sigan dando dentelladas alrededor (en Ucrania, en Siria...), que se le ocurre poner en el aire una televisión para contarnos las noticias a su manera y, encima, el muy tunante, ha logrado situar a «uno de los suyos» al frente de la presidencia de Estados Unidos. Y hasta está consiguiendo que se rompa España con su apoyo al *procés*.

Observando el discurso dominante en Occidente, esta caricatura podría ser la imagen de la situación rusa actual y de su presidente, Vladímir Putin. En la historia de la humanidad, los gobernantes han aplicado frecuentemente la clásica estrategia de señalar a sus ciudadanos que el enemigo estaba fuera para, así, desviar la atención de los problemas interiores y sus responsabilidades. El agresor, el violador de derechos humanos, quien ponía en peligro la paz e incumplía las promesas y los tratados siempre era el otro. Excepto cuando el otro era una marioneta a nuestro servicio, como Yeltsin. De ahí que la imagen que siempre se nos ha transmitido de Rusia, y de la Unión Soviética anteriormente, estaba muy influida por los intereses occidentales. La realidad es que la evolución y los cambios desarrollados en Rusia en los últimos cincuenta años no los hubiera podido prever el más imaginativo de los escritores de ciencia ficción. De epicentro de una gran potencia mundial que contrapesaba el capitalismo y despertaba pasiones en los movimientos obreros de todo el planeta, pasó en pocos años a ser un Estado fallido y saqueado. De estar bajo el liderazgo de un símbolo del diálogo y de la paz mundial como era Gorbachov a estarlo de un patético borracho al que la comunidad internacional le permitió bombardear el Parlamento. Y cuando parecía que Rusia iba a terminar en el estercolero de la historia, se levanta de sus cenizas y acaba expulsando a Estados Unidos y sus amigos de Osetia del Sur, Crimea y Siria.

Es evidente que no se puede intentar descifrar la geopolítica internacional sin estudiar a Rusia y que no se puede conocer Rusia si nos limitamos a los grandes medios de comunicación. Por ello en la colección «A Fondo» de Akal hemos querido conocer ese país. Y para hacerlo hemos viajado a las raíces de la autocracia rusa, cinco o seis siglos atrás. Hemos recordado el derrumbe de la URSS, sus razones, su proceso y sus consecuencias. Y así llegamos a la Rusia actual y a su presidente, Vladímir Putin. El hombre que, siendo anticomunista, ha terminado siendo más odiado y temido por los gobernantes occidentales que cualquier líder comunista ruso. Este libro se titula *Entender la Rusia de Putin,* y nuestro autor fue durante veinte años corresponsal en Moscú y Pekín, y otros nueve en Berlín y Europa del Este. Muchos estudiosos y periodistas nos explicaban en periódicos y libros los acontecimientos de la Rusia moderna, pero muy pocos vivían allí. Y Rafael Poch-de-Feliu era uno de esos pocos.

A lo largo de estas páginas, Poch analiza la geopolítica, pero también la historia de Rusia, porque sin ella no se puede entender nada. Y también nos debemos acercar a las ideologías y los valores que sacudieron a Rusia y a la Unión Soviética, porque tampoco podremos entender los acontecimientos y la actualidad si no desciframos las emociones que despertaron esas ideologías. Por cierto, algún mito sobre el pueblo ruso se nos puede caer leyendo este libro.

También se nos recordará algún dato que la historia ha sepultado. Como que ocho meses antes de que un contubernio palaciego entre los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia disolviera la URSS, en diciembre de 1991, 148 millones de soviéticos de los 185 con derecho a voto habían participado en un referéndum sobre el mantenimiento de una URSS renovada en el que el «sí» obtuvo el 76 por 100 de los votos. La Rusia de hoy nace de un golpe de Estado contra la URSS.

Poch nos dará su valioso testimonio sobre la desilusión de la promesa socialista entre la población soviética. Como dice nuestro autor, es el problema de las religiones laicas, que, a diferencia de las religiones normales que no precisan ni demostración ni verificación, llevan incluidas la promesa de resultados con fecha de cumplimiento. Y el socialismo no la cumplió. Recuerdo la arrogante pregunta que me hizo un líder de Hezbolá

en el Líbano hace varios años: «¿Por qué tantos marxistas se están pasando al islam?». Mi respuesta no fue menos arrogante: «Porque el marxismo no puede competir con ustedes en el más allá. Ustedes prometen paraísos y mujeres vírgenes, el marxismo sólo polvo tras la muerte porque sus promesas son aquí y se pueden comprobar o desmentir. Ustedes son una competencia desleal».

Con el derrumbe de la URSS se nos prometió la paz que un mundo dividido en dos bloques y bajo la tensión de la denominada Guerra Fría nunca pudo disfrutar. Nos volvieron a engañar. Sin el contrapeso del socialismo real el neoliberalismo se desbocó, los derechos de los trabajadores (tanto los del Este como los del Oeste) se desplomaron gracias a que se disparó la demanda desesperada de trabajo. En la película *Los lunes al sol*, del director Fernando León, un emigrante ruso, recién despedido de una empresa astillera española, cuenta un chiste que circula por su país: «Se ven dos viejos camaradas de partido y uno le dice al otro: "Ves, todo lo que nos contaban del comunismo era mentira". Y responde el otro: "No, todavía es peor, todo lo que nos contaban del capitalismo era verdad"». Pero, además, como recuerda Poch-de-Feliu, el camino libre hacia las zonas de Oriente Medio que estaban vetadas por el poder de la Unión Soviética desencadenó una serie de intervenciones militares de Occidente en todos los países cuyos Gobiernos no eran del agrado de Estados Unidos (Iraq, Afganistán, Siria, Libia, Yemen) dejando atrás millones de muertos.

Lo señala nuestro autor, el simplismo occidental nos lleva a dividir el mundo entre dictaduras y democracias, olvidando que algunas democracias son responsables de miles de crímenes fuera de sus fronteras y que algunos Gobiernos, poco o nada democráticos, han logrado con su diplomacia y tolerancia colaborar más por la paz en el mundo que nuestras democracias.

Este libro se subtitula *De la humillación al restablecimiento,* y su lectura nos ayudará a comprender esa evolución. Un país donde un día, tras la caída de la Unión Soviética, los ahorros de un profesor de la universidad, que llegaban para un retiro holgado, pasaron a valer lo que un par de zapatos. Donde el primer Parlamento plenamente electo de la historia rusa se disuelve a cañonazos ante el asentimiento de la comunidad internacional.

Donde el saqueo de sus recursos naturales fue tal que tres toneladas de petróleo ruso costaban lo que una cajetilla de cigarrillos norteamericanos. Partir de todo ello nos debe servir para comprender cómo recuperar un mínimo de dignidad en el tablero internacional era fundamental para el pueblo ruso, y la garantía de apoyo para quien lo lograra. Pero, ¿qué más hay detrás de Putin? ¿Cuán seguro y firme es su régimen? ¿Cuál es su papel en la tríada con Estados Unidos y China? ¿Cuál es esa relación de amor/odio con Trump? Pongámonos el abrigo y viajemos a Rusia, sólo allí, de la mano de Rafael Poch-de-Feliu, encontraremos las respuestas.

Pascual Serrano

PRÓLOGO

Hace poco alguien puso en la red un mapa de la actual Rusia –oligárquica y capitalista– señalando a su alrededor las bases militares emplazadas por Estados Unidos. La enorme masa continental rusa aparecía rodeada de un colosal sarpullido. A diferencia del que rodeaba a la URSS en la Guerra Fría, el actual mapa incluye una buena cantidad de puntos en el antiguo bloque de Europa Oriental y en algunas antiguas repúblicas soviéticas. Y el jocoso comentario de aquel mapa decía: «Rusia quiere la guerra», y a continuación: «miren, si no, lo cerca que ponen su país de nuestras bases militares». El gasto militar de la OTAN es de 954.000 millones de dólares, el de Rusia de 66.000 millones, sin embargo es la OTAN la que clama contra la «amenaza rusa».

La desvergüenza de este mundo al revés es tan vieja como los imperios y más conocida que la sopa de ajo, y ya le pueden dar todas las vueltas que quieran con sus ridículos nuevos conceptos *«fake news»,* «posverdad», etc., que los contenidos cambian poco. En los dolores de parto del mundo multipolar, la demonización del adversario determina la labor de políticos, expertos e informadores. Es así como se pretende hacer pasar por anacronismo las «zonas de influencia» de una gran potencia (que intenten los rusos, los chinos o los iraníes establecer una base militar en México). Es así como en la época de los Julian Assange y los Edward Snowden –el hombre que demostró la existencia del *big brother,* lo identificó con las siglas NSA e incluso ofreció detallados documentos de su actividad global– la gran amenaza son los *hackers* rusos, que, según cuenta la leyenda, determinaron nada menos que la victoria electoral de un presidente de Estados Unidos. Es así como en la época de las mayores matanzas jamás vistas en Oriente Medio, es en Rusia, o en cualquier otro país adversario, donde se localizan las peores violaciones de derechos humanos con los atribuidos asesinatos de espías y enemigos, los desmanes en el Cáucaso norte o el maltrato de opositores.

Si a alguien le queda el suficiente buen sentido como para no tragar con todo esto, se le dedicará una segunda batería de recursos, estos ya no para

fabricar consenso y convencer a base de mentiras, omisiones o interesadas focalizaciones, sino de tipo intimidatorio. Un ejemplo, clásico y rancio, es que la crítica a las criminales acciones del Estado de Israel pisoteando la legalidad internacional se haga pasar por «antisemitismo». Otro, que también denota la misma desesperación, es desempolvar la acusación y la sospecha de traición que inventó el senador McCarthy para criminalizar hasta simples contactos diplomáticos con Rusia. Y otro, en fin, es el recurso semántico acuñado en Alemania para dejar fuera de juego a quien intente racionalizar las contradicciones de ese mundo al revés: el *Putinversteher,* literalmente *el que comprende a Putin*.

Quien cuestione la lógica del mencionado mapa no recibirá argumentos, sino su automática descalificación como abogado de Putin a través de ese concepto lanzado tras una intensa campaña mediática de demonización. Y es que el mero ejercicio de intentar comprender y explicar –la *funesta manía de pensar* en la descarnada versión ibérica– ya es percibido como falta y defecto. Cuando se tocan determinados temas, quien no se pone firme al instante y sin titubear queda automáticamente descalificado como *justificador* en un telegráfico mensaje de Twitter de 280 caracteres. Como dijo, tras los atentados yihadistas de enero de 2015 en París, el entonces primer ministro francés, Manuel Valls: «Para estos enemigos no puede haber explicación que valga, porque explicar ya es un poco querer disculpar». La frase contiene toda una ruptura con la filosofía de la Ilustración y sugiere ese regreso al mundo anterior a Voltaire y Diderot que nuestras oligarquías parecen añorar en la intimidad.

Este libro rompe con todo eso, como anuncia su título, y es la genuina obra de un *Putinversteher,* de alguien que considera que, a la hora de observar nuestro mundo, la razón y el intento de comprender son preferibles a la disciplina y la demonización.

La Rusia postsoviética y el particular régimen del presidente Putin, su nacionalismo, su crítico desdén y desconfianza hacia Occidente y su cínico escepticismo hacia los valores reclamados como «occidentales», así como el considerable consenso que todo ello tiene en la sociedad rusa, no se comprenden sin atender a los años noventa y al rasgo central que esa década

imprimió en la conciencia social y nacional de los rusos: la humillación. Todo eso no ha caído del cielo.

Aquel periodo no sólo supuso una gran y traumática depresión para millones de rusos, sino que ofreció también el entorno idóneo para la reconversión social de una casta administrativa en clase propietaria. Una vez realizada aquella crucial operación, en las elites rusas se planteó de nuevo la cuestión del Estado: recuperar su maltrecha función y restablecer su prestigio, tanto dentro como fuera del país.

Vladímir Putin, que si concluye su actual mandato habrá gobernado Rusia tanto tiempo como Stalin o Brézhnev, fue el encargado de acometer ese restablecimiento porque reunía tres características idóneas: era una persona «*de orden»,* leal y obediente; no corrupta, con sentido de Estado; y al mismo tiempo desengañada de las ideologías del antiguo régimen soviético y desmarcada de cualquier tentación de poner en cuestión la turbia privatización que acabó con la nivelación soviética y convirtió Rusia en una sociedad de grandes desigualdades. Putin ha restablecido un orden elemental consolidando y perfeccionando el régimen autocrático de su predecesor, Borís Yeltsin, pero, a diferencia de aquel, sin ser una marioneta de Occidente.

El actual restablecimiento, mayormente militar, de la potencia rusa genera fuertes tensiones, fundamentalmente porque Occidente no lo acepta. Tras muchos años de avasallamiento sin respuesta en sus fronteras, en 2008, hace diez años, Rusia comenzó a responder. Desde entonces cuando le meten el dedo en el ojo, el oso ruso no sólo gruñe sino que también reacciona con un zarpazo. Esa reacción lanza al mundo un mensaje inaceptable para el hegemonismo, porque contiene el peligro de que otros sigan el ejemplo. Por eso el castigo es imperativo. Putin podría ser diez veces más cruel con sus opositores y diez veces más transgresor de derechos humanos y no habría ningún problema con él si al mismo tiempo su régimen fuera un complaciente vasallo. Eso es algo perfectamente perceptible tanto en el trato recibido por otros Estados, como Arabia Saudí o Colombia, como en la indulgencia demostrada por los autoproclamados jueces y moralizadores respecto a los mayores crímenes contra la humanidad de los que las últimas guerras están repletas. Precisamente

porque el autor considera básico y universal el concepto de derechos del hombre y del ciudadano que nos legó la Revolución francesa, este libro no entra al trapo de la «política occidental de derechos humanos», que es su más hipócrita perversión.

En el entorno de Rusia, como en el de China, se han creado nuevos y peligrosos focos de tensión militar, agravados por la imposición de sanciones. Durante la mayor parte del siglo XX, Rusia ya estuvo sometida a sanciones. La diferencia ahora es que su economía exportadora de materias primas está muy inserta en la mundialización y depende sobremanera de sus adversarios. Esta contradicción contiene otras.

El actual sistema ruso puede definirse como un capitalismo burocrático basado en el acuerdo entre la burocracia y el capital privado. El desafío militar ruso está afectando a las bases de ese acuerdo, porque parte de la elite rusa se ve perjudicada por él en sus intereses económicos más vitales. Eso quiere decir que no puede excluirse un cisma en el seno mismo de las fuerzas vivas que gobiernan el país y monopolizan su Gobierno. Respecto a la sociedad, su consenso hacia un Gobierno firme y autoritario tampoco está garantizado y se enfrenta también a grandes contradicciones.

Por fuerte que parezca el nacionalismo de la sociedad rusa, su proverbial disposición hacia el sacrificio en el altar del Estado parece haber caducado. El patriotismo y su recuperado orgullo no son incompatibles, sino más bien complementarios con un fuerte vector de occidentalización y modernidad europea que es el espejo en el que los rusos se miran. Si, como parece, el desafío que implica el resurgir de la potencia rusa exigiera dolorosos sacrificios para su sociedad, habrá que estar muy atentos a la reacción de la calle.

Pero lo peor es que, fuera de la industria militar, el régimen ruso no está siendo muy eficaz en el desarrollo. El eterno problema de no quedarse peligrosamente rezagado respecto a sus rivales, esa angustia histórica de Rusia que Pedro I oficializó en sus reformas, sigue ahí. Putin parece reconocerlo cuando dice que «la principal amenaza y nuestro peor enemigo es el hecho de que nos estamos quedando atrás: si somos incapaces de revertir esa tendencia». El retraso de Rusia, del que su arcaico y poco funcional régimen político forma parte, «supone una amenaza mucho más

significativa a la soberanía e integridad territorial del país que las reales amenazas militares contra las que Rusia ya está bien protegida», reconoce un reputado centro de análisis de Moscú.

Todos estos aspectos de la Rusia a caballo entre dos siglos se insertan también sobre un entramado histórico concreto, una impronta secular que explica no pocas inercias y regresos al régimen autocrático tradicional en Rusia desde los tiempos de su misma fundación como Estado. ¿Por qué le cuesta tanto a la Rusia contemporánea afirmar una democracia de baja intensidad del tipo de las que hay en el resto del continente europeo? ¿Cuáles son los obstáculos, culturales e históricos, para una separación de poderes y un Estado de derecho que no sean una pura construcción de cartón piedra? Sin caer en el determinismo histórico, esa inercia no puede ser obviada al intentar una descripción general del presente y por eso este libro le dedica el primer capítulo, que pretende ser un atisbo de alternativa al abusado e inútil concepto de «totalitarismo». Para entender la Rusia de hoy, no sólo las razones de su afirmación y la legitimidad de su nacionalismo, sino también sus límites, miserias y fragilidades, esa excursión al pasado resulta ineludible y por eso empezamos por ella.

Este libro es también una especie de posdata para mi crónica de hace quince años sobre el fin de la URSS y la génesis de la actual Rusia, lo que incluye un breve y necesario recordatorio sobre los motivos de la autodisolución de la Unión Soviética en diciembre de 1991, sobre la que se siguen escuchando los juicios más estrambóticos.

No es este un libro de periodista que ha pisado el terreno fresco que describe, sino de un observador distanciado que no ha visitado el país desde hace diez años. Es un género que no me agrada particularmente y si me he decidido a practicarlo ha sido únicamente a la vista de la pobreza y el bajo nivel de lo que se publica actualmente sobre Rusia, país que no se entiende sin situarlo en el marco mundial del que forma parte. Por supuesto, esto no debe entenderse como una disculpa por los errores de percepción y los defectos de este intento de alternativa a la demonización que se nos sirve machaconamente, y que, en cualquier caso, el lector deberá juzgar.

Gerona, otoño de 2018

I

RAÍCES DE LA AUTOCRACIA

El supuesto carácter «único» de Rusia ha sido siempre un tópico en el debate nacional. Aparece con frecuencia e históricamente creó escuela. Actualmente es uno de los fundamentos del nuevo nacionalismo ruso, tan rancio como acomplejado, que envuelve la recuperación estatal en la Rusia de Putin. El recurso a la excepcionalidad es también una manera de evitar el debate y la crítica. «Rusia no se entiende con el intelecto» («Умом Россию не понять») se dijo ya en el XIX. Pero, como respondió Teodor Shanin, la célebre sentencia de Tiútchev deja pocas alternativas: «Si no puede entenderse con la cabeza, ¿cómo entenderla?, ¿acaso con el trasero?».

Rusia, efectivamente, tiene rasgos específicos que imprimen un fuerte carácter diferencial a su tradición nacional. No es necesario glosar la grandeza de su cultura universal, el humanismo de su potente literatura o la profundidad de su alma. Vivir en Rusia y tomar contacto con su cultura y sus gentes es someterse a una gran lección sobre la condición humana. Pero «diferente» y «único» son cosas distintas, en cualquier caso el juicio depende de quién es el observador y desde dónde aborda su observación.

Para un europeo que entre en Rusia desde Europa del Este, el país se le puede presentar como algo muy diferente, como otro mundo. Por el contrario, si entra desde China o Afganistán, el mismo observador se sentirá, como quien dice, en su casa, pese a que cristianismo, lengua eslava y alfabeto griego son elementos de nuestro continente; si no nuestros, sí claramente emparentados civilizatoriamente con nosotros.

Una vez reconocido este parentesco, ¿qué es, pues, lo específico de Rusia?

Yo diría que las raíces de la especificidad de la tradición y de la cultura política de Rusia hay que buscarlas dentro de un triángulo que está formado por:

a) *El tipo de cristianismo,* las condiciones en las que se implantó en el país la Iglesia ortodoxa.

b) *El estatismo exacerbado* desde los tiempos del Principado de Moscú, con su concentración de poder en manos de un monarca que es propietario del país y sus gentes, y que ejerce el poder con un absolutismo total que sobrevive y se reproduce, tanto durante el Imperio de los zares como durante el periodo comunista.
c) *El mundo agrario ruso,* con sus únicas condiciones naturales y sus antiguas y resistentes tradiciones y relaciones comunales, que todavía hace muy poco estaban completamente vigentes y que en Europa Occidental habían desaparecido en el siglo XVIII.

Vamos a repasar estos tres aspectos con la idea de devolver a la historia la calificación de Rusia y sus regímenes políticos, frecuentemente expulsados de ella, en la Guerra Fría vía el concepto de *totalitarismo* y hoy, en el marco de las nuevas tensiones del nacimiento del mundo multipolar, con las nuevas categorías empleadas contra su régimen oligárquico (ya sin comunismo y en plena sintonía con el capitalismo de sus rivales occidentales).

ORTODOXIA

Hay que recordar que la religión es un aspecto fundamental en la vida de cualquier pueblo. Una vez adoptada por una nación, la religión se convierte con el tiempo en un hecho *biográfico* de su historia, enraizado en lo más profundo de la mentalidad y de la cultura de ese pueblo, y generalmente muy difícil de cambiar. Pensemos un momento en cómo la colonización europea de Asia, con su enorme impacto transformador, no logró imponer el cristianismo a indios, birmanos, indonesios y ya no digamos chinos. O cómo, en los Balcanes, el largo dominio otomano no logró islamizar a griegos, búlgaros, serbios y otros… Digo esto para subrayar la importancia de la opción que tomaron los rusos –en el año 988, según la leyenda– a favor del cristianismo griego-oriental.

Una diferencia fundamental entre la Iglesia greco-oriental y la romana-occidental es la de cómo cada una de ellas comprende su unidad y su

ortodoxia, entendida esta última como el conjunto de principios doctrinarios y de normas aceptadas por la mayoría que modelan la tradición. Para el catolicismo occidental estas están representadas por el obispo de Roma: el papa, sucesor de san Pedro, jefe indiscutible e infalible. En la Iglesia oriental no existe ese centro formal y unificado. Las Iglesias locales pueden organizarse independientemente y ningún jerarca puede decidir lo que corresponde a la fe y lo que no. Eso que en la Iglesia romana es decidido por el papa, en la Iglesia oriental lo deciden los concilios ecuménicos *(vselenskie sobory)* en los que están representadas todas las Iglesias locales. A partir de esta diferencia, las dos Iglesias cristianas se desarrollan de forma muy distinta, porque su contexto es muy diferente.

En Occidente, Roma se convierte en el centro de un patriarcado fuerte e indiscutible. Cuando el Imperio romano occidental se hunde en el siglo v de nuestra era, se produce la paradoja de un poder eclesiástico, unido y centralizado, que coexiste con el poder político, débil, dividido y disperso, de los reinos bárbaros. En ese contexto, la potencia eclesiástica y seglar del centro papal y su doctrina poco a poco se transforman en dogma y van siendo aceptadas como algo genuino. Además, la Iglesia romana acaba introduciendo, entre muchas dificultades, el celibato obligatorio para su clero, lo que favorece una «dedicación absoluta» de los clérigos a la causa, desconectada de la vida familiar y doméstica.

El clero romano está bastante abierto a los talentos, aunque sean de origen social humilde, y configura una red compleja entre su centro jerárquico y la periferia (el sistema del aparato de la curia, de nuncios y de legados papales) que coordina y organiza la sumisión directa al papa. Pero el poder del papa de Roma no es sólo fuerte y organizado en el interior de la Iglesia. También es independiente de las monarquías seglares. La combinación de esa independencia externa con el poder ilimitado interno en la Iglesia permite a los papas ver reconocido su papel de jefes supremos del mundo católico. En la Edad Media, los monarcas católicos aceptan una sumisión al papado y se disputan su favor. Todo eso les brinda a los papas cierta holgura.

La situación es inversa en Oriente. Allí hay toda una serie de obispados predominantes que poco a poco fueron formando un sistema de patriarcados

independientes entre sí, pero que coexistían con un poder imperial que se mantenía fuerte, a diferencia del desmoronamiento político romano. Ese poder, el emperador bizantino, es precisamente la fuerza a la que recurren las Iglesias locales en caso de conflicto, es el organizador de los concilios ecuménicos a cuyas resoluciones el emperador da estatus de leyes de Estado. De esta forma el poder imperial y el papel del emperador como una especie de *obispo exterior* a la Iglesia reciben un tinte cuasi dogmático. Sin el emperador, la Iglesia de Oriente, con su descentralización y su sistema de concilios, se habría disgregado. Esa dependencia se la explica en una carta fechada en 1393, el patriarca de Constantinopla a Vasili I, príncipe de Moscú:

> El santo emperador desempeña un alto papel en la Iglesia. Los emperadores al principio afianzaron y confirmaron la devoción por todo el mundo; los emperadores reunían los concilios […] los cristianos no podemos tener Iglesia sin tener emperador, pues Imperio e Iglesia se encuentran en estrecha unión y no se los puede separar.

Aunque no se mete mucho en cuestiones de dogma y fe, el emperador bizantino hace uso de esa relación con la Iglesia en los aspectos organizativos y políticos: participa personalmente en los concilios, nombra patriarcas entre su gente, se deshace de los jerarcas eclesiásticos que le son incómodos, etc. El clero oriental, por lo menos gran parte de él, puede casarse y es, por tanto, mucho más vulnerable respecto al poder político. Como explica Dmitri Furman:

> Un clero que tiene familia y que transmite su profesión por herencia, por un lado se aísla relativamente de otros estamentos de la sociedad, mientras que por el otro es más prudente y conformista por motivos e intereses económicos –la necesidad de mantener a la familia– por lo que tiende a someterse a la jerarquía eclesiástica de la misma forma en que esta se somete al monarca.

Es así como por toda esa suma de circunstancias la Iglesia oriental se va convirtiendo en un factor que favorece la fundación de un Estado autocrático centralizado que deja pocos espacios al pluralismo y la autonomía.

En Occidente, por el contrario, el clero es un estamento social sometido a una doble autoridad; por un lado, a la del monarca de su país y, por el otro, a la exterior papal. En esa duplicidad hay un terreno para la

autonomía, un espacio y un margen de maniobra que no existen en Oriente. Una autonomía que influye en otros estamentos y da un cierto clima a todo el universo social.

Paradójicamente, la indiscutible autoridad del papa da también al cristianismo occidental mayor confianza y tranquilidad doctrinal. En Roma no se temen tanto como en Oriente las disputas teológicas, que llegan a ser apasionadas, con multitud de matices y corrientes, ni las diferencias de pensamiento. En última instancia, la existencia del papado ofrece la seguridad de poder determinar indiscutiblemente lo que es verdad y lo que no. Esa seguridad que se desprende de la garantía dogmática del papa, permite a la Iglesia tolerar disidencias y debates, sin temor al cisma, sin miedo a que se resquebraje la unidad de la Iglesia. Por el contrario, en Oriente el miedo al cisma y a la disgregación eclesiástica se conjuran mediante un estricto y rígido seguimiento de la tradición y una constante vela por el mantenimiento de las formas. Las disputas teológicas o sobre los aspectos formales de la religión, los ritos de la misa, etc., son temidas como una peste, porque enseguida amenazan la unidad. Eso, sumado a la mayor sumisión del clero, cuya función se transmite de padres a hijos, da un ambiente totalmente diferente en el terreno del pensamiento, un ambiente que, como decíamos antes, influye en el clima general y se transmite a otros estamentos. Veamos ahora cómo evoluciona la situación en ambas Iglesias.

En Occidente, la organización eclesiástica católica, única e internacional, supone contactos permanentes entre el clero de diferentes países (y no olvidemos que en la Edad Media los clérigos son los intelectuales), lo que significa un permanente intercambio de información y vivos contrastes entre problemas e ideas surgidos de los diferentes ámbitos étnicos y culturales que forman parte de la cristiandad católica; con el latín como indiscutible lengua internacional que, además, abre puertas al conocimiento del pensamiento clásico precristiano. Desde esa posición de doble poder –político por un lado y espiritual por el otro–, de fragmentación y cosmopolitismo europeo entre los distintos reinos del catolicismo, es desde donde se puede saltar a toda la red de universidades europeas, a un desarrollo exacerbado del pensamiento religioso que acabará rebasando los marcos del catolicismo, dando lugar primero a la reforma y el

protestantismo y más tarde, cuando el proceso supere los propios marcos del cristianismo, a la ciencia y la filosofía de la Edad Moderna.

Mientras en Occidente se da todo ese desarrollo dinámico que nos lleva del Medioevo a la Ilustración, en Oriente la caída de Constantinopla (1453) y la proclamación de la autocefalía de la Iglesia rusa, es decir, de su plena independencia con respecto a la griega (1589), cimentan y fortalecen aún más todos los procesos de sumisión de la Iglesia al Estado, de legitimación del poder autocrático por parte de la Iglesia, de inmovilismo doctrinario y de aislacionismo, que ya estaban contenidos en el concepto de unidad de la Iglesia oriental.

Tras conseguir la autocefalía, para el clero ruso deja de ser una necesidad el contacto conciliar (y los contactos en general) con los ortodoxos no rusos, griegos o eslavos con los que antes se compartía Iglesia. En Rusia no existe nada parecido al latín. La independencia eclesiástica de Constantinopla abre en Moscú una etapa en la que se cultiva y remarca la diferencia con lo griego. En ese propósito, la Iglesia rusa adopta la lengua eslava litúrgica y se olvida del griego, que también era una puerta hacia el pensamiento clásico precristiano. Así, el Estado ortodoxo con Iglesia autocéfala y lengua eslava litúrgica se condenó a cocerse en su propia salsa cultural, sin apenas intercambios y ventanas abiertas a la ventilación y la influencia exterior.

Sin la emancipación del poder local que resulta de una Iglesia sometida a un poder papal supranacional, lo que permite cierta holgura en el cristianismo occidental, toda la evolución apunta en Rusia hacia la imposibilidad de una independencia entre Iglesia y Estado. No existen en Rusia las condiciones que en Occidente propician el dinamismo para el paso del Medioevo a la Ilustración. En ausencia de esas condiciones, se estancan el pensamiento, la ciencia y la técnica. Ese estancamiento es un factor importante del retraso histórico de Rusia y que en última instancia amenaza a su propia monarquía e integridad, algo que Pedro I reconocerá oficialmente al imponer, en el siglo XVIII, sus forzadas reformas para «alcanzar y superar» a eventuales adversarios. Y todo eso configura en Rusia un ambiente extraordinariamente cerrado e inmovilista que crea toda una cultura de rigidez formal.

Cuando en 1652 el patriarca Nikón, apoyado por el zar, intenta poner orden en el caos que los errores de traducción de los textos sagrados y la costumbre habían introducido en los ritos; por ejemplo, corregir la alteración de una letra en el nombre de Cristo o la práctica de hacer la señal de la cruz con tres dedos en lugar de con dos, se desencadena una profunda divergencia que desemboca en un cisma religioso dentro de la ortodoxia rusa. Lo característico del caso es que la Iglesia, que acepta prácticamente sin rechistar toda la sangre derramada por Iván el Terrible, se rebela, creando una protesta de masas extraordinaria como reacción a una cuestión formal.

Con la reforma de Nikón, comenzó una época de fanatismo e intolerancia religiosa, con excomulgación oficial de los adversarios de la reforma y represión, por un lado, y pensamientos y acciones apocalípticos, por el otro; los adversarios de la reforma pusieron en dos ocasiones fecha a la llegada del anticristo, unos 20.000 de estos «viejos creyentes» *(staroobriadtsy)* partidarios del rito antiguo *(staroobriadchestva*) se suicidaron en autoinmolaciones colectivas en poco más de cinco años. La reforma dividió a los partidarios y adversarios de los cambios introducidos: por un lado, el sector disidente (que fue fuertemente reprimido en tiempos de Pedro I y que contabilizará 25 millones de seguidores a principios del siglo XX) y, por el otro, el sector oficial y mayoritario que acepta la reforma… Y todo este ambiente cerrado se agravó por el hecho de que, a partir del siglo XV, Rusia se había convertido en el único Estado ortodoxo (los demás sucumben al Imperio otomano), con lo que los contactos de los intercambios con culturas de la misma fe, ya de por sí limitados por la lengua, no se dan sencillamente porque ya no hay otras culturas ortodoxas con su Estado independiente y en libertad.

Ese carácter «único» otorgó una potencia ideológica tremenda a la expansión de Rusia, única nación depositaria de la *fe verdadera* para la que cualquier guerra se convertiría forzosamente no sólo en un asunto nacional sino también en una cruzada. En Rusia, la Iglesia se convierte en instrumento de centralización porque el jefe de la Iglesia se somete al poder político moscovita en los asuntos mundanos y presiona con su autoridad a

los adversarios de la centralización. Es así como la Iglesia crea el fundamento ideológico para la autocracia.

Imbricado en la doctrina religiosa, un absolutismo ya olvidado en las monarquías europeas se mantiene vivo en Rusia hasta el siglo XX, y, pasados los años de la gran ruptura que supone la revolución, el «comunismo» ruso transpiró siempre ese ambiente, rígido, cerrado e inmovilista, por más que no tuviera referencias religiosas explícitas. Pocas cosas se parecen más a un cisma religioso de ambiente inquisitorial que las kafkianas disputas contra trotskistas, bujarinistas y demás durante los procesos de Moscú del estalinismo… Pero aquí ya estamos entrando en el segundo punto del triángulo, en la génesis y evolución de un absolutismo político exacerbado. De un estatismo hipertrofiado, que es la segunda gran impronta secular de la tradición rusa que llega hasta nuestros días.

Despotismo

La génesis de ese Estado y de su ideología, a cuya centralización y rigidez tanto contribuye la Iglesia, se produce a finales del siglo XV. Sus coordenadas históricas son la caída de Constantinopla, que coloca al Estado moscovita en la posición de único heredero de una tradición imperial y religiosa, y la descomposición en tres débiles janatos (Astraján, Volga y Crimea) de la «Horda de Oro», el antes potente Estado tártaro-mongol heredero de Gengis Kan que había dominado durante dos siglos y medio los principados rusos. En esa favorable constelación, el príncipe de Moscú *(veliki kniaz)* se convierte en el *gosudaría vseia Rusi* («señor de toda Rusia») a partir del reinado de Iván III. El término ruso *gosudar* tiene matices importantes como el de unificar en una sola palabra los conceptos de «gobernante» y «propietario», y respondía perfectamente a la ambición declarada oficialmente de concentrar todo el poder en una sola persona, auténtica idea fija de los príncipes moscovitas.

Entre los eslavos del sur sometidos a Bizancio el sueño de configurar un cesaropapismo propio, no griego, venía de lejos, pero el avance turco hizo que las miradas se dirigieran hacia Moscú, donde clérigos búlgaros y

eslavos del sur, primero, y rusos, más tarde, extendieron la idea. El metropolita de Moscú, Zosima, se apropió de la analogía búlgara que mencionaba la capital de los búlgaros, Tyrnov, como la «nueva Constantinopla» para escribir en 1492 que «el emperador Constantino fundó la nueva Roma, Constantinopla, y el *gosudar* y autócrata de toda Rusia, Iván Vasílievich, nuevo Constantino, sienta el principio de la nueva Constantinopla, Moscú». Otro clérigo, el abad de Pskov, Filoféi, siguió más tarde su ejemplo en un comentario para el público ruso al compendio de historia sudeslava *Jronograf* y acuñando en una carta posterior destinada al sucesor de Iván III, Vasili III, y escrita hacia 1510, la célebre sentencia: *«cayeron dos Romas* [la primera, la Roma latina destruida por los bárbaros, la segunda, Constantinopla, la Roma griega tomada por los turcos], *se mantiene la tercera* [es decir Moscú] *y no habrá una cuarta».* Ante la herejía latina y la caída de Constantinopla, Moscú se proclamaba centro eterno de la cristiandad ortodoxa y verdadera.

Esta concepción fue de gran utilidad como ideología expansionista, pero fue Ivashka Peresvétov, el Maquiavelo ruso y uno de los principales pensadores políticos del siglo XVI en Rusia, quien formuló con mayor profundidad la ideología de la autocracia propiamente dicha, en tiempos de Iván IV el Terrible.

El zar «debe ser temible, autónomo y decidido, y no debe someterse a consejos», decía Peresvétov. Sólo así «Dios colocará a sus enemigos bajo sus pies y él podrá dominar muchos reinos». Los consejeros no hacen más que «debilitar la iniciativa del zar», hay que «eliminar a los intermediarios entre el zar y el pueblo, actuar al margen de ellos, apelar directamente al pueblo desde cualquier lugar». Peresvétov, que propugnaba una estructuración de la nobleza sobre la base del servicio al Estado que Pedro I impondría mucho más tarde, en 1722, aconsejó a Iván el Terrible crear un ejército de soldados y funcionarios directamente sometidos al zar, de tal forma que los boyardos lo teman, «y no se atrevan a acercársele con astucias malignas». Iván el Terrible siguió esos consejos, ahogó en sangre la posibilidad feudal en Rusia; pasó a cuchillo a la ciudad de Nóvgorod, un centro comercial ruso ortodoxo que se desarrollaba como una ciudad hanseática en la red de comercio báltica, creó un ejército implacable y fue

el primer *gosudar* en proclamarse zar (emperador), logrando en 1561 el reconocimiento por el patriarcado de Constantinopla de la leyenda de su genealogía bizantina y consolidando todo ello con la incorporación de nuevos territorios al reino. Cinco años después de su muerte, en 1589, se proclamó la plena independencia de la Iglesia rusa con respecto a la griega y se creó el «Patriarcado ortodoxo de Moscú y toda Rusia». La idea de que el genuino monarca debía ser independiente y superior a cualquier poder, exterior o interior, y que debía imponer su voluntad y decidir siempre por cuenta propia se convirtió en doctrina con Iván el Terrible, quien, en un mensaje para la reina Isabel de Inglaterra, demostró que usaba ese criterio para considerar si otro monarca era de su mismo rango –le dijo que ella no lo era porque escuchaba a consejeros e incluso a gente común–.

Después de Iván el Terrible, durante los quince años que van de 1598 a 1613, Rusia vive en un periodo que dejará una huella profunda en la consciencia nacional. Durante ese periodo el país conoce un caos fenomenal. La monarquía absoluta se descompone por la extinción de la dinastía y se abre una «época turbulenta» que los rusos designan como *smuta*. Durante esos años levanta cabeza la nobleza feudal boyarda y se suceden las revuelta populares, la guerra civil y la intervención extranjera de los enemigos católicos polacos que imponen a los rusos su propio zar. El periodo concluye con una gran revuelta nacional que recompone el poder absoluto creando una nueva dinastía, la de los Románov, que durará hasta la Revolución rusa de 1917. Todos, y el pueblo llano en primer lugar, sufrieron las consecuencias de aquella inestabilidad con tremendas hambrunas, pero lo importante es la lección de fondo que se extrajo de la *smuta:* la alternativa a la autocracia, al poder despótico y centralizado del zar, es un caos fenomenal de hambrunas e intervencionismo extranjero. Esa es una mentalidad muy arraigada en la conciencia rusa que continua abonando hoy el apego a un poder personal fuerte cuya alternativa sólo puede ser caótica.

Sin una Iglesia autónoma, ni feudalismo, ni humanismo renacentista, veamos qué pasa con la nobleza, una clase cuyo enfrentamiento al poder monárquico puede dar cierto juego plural de fuerzas contrapuestas, abriendo espacios sociales alternativos dentro del absolutismo.

En Rusia hay poca «aristocracia», en el sentido de casta de «los mejores» que contiene la raíz griega *aristós,* con privilegios derivados del nacimiento. Lo característico de la tradición rusa es una «aristocracia funcionarial» que acaba por ser institucionalizada en el siglo XVIII por Pedro I. El nombre ruso de esta clase nobiliaria es *dvoriantsvo,* un término que viene de la palabra *dvor,* que quiere decir «corte». Es decir, lo decisivo en la identidad de esta clase no es tanto el linaje, sino su puesto en la corte, su posición con respecto al monarca. Para comprender más en profundidad este aspecto utilicemos de nuevo la comparación con Occidente.

En Occidente el rango de un noble venía determinado por su título y su nacimiento, y no por la función desempeñada en el Gobierno o en la corte. En la Rusia de Pedro I lo determinante es la función y no la ascendencia. El monarca organizó este sistema en su famosa «tabla de rangos», un escalafón de servicio estructurado en 14 escalones con correspondencias jerárquicas entre los servicios civil y militar. En este sistema, en la rama civil de la administración, uno se hacía «noble personal» (es decir sin derecho a transmitir la nobleza por herencia) al ingresar en la categoría 14. La anhelada posibilidad de transmitir la nobleza a los descendientes de uno, sólo se abría a partir de la categoría 8.

Todo esto creaba una movilidad social «arbitraria» desde el punto de vista del nacimiento (es decir desde el punto de vista de la arbitrariedad de clase) pero en principio mucho más «democrática» desde el punto de vista del talento, porque los muros sociales y el estigma del nacimiento no contaban tanto para ascender hacia lo alto de la jerarquía de mando. El problema es que esta potencialidad democrática venía constreñida por la arbitrariedad, frecuentemente caprichosa, del monarca autócrata. El resultado era una promiscuidad verdaderamente notable y muy desconcertante para los occidentales.

Pedro I hizo de su amigo Aleksandr Méshnikov, hijo de un mozo de cuadra, su favorito, y lo ascendió al rango de príncipe. La amante de Méshnikov, Marta Skavrónskaya, era una lavandera campesina lituana. A partir de 1703, Pedro hizo de Marta su propia amante. Ese escenario no era desconocido en las cortes occidentales cortadas por el patrón clasista, pero a nadie se le pasaba por la cabeza la oficialización dinástica de esas

situaciones. En Rusia, Pedro se casó con Marta, que acabó reinando con el nombre de Catalina I…

El acceso a la nobleza podía ser completamente fortuito. Cuando Catalina II creó la Academia de las Artes, concedió la nobleza hereditaria a todos los profesores de dibujo, escultura y arquitectura, dos categorías por encima de sus colegas de la Academia de Ciencias. Catalina ennobleció no sólo a Rogerson, su médico personal, sino también al médico que la vacunó contra la viruela en 1768 e incluso al joven lacayo que la ayudó en la operación. En su reinado, los profesores de bachillerato superior podían pedir la nobleza hereditaria tras veintidós años de servicio. Eso fue, precisamente, lo que hizo un maestro de Simbirsk, Iliá Uliánov, el padre de Lenin…

A los observadores europeos les horrorizaba la promiscuidad social rusa. En Europa Occidental los títulos nobiliarios rusos se consideraban como de segunda categoría, no sólo por la relativa irrelevancia de la ascendencia, sino también porque todos los hijos, y no sólo el primogénito, heredaban el título, lo que daba lugar a una verdadera inflación de condes y príncipes, pero para los rusos la promiscuidad permitía una cierta fraternidad en sus relaciones sociales hacia la que sentían apego y que contrastaba mucho con el rígido y estricto individualismo y la distante privacidad propia de los occidentales. En el extranjero, los rusos echaban en falta el calor de esa «hermandad» que irradiaba en la vida rusa, eso que llamaremos «tradición promiscua».

Desde los tiempos de Nikolái Karamzín (1766-1826) hasta nuestros días, el ruso que viaja a Occidente formula la misma queja; se declara descontento por la frialdad de los occidentales cuyo excesivo sentido práctico en las relaciones personales le resulta ofensivo, no se siente a gusto con el carácter organizado y metódico de la vida occidental (entendiendo por «occidental» las naciones de su centro: Francia, Alemania, Inglaterra y alrededores). Karamzín, un noble que luego sería el primer historiador ruso, realizó un viaje entre 1789 y 1790 por Prusia, Sajonia, Suiza, Francia e Inglaterra, cuyo relato fue el principal acontecimiento literario de la última década del siglo XVIII en Rusia. Estuvo con Kant en Könisgberg, con Herder en Weimar y con Johan Lafatere en Zúrich. Lafatere, un filósofo y teólogo

protestante, había elaborado una teoría acerca de la supuesta relación entre la fisonomía de la cara y los rasgos del carácter que había causado sensación en los medios ilustrados rusos. El maestro sólo mantenía correspondencia con un ruso: Karamzín. Cuando el viajero procedente de la remota Rusia se presenta de improviso en su casa de Zúrich tras un largo y azaroso viaje, Lafatere lo saluda, lo besa y le dice: «Tengo mucho que hacer, nos vemos a las seis, quédese aquí en mi biblioteca como si estuviera usted en su casa». Y se va. No es así como se entiende la hospitalidad en Rusia, con su entrañable culto al visitante. Y Karamzín escribe con amargura: «Para conocer el apego a mi país, he tenido que irme de él; para saber de nuestro amor a los amigos, he tenido que separarme de ellos». Y tras un emocional desahogo hacia la patria lejana, añade: «nosotros los rusos vivimos en fraternal unión, nos queremos los unos a los otros, no tememos sino que respetamos al bueno y al sabio, desconocemos ese lujo que convierte al hombre libre en esclavo y tirano».

Mezclada con el despotismo absolutista con el que estaba emparentada, esta fraternal «tradición promiscua» hacía que los campesinos llamaran «hermano» a sus iguales y «padre» o «padrecito» a sus superiores, incluido el zar. Esta ausencia de muros sociales, aparte de los que el propio poder establecía, desagradaba profundamente a los occidentales. En 1709, el embajador danés, Yul, escribe con repugnancia una observación que cualquier político británico de principios del siglo XX del tipo de Winston Churchill podría haber formulado desde su distante y despreciativo espíritu de clase:

> Los dignatarios rusos son enormemente laxos en la observancia de su moralidad y dignidad. Tan pronto sus oficiales y brigadieres cuidan de ellos como lacayos, sirviéndoles el vino en la copa, como los tratan con la familiaridad de compañeros. […]
>
> Desde la comida hasta entrada la noche, los dignatarios pueden fumar con los más jóvenes de sus subordinados, beber o jugarse dinero a las cartas, lo que en nuestra tierra sería considerado de mala educación hasta para los cabos.

Por el contrario, al otro lado del espejo, cuando Karamzín le propone en Londres a una agraciada camarera que le cae simpática que se siente con él y se tome también ella un té, rompiendo la distancia amo-criado que tan

fácilmente se traspasa en Rusia, la chica se sonroja, se violenta y sólo ante la excéntrica insistencia del señor accede a tomarse el té de pie, sin sentarse.

La otra cara de esta hermandad es la arbitrariedad. Si la hermandad crea la «tradición promiscua», la arbitrariedad moldea la «tradición indigna». La ausencia de códigos elaborados de relaciones sociales y la convivencia con los «rápidos tránsitos» del servilismo a la altivez pasando por la camaradería obligaban a cada sujeto a improvisar soluciones ante cada situación; elegir el tono y la actitud ante el otro teniendo en cuenta no sólo el rango de este sino también el momento: ¿está el señor en actitud de fraternal compadreo, en cuyo caso puedo actuar de una manera y fumar con él, o está de mal humor y hay que mostrarse humilde y cumplidor, no vaya a estallar su ira…? En cualquier caso, un cálculo sutil, arriesgado en caso de error (Pedro I se emborrachaba con sus ministros y generales para conocer su «verdadera» opinión sobre un asunto y luego les ajustaba las cuentas), siempre nefasto para «aquella templanza y rectitud de carácter que era principio evidente para cualquier extranjero e ingrediente necesario del rango y la educación», y siempre dominado por la arbitrariedad. Todo eso debilita todo sentido de dignidad personal y, en su ausencia, «la posición funcionarial de la persona era el único fundamento que quedaba para determinar el nivel de honorabilidad», dice Miliukov. Se subía por el ascensor social hasta la más alta cima del poder, con la misma facilidad con la que se bajaba. El conde Sheremetev creó una compañía de teatro con algunos de sus siervos y siervas y se casó con una de ellas, pero cuando se cansó dispersó la compañía y los actores regresaron a su hacienda. ¿Qué sino la arbitrariedad podía presidir la relación social, rellenar el vacío que el derecho de clase ocupaba en Occidente?

No es de extrañar, pues, que en Rusia el derecho no tuviera un gran terreno. Si existía, la ley no contaba o era mero decorado. El propio siervo carecía de derechos. Para él no había más jurisdicción que la costumbre o, como máximo, una astuta interpretación en su provecho personal de conceptos generales de las órdenes del monarca como el «bienestar general» *(obshe blago),* la «mutua conveniencia» *(oboyúdnaya výgoda)* o el «provecho de todos» *(vsenarodnaya polza)*. Nikolái Nóvikov, uno de los primeros elementos críticos de la clase ilustrada surgida en el marco de la

liberalización introducida por las iniciales buenas intenciones reformadoras de Catalina II, expuso en su periódico satírico *Truten* («El Zángano») un ejemplo sobre los efectos prácticos de la ley en la relación entre el débil y el fuerte: un boyardo con un gran séquito llega a un almacén y le roba el género al comerciante, este recurre al juez pero recibe un latigazo: «¡Cómo te atreves, miserable, a exigir la devolución, dale gracias al boyardo por no habérselo llevado todo!». En esa escuela se educaron en Rusia la ley y los hombres, constataba amargamente Herzen a mediados del XIX:

> La escandalosa injusticia de las leyes ha enseñado al pueblo a aborrecerlas y a someterse a ellas como a una fuerza. La total desigualdad ante el tribunal mató en él todo respeto a la legalidad. El ruso, cualquiera que sea su condición, elude o viola la ley por doquier, allí donde eso puede hacerse impunemente, y exactamente igual actúa el Gobierno.

La clase ilustrada, a la que Herzen pertenecía, padecía la misma situación. Si en Occidente la instrucción y la formación universitarias presuponían cierto estatus social, en la Rusia del XIX su acceso no sólo era patrimonio del medio nobiliario y gran burgués, sino que estaba bastante abierto a sectores bien modestos y precarios, que en el régimen autocrático estaban completamente alejados de toda perspectiva y posibilidad de decisión y acción política institucional. El primer acto que su impulso crítico dictaba a esos sectores ilustrados para superar la injusticia y la arbitrariedad no podía ser otro que derrumbar todo el orden establecido. Para hacerlo se necesitaban picos y palas, no derecho.

Un grupo de intelectuales nacionalistas y cristianos rusos, entre ellos los filósofos Nikolái Berdiáyev, Serguéi Bulgákov y Semión Frank, así como el historiador Mijaíl Gershenzon –algunos de ellos con pasado socialista y casi todos expulsados de la URSS en 1922–, analizó a principios de siglo el papel de la *intelligentsia* revolucionaria en Rusia, a la que acusaba de antinacional y antirreligiosa. A los grandes pensadores sociales y revolucionarios del XIX, como Herzen, Chernichevski o Mijaílovski, este grupo los acusaba de «haber destruido los pilares religiosos, nacionales y estatales, y pervertido el alma de la *intelligentsia*». Gershenzon, que escribía en 1909, es decir, entre dos revoluciones y en una de las sociedades más oprimidas de Europa, reprochaba a la intelectualidad de izquierdas su «exagerado interés hacia las cuestiones sociales». En el ambiente de la

moda intelectual «retro» de finales de los ochenta en Rusia, estas ideas encontraron gran interés entre los intelectuales de la «Perestroika», pero el análisis de aquel grupo, expuesto en la antología de artículos *Veji* («Hitos»), así como en todo el debate, las réplicas y las continuaciones editadas en el exilio que la siguieron hasta los años treinta del siglo XX, contenía observaciones muy atinadas sobre el medio intelectual ruso y sus vicisitudes en el contexto de la impronta secular. En una carta a Plejánov de 1895, Engels se asombraba de que, en Rusia, «las obras de Marx eran interpretadas de los modos más distintos y contradictorios, como si se tratase de citas de clásicos o del Nuevo Testamento». Berdiáyev constataba la adoración hacia la cultura occidental de los intelectuales rusos. «Sólo gente absolutamente ajena a la cultura europea puede mantener tal relación hacia ella», decía, refiriéndose a quienes «popularizan la superficie de las ideas occidentales convertidas en catecismo». Bulgákov destacaba de aquella *intelligentsia* del XIX su mentalidad «clandestina» y su fanatismo eran rasgos que en gran parte se debían a la constante presión policial del antiguo régimen. Las extremas condiciones que este imponía generaban un pensamiento «extremista». En su relación con el pueblo, la *intelligentsia* «oscilaba entre dos extremos»: el de «servicio al pueblo», considerado como el depositario de los valores de la sociedad justa y libre del futuro, propio de los *narodniki,* y el de «aristocratismo espiritual» bolchevique, portador de una conciencia social que debía ser imbuida a «las masas» desde fuera para construir un mundo mejor mediante técnicas de ingeniería social. El despotismo, decía Gershenzon, había creado ese desarrollo tan poco orgánico entre los intelectuales rusos, con su enorme brecha entre pensamiento y vida, esa vida entre desordenada, caótica, «proletaria» y llena de carencias, y al mismo tiempo cargada de pensamientos redentores de clave religiosa, cuya sordidez y atormentadas tribulaciones había retratado en sus obras Dostoyevski.

Según Gershenzon, en el «cisma entre conciencia y vida», propio del intelectual ruso, residía la superioridad del vulgar burgués occidental.

> Sin duda el burgués occidental es más pobre en ideas morales que el intelectual ruso, pero sus ideas están en consonancia con su estructura emocional y, aún más importante, en comparación vive una vida espiritual más íntegra. De ahí que en Occidente sea posible la

pacífica resolución de los conflictos: allí la lucha transcurre en el terreno de los intereses positivos.

En Rusia, por el contrario, el absolutismo determina una perspectiva de derribo en los elementos críticos, que siempre han estado marginados de toda responsabilidad de poder. Su lucha es un pulso por el «todo o nada» y en su terreno no hay consenso que valga: es la negación lo que se impone, dice Berdiáyev.

La imposibilidad de aplicarlos no impedía, incluso fomentaba, que los pensamientos fueran muy lejos. Los intelectuales rusos «eran sansimonianos, furieristas, proudhonianos, cuando todavía había servidumbre y monarquía absoluta», constataba Berdiáyev, y eso condenaba a la *intelligentsia* a «llevar a cabo una desesperada lucha por los derechos del pueblo sin que el propio pueblo participara para nada en ella», decía Nikolái Gredeskul, que ejemplificaba la relación autista entre el intelectual y el campesino (el *muzhik*) con el poema en prosa *El peón y el señorito* con el que Turguéniev había retratado, en 1878, la supersticiosa enajenación del pueblo oprimido hacia sus entregados redentores:

EL PEÓN: ¿Y tú a qué vienes? ¿Qué quieres de nosotros? No eres de los nuestros… ¡Largo de aquí!
EL SEÑORITO: Soy de los vuestros, ¡hermanos!
EL PEÓN: ¿De los nuestros? ¡Anda ya! ¡Vaya ocurrencia! Mira mis manos, fíjate que sucias están, ¿lo ves? Huelen a estiércol y a pez, y tú tienes las manos bien blancas ¡a saber a qué huelen!
EL SEÑORITO, *tendiéndole las manos:* Huélelas.
EL PEÓN, *tras oler las manos:* ¡Qué extraño! Parece como si olieran a hierro.
EL SEÑORITO: Así es, huelen a hierro. Durante seis años he llevado grilletes.
EL PEÓN: ¿Y eso por qué?
EL SEÑORITO: Pues porque me preocupa vuestro bienestar y quería liberaros a vosotros, gente oscura e ignorante, me rebelé contra vuestros opresores, me amotiné… Y por eso me encerraron.
EL PEÓN: ¿Te encerraron? ¡Buena gana de armar bronca!
(Dos años más tarde.)
EL MISMO PEÓN, *a otro:* Oye tu Petrá ¿te acuerdas de aquel señorito que estuvo hablando contigo hace un par de veranos?
EL OTRO PEÓN: Sí… ¿y qué?
EL PRIMER PEÓN: Pues na, que dicen que hoy lo van a ahorcar, que ha salido ya la orden.
EL SEGUNDO PEÓN: Seguía armando bronca, ¿o qué?
EL PRIMER PEÓN: Pues, por lo visto.
EL SEGUNDO PEÓN: ¿Sabes lo que te digo, Mitriai? A ver si nos agenciamos un pedazo de soga de la horca. Dicen que da mucha suerte.
EL PRIMER PEÓN: Pues tienes razón. Habrá que intentarlo, vaya.

Los abismos, las incomprensiones y los desencuentros eran el escenario de la sociedad desorganizada que era Rusia, cívicamente inmadura e invertebrada como consecuencia de su estatista articulación, carente de «calles» que comunicaran un estamento con el otro, a excepción del poco educativo ejército, donde sí se producía tal encuentro. Si en Occidente el derecho era moldeado por la arbitrariedad de clase, en Rusia la debilidad de esta no suponía necesariamente más democracia social porque allá era otra arbitrariedad, la voluntad autocrática indiscutible y sin apenas contrapesos del monarca, la que presidía las relaciones sociales y moldeaba la ausencia de casi todo derecho. La enormidad del Estado absoluto unida a la ausencia de espacios autónomos y de pluralismo –reprimidos para no comprometer la cohesión de la autocracia– explican el carácter de desesperada y radical ruptura que la disidencia acostumbra a tener en Rusia hasta el día de hoy.

Todo lo dicho hasta ahora se refiere fundamentalmente a lo que Robert Redfield llama «gran tradición» civilizatoria. La «gran tradición», explica este autor, es elitaria e intelectual y se genera en las escuelas y en los templos. Pero la civilización se compone también de otra corriente, la corriente contenida en la que Redfield llama «pequeña tradición», popular y no ilustrada, elaborada y sostenida por la vida del campesino en sus comunidades rurales. Si la tradición del gobernante, el filósofo, el teólogo y el literato se elabora y transmite conscientemente, la tradición de la gente menuda se acepta en gran medida como un don que no se analiza ni se intenta perfeccionar. Las dos tradiciones, la grande y la pequeña, la de los de arriba y la de los de abajo, son, sin embargo, interdependientes y formativas, en el sentido de que imprimen su sello. El sujeto siempre es responsable del Gobierno que tiene, y viceversa; cuando el sujeto es absolutamente ajeno al poder, este puede ser absolutista. Por otro lado, es lógico que el poder absoluto ejercido a lo largo de mucho tiempo engendre un sujeto irresponsable o enajenado con respecto a todo lo público… Eso es lo que nos obliga a entrar en el tercer y último punto del triángulo antes mencionado: el mundo del campesino ruso.

Universo campesino

Las coordenadas geográficas y climáticas, la dureza y brevedad del trabajo que determinan el escaso rendimiento y la baja calidad de sus resultados, la amplitud del espacio y su baja densidad de población hasta hace relativamente poco, así como las consecuencias que todo ello tiene en la organización social y la mentalidad del campesino son las que convirtieron el mundo agrario ruso en algo verdaderamente sin parangón.

Nadie trabaja la tierra tan al norte como los rusos. Su Estado se formó entre los 50 y 60 grados de latitud norte, una franja al sur de la cual viven nueve de cada diez canadienses, con un periodo de labranza extremadamente corto (de principios de mayo a principios de octubre) y en un suelo en el que predominan las tierras de poca calidad que exigen más trabajo y dedicación. Mientras que el campesino occidental está activo diez meses al año y sólo deja de trabajar en diciembre y enero, al ruso le falta tiempo para realizar su trabajo en el breve plazo en el que se le concentra todo. La naturaleza le da unos 130 días, que se convierten en 100 si se descuenta la siega del heno, lo que le obliga a desplegar una actividad desenfrenada y a concentrar en la labor a toda la familia, niños y ancianos incluidos. A ello se le suma una escasez tradicional de ganado y animales de tiro. El largo periodo de estabulación, de 198 a 212 días anuales que las crudas temperaturas imponen, exigía mucho forraje, lo que en Rusia siempre fue «una especie de lujo». Los documentos informan de que, salvo raras excepciones, las vacas y los caballos eran pocos y malos. En el siglo XVIII, el rendimiento habitual de una vaca era de 600 litros de leche al año –un poco más tarde en la provincia de Gerona una vaca rendía 2.800 litros anuales– lo que no es raro teniendo en cuenta que su alimento principal durante generaciones estaba compuesto por «paja y espigas secas».

Chayánov, el principal economista agrario de los años veinte –que Stalin ejecutó en 1939–, observaba en 1925 que en la mayoría de las provincias rusas había una «flagrante escasez de ganado». Lo que eso significa, en fuerza de arrastre y abono, para una agricultura cerealística con tierras predominantemente de mala calidad y sometidas por la naturaleza al dictado de la prisa es fácil de imaginar: más trabajo humano, más penalidades y menores rendimientos. En la región de Moscú, embrión del Estado moscovita, se da la circunstancia de que julio y agosto son, además,

los meses más lluviosos, una lluvia frecuentemente impetuosa y torrencial que es la menos apropiada para la cosecha y añade riesgo y ansiedad a la prisa. Y la otra cara de la moneda son las sequías, tan frecuentes en Rusia, cuyo territorio, a diferencia de otras zonas norteñas como Escandinavia, no se beneficia de la corriente del Golfo. No es de extrañar pues que la cosecha haya tenido siempre en Rusia un estilo de zafarrancho de combate y de movilización general.

Todavía a principios del siglo XX la industria moscovita se paralizaba en verano para acudir a ayudar al campo. Casi la mitad de los impresores moscovitas realizaban trabajos agrícolas estacionales. La mayoría de los trabajadores se movían continuamente entre sus pueblos nativos y la ciudad, y «continuaban siendo rurales tanto en su conducta como en su solidaridad mutua». En la época soviética la juventud, los estudiantes, los soldados y hasta los profesores de universidad (lo que inspiró a Vladímir Vysotski para componer una canción, *Tovarishi uchonye*) eran enviados al campo no por propósitos «educadores» como podía interpretar un observador superficial, sino por pura necesidad. Las autoridades aparecían en los campos con las camisas arremangadas examinando espigas de trigo y la televisión ofrecía informes diarios de la campaña de la cosecha, cosa que continúa hoy.

«Su capacidad se parece a la nuestra, pero no es tan cuidadoso», observaba sobre la manera de trabajar del campesino ruso un botánico inglés que visitó Rusia en 1618. «Rápido» y «mal» son las palabras que resumen esa manera de trabajar, pero son mucho más que un juicio de valor: son una respuesta humana a la adversidad. ¿Cómo no hacerlo «rápido» si las cuatro o seis labranzas y los rastrillajes, frecuentes en algunas zonas europeas en otoño, invierno y primavera, se concentran en Rusia prácticamente en verano? ¿Cómo no hacerlo «mal» cuando es la única manera de ajustarse al «plan de la naturaleza» y es lo que da de sí la técnica? La *soja,* el primitivo arado de madera del campesino ruso que no volteaba la tierra ni la penetraba más de diez centímetros, era la respuesta técnica a las condiciones; tenía la ventaja de que era liviana, es decir apropiada para un trabajo rápido y escaso de fuerzas de arrastre. En las provincias del norte, poco pobladas y pobres, la agricultura era una actividad marginal del campesino, que desarrollaba allí sobre todo su

inclinación hacia la «rapiña de la naturaleza» centrándose en la caza, las pieles y la pesca, y combinando esas actividades con una breve y primitiva actividad agrícola mediante técnicas de desbroce y quema para obtener una cosecha en un claro del bosque.

Los rendimientos de la agricultura rusa siempre fueron inferiores a los de cualquier otra nación europea, aunque si los de la época soviética se hubieran comparado con los de otras regiones climáticamente correspondientes (por ejemplo, las zonas agrícolas de Canadá con las de Ucrania y las de la Rusia europea meridional) se habrían constatado diferencias muy pequeñas. En cualquier caso, hasta el siglo XX la sociedad rusa se desarrolló en condiciones de escasos excedentes y de extrema vulnerabilidad. Richard Pipes habla de una media de una «mala cosecha» de cada tres. Jerome Blum, que cita datos incompletos, señala 34 cosechas total o parcialmente fallidas en el siglo XVIII y una cosecha totalmente fallida y dos parcialmente para la primera parte del XIX. Los términos *neurozhai*, *neurozhainost* (escasa, poca o mala cosecha) o *neurazhainy god* (el año agrícolamente fallido o decepcionante) están firmemente asentados en el vocabulario agrario del ruso. Desde que hay estadística moderna la sucesión de fracasos impresiona por su implacable inalterabilidad:

• 1898, 1901, 1906 y 1911: años de mala cosecha y sequías en las regiones cerealísticas de Rusia en la región central de las fértiles *tierras negras,* en zonas de la ribera del Volga y en Siberia.
• 1921-1922: hambre en el Volga, en varias regiones de Ucrania, en el Cáucaso norte, en Ural, en Kazajstán y en la zona central de las *tierras negras*.
• 1924: sequía estival que afecta a 24 regiones del país.
• 1932 (otoño) y 1933 (primavera): hambruna en Ucrania, en el Cáucaso norte, en la región del Volga, en Kazajstán, en la zona sur de los Urales, en la zona central de las *tierras negras* y en Siberia occidental.
• 1946 (otoño) y 1947 (primavera): hambre en Ucrania, en Moldavia y en zonas meridionales de Rusia.
• 1969, 1972, 1974, 1975, 1979, 1980, 1981 y 1984: años de mala cosecha.

Si, entre 1921 y 1947, los acontecimientos y las catástrofes políticas (revolución, guerra civil, colectivización estalinista y guerra mundial) explican los desastres y colapsos agrícolas, la primera y la última serie de la cronología muestran que la vulnerabilidad se mantuvo a lo largo del siglo, incluso en contextos de la máxima estabilidad política.

Esta vulnerabilidad y los bajos excedentes productivos condicionaron la debilidad de los mercados, separados por enormes distancias que la nieve y el hielo en invierno, el barro y el agua en primavera y otoño y el casi siempre pésimo sistema de comunicaciones del Imperio convertían en inabarcables. También determinaron estructuras sociales comunales que garantizaban una red esencial de seguridades presentes en la comunidad campesina tradicional rusa, la *obshina*.

El mundo de la *obshina* y el *mir* y sus relaciones colectivistas influyeron fuertemente en el «carácter nacional»; sin embargo, ese comunalismo y colectivismo tradicionales, que luego servirían para traducir al lenguaje campesino el «comunismo» bolchevique, no son algo específico de Rusia, sino común al mundo campesino en general. En 1859, Nikolái Chernichevski ya escribió que «la propiedad comunal hay que considerarla más bien como rasgo general humano que en cierto periodo fue atributo de la vida de todo pueblo». Lo verdaderamente específico de Rusia es lo resistente y longeva que ha demostrado ser su vigencia y la influencia que tuvo en tiempos modernos. Todavía a mediados del siglo XIX, cuando en el mundo agrario europeo (no balcánico) se habían silenciado ya los ecos de su existencia, en Rusia más del 90 por 100 de la tierra de cultivo estaba en régimen de propiedad de las comunidades aldeanas. En aquel régimen, a la familia patriarcal le pertenecía exclusivamente la casa, el huerto, su ganado y los aperos. Frecuentemente el trabajo se llevaba a cabo colectivamente, como colectivos eran muchos servicios esenciales de la comunidad, en la que el trabajo asalariado era una rareza. La asignación de tierras de labranza y la utilización de pastos y bosques eran competencia bien de la asamblea comunal, bien de la decisión de sus *bolshaki,* los patriarcas de cada comunidad familiar. En caso de cambios en el tamaño de la comunidad o de las familias, se replanteaba el reparto y la distribución de tierras mediante el llamado *chorny peredel* («reparto negro») destinado a dar a cada campesino

una pieza equitativa de tierra que garantizara su subsistencia y la de su familia.

El comunalismo ruso generó una enorme controversia entre los pensadores y estudiosos de todos los campos y las tendencias políticas. Unos veían en la comunidad agraria un arcaísmo y un impedimento para el progreso económico capitalista; otros, al revés, la concibieron como base para la justicia social y trampolín para acceder directamente al socialismo sin parada en el capitalismo, y, finalmente, algunos la alabaron desde posturas integristas como uno de los pilares sociales de la autocracia zarista. El propio Marx fue abordado, en 1881, por la revolucionaria rusa Vera Zasúlich dando lugar a un interesante intercambio epistolar. La cuestión de si la *obshina* podía o no ser base para una «forma superior» comunista fue respondida positivamente por Marx y Engels en su célebre prefacio a la edición rusa del *Manifiesto comunista* (1882). En vísperas de la revolución de 1905 se discutió intensamente acerca de quién sería el sujeto decisivo de la revolución que todos esperaban; unos decían que el pequeño e incipiente proletariado urbano, otros sostenían que el oprimido campesino. «Ambos acertaron y erraron», explica en un apasionante libro de memorias el príncipe Vladímir Andréyevich Obolenski al describir aquellos debates: «si el proletariado urbano fue, junto con la intelectualidad, el principal despertador de la revolución, el campesino comunal fue quien le dio su fuerza y aplastante dimensión».

Más allá de ese debate de enorme interés, que en Rusia vuelve a ser actual en cada crisis estructural, el mundo de la *obshina* se presenta como una respuesta colectiva de la «ética de la supervivencia» ante la vulnerabilidad de los caprichos de la naturaleza y los límites técnicos. En condiciones de una crónica *neurozhai* con sus terribles consecuencias, la comunidad campesina minimizaba los riesgos, reconocía el derecho general a la vida sobre la base de los recursos comunes y generaba una moral particular. El hecho de que las normas de esa moral se impongan frecuentemente mezcladas con la religión y que los campesinos acentúen sus preceptos explica que «la religión de los campesinos se diferencia de la religión de otras clases sociales», explica Barrington Moore. A lo largo de los siglos, este «comunismo civilizatorio» ha sido transmitido por la

«pequeña tradición» e imprimió su sello en la tradición nacional rusa, cobrándose por otro lado el correspondiente tributo de disolución individual, pérdida de autonomía y despotismo patriarcal.

Ese «comunismo» de antes del «comunismo real» estimula la imaginación en el ejercicio de una «sociedad justa», sobre todo si se pierde de vista el hecho de que *también* era el pilar básico de un régimen despótico. En la comunidad agraria, el campesino tenía un estatuto que recuerda al que luego tendría el ciudadano soviético: una red de seguridad esencial en lo material, envuelta por una ausencia fundamental de derechos cívicos y políticos, y una dependencia cuasi patrimonial con respecto al Estado. Durante siglos, el miembro de la *obshina* era el siervo. La comunidad garantizaba al Estado el cumplimiento de las obligaciones de cada familia con el régimen de servidumbre *(krepostnoe pravo)* o con la dependencia estatal/señorial.

El grado de maldad del régimen de servidumbre campesina ha dado lugar a muchos puntos de vista, pero la comparación del estatuto de siervo con el del esclavo del Nuevo Mundo, a menudo empleada para significarlo, dice mucho sobre su naturaleza. La servidumbre, es decir, la prohibición de que el campesino abandonara su localidad, fue paulatinamente introducida en el último cuarto del siglo XVI, una época turbulenta *(smuta)* en la que, como consecuencia del desorden reinante, del aumento de la presión señorial y de la ampliación de las fronteras del Estado hacia el este y hacia el sur, se hicieron masivas las huidas de campesinos de las provincias centrales hacia los vastos confines, casi siempre más libres. A mediados del siglo XVII, en tiempos del segundo zar de la dinastía Románov, Aleksei Mijáilovich, cuando en Europa Occidental había desaparecido casi por completo, la servidumbre fue institucionalizada legislativamente con la total prohibición de abandonar la tierra. El siervo era un esclavo (ese es el término –*rab*– que utiliza la propia emperatriz Catalina II en su instrucción –*nakaz*– de 1767 para referirse a los campesinos señoriales) sin barreras de color con su amo, que podía ser comprado o vendido con o sin su familia y su tierra. Sobre él pendía la amenaza permanente de ser enviado al ejército por veinticinco años, o a una colonización en Siberia, o «ser castigado brutalmente, siendo inocente o culpable, ultrajado, golpeado e incluso

muerto». Desde el siglo XVII, la potencia y riqueza de un noble terrateniente no se establecía según la extensión de tierra que poseía, sino según el número de siervos, y así los reflejaba la contabilidad de la estadística oficial hasta el siglo XIX.

En un intento de desdramatizar la condición del siervo, algunos autores recuerdan que en el último censo del Imperio ruso previo a la liberación de los siervos de 1861 sólo el 34 por 100 de la población rusa lo era (1858). «Quienes hablan de la "Rusia servil" deben saber que los siervos representaban el 37 por 100 de la población en la Rusia europea, que casi no había más allá de los Urales», dice Marina Gromyko. Pero en el fondo eso cambia poco las cosas. El no ser siervo, sino genéricamente campesino, llevaba asociado un estatuto esclavizante como lo demuestra el hecho de que veinticinco años después de la abolición de la servidumbre se aprobaran medidas administrativas que hacían posible el destierro y la deportación sin juicio de los campesinos y que la práctica de los castigos corporales a campesinos no fuera abolida hasta 1904.

«Prohibidos por la ley, los señores ya no aplicaban castigos corporales, pero dar puñetazos al campesino y golpearlo con una vara se consideraba completamente normal. El maltrato físico era cosa cotidiana que los propios campesinos consideraban natural. Al *muzhik* ni se le pasaba por la cabeza quejarse por ello», explica Obolenski, que estuvo destacado como estadístico del *zemtsvo,* la estructura de autogobierno local instituida bajo Alejandro II, en la región de Pskov entre 1896 y 1900.

Con todas las salvedades relacionadas con la vulnerabilidad y el duro trabajo, la vida en el campo ruso era, por lo general, estable y tranquila. El ritmo de la vida del *muzhik* pasaba de un extremo al otro; de las prisas y urgencias durante el corto y esplendoroso periodo de labranza-siembra-cosecha bajo el sol, la lluvia y el viento al interminable invierno con su eterna melancolía y su paciente vida en los exiguos espacios interiores de la *izbá,* la vivienda campesina. Ese biorritmo estaba rodeado de un medio ambiente infinito debido a la grandeza inabarcable de sus llanos espacios y la uniforme monotonía de los horizontes. Un espacio abierto hacia los cuatro puntos cardinales, poco poblado, sin montañas a miles de kilómetros, en el que hay unas condiciones particulares para una especie de aislamiento

continental en lo colectivo y para una psicología de náufrago terrestre en la que el blanco e infinito horizonte invernal desempeña el papel de un mar inmenso. Esa insularidad continental explica también tantos testimonios de viajeros extranjeros dando cuenta de que muchos campesinos rusos desconocían –incluso a mediados del siglo XIX– que existiese otro país en el mundo que no fuera Rusia. Su idioma designó como *nemtsi*, un término etimológicamente relacionado con la palabra «mudo» *(nemoi),* a los alemanes, primer grupo lingüístico no eslavo de los confines occidentales…

En 1870, la descripción del campo ruso de un viajero francés se parecía a la tópica queja ante el medio ambiente del *koljós* soviético:

> Los campos no tienen aquí ni la vida ni la variedad que frecuentemente tienen en otros países […] apenas hay rastro de yuxtaposición de cultivos que da tanta animación a nuestro campo occidental. Es como si el mismo campo se extendiese hasta el infinito sólo interrumpido aquí y allá por amplios barbechos. Ni una aldehuela, ni una casa, ni un solo caserío aislado. En la estepa, como en los bosques, parece que el ruso tenga miedo de encontrarse solo en la inmensidad de su entorno. La propiedad comunal […] aumenta la carencia de la naturaleza; priva a Rusia de esos cercados, de esos márgenes y setos caprichosamente trazados que tanto encanto dan a los pueblos de Inglaterra o de Normandía. En su lugar, esa lúgubre llanura, el soso aburrimiento del impersonal y colectivizado campo en el que los prados se extienden a lo largo indivisos, iguales en franjas simétricas.

Las relaciones sociales del *muzhik* eran tan dispares y contrastadas como su biorritmo; cálidas, respetuosas y extraordinariamente generosas y solidarias hacia el interior de su comunidad, y marcadas por la hostilidad, la desconfianza, el egoísmo, la astucia y el disimulo hacia el exterior. El apoyo mutuo en caso de enfermedad, viudez, orfandad e incendio (caso este último extraordinariamente corriente en viviendas de madera con techo de paja y siete meses anuales de fuego permanente dentro para sobrevivir) formaba parte del código moral, y sus modalidades y variedades constituían una larga lista.

Numerosos observadores relevantes subrayaron que el espíritu de igualdad del campesino desembocaba frecuentemente en lo contrario a una actitud servil y sumisa ante el señor.

«Mirad al campesino ruso, ¿veis en él alguna sombra de esclavizante humillación en su conducta y su habla?», exclamaba Aleksándr Pushkin. «Nuestro campesino sabe hablar más libremente que ninguno de nosotros

con todos sus superiores, incluso con el zar, y ninguna de sus palabras expresa mala educación», observó Nikolái Gógol. El príncipe Piotr Kropotkin, eminente hombre de ciencia y revolucionario anarquista, dijo del aldeano que «es capaz de demostrar una obediencia servil al señor territorial o al agente de palacio, se inclinará expresivamente ante su voluntad, pero no los considerará hombres superiores, y si poco después el uno o el otro le hablan del heno o de otra cosa por el estilo, les contestará como de igual a igual».

«Jamás vi en el campesino ruso», dice Kropotkin, «ese servilismo convertido en una segunda naturaleza con el que un empleado habla a otro de más elevado rango, o un lacayo a su amo. Es verdad que se somete a la fuerza fácilmente, pero no le rinde culto». Otra paradoja, de este campesino esclavizado que pertenecía físicamente al señor, era que se consideraba dueño colectivo de la tierra que trabajaba. «Nosotros somos tuyos, pero la tierra es nuestra», le decían al decembrista Yakushin sus siervos, en época de Alejandro I.

Frente a estos testimonios y observaciones, el escritor Maksím Gorki presentó en 1922 un cuadro radicalmente diferente, que quizá sólo sea la otra cara de la misma moneda:

> La infinita llanura en la que se aglomera la aldea de casas de madera con techo de paja tiene como venenoso efecto el vaciado de la persona y la extracción de su deseo. Cuando el campesino sale de su pueblo, ve el vacío a su alrededor y al cabo de un tiempo siente que ese vacío se ha instalado en su alma. A su alrededor no ve por ninguna parte rastros de trabajo y creación. ¿En las tierras del señor? Son pocas y allí viven enemigos. ¿En las ciudades? Están lejos y no interesan gran cosa al pueblo. A su alrededor la llanura sin fin y en su centro el hombre, diminuto e insignificante, arrojado a esta tierra fastidiosa para un trabajo de presidiario. Al hombre le invade un sentimiento de indiferencia que mata la capacidad de pensar, de recordar lo vivido y de elaborar sus ideas a partir de su experiencia. Un historiador de la cultura rusa caracterizó al campesinado diciendo «multitud de supersticiones y ninguna idea». […] En seis meses de invierno, el hombre se ahoga de inacción y tedio en su estrecha y sucia *izbá*. De todo lo que hace en la tierra sólo queda paja y el techo de paja de la *izbá* que el fuego destruye tres veces cada generación. […] ¿Entonces dónde está ese buen campesino ruso incansable buscador de la verdad y la justicia del que de forma tan bella y convincente explicó al mundo la literatura rusa del siglo XIX? En mi juventud busqué con todas mis fuerzas a ese hombre por los pueblos de Rusia y no lo encontré. Allí me encontré con un realista inflexible y un astuto que, cuando le convenía, se mostraba a las mil maravillas como un simplón. Por naturaleza no es tonto y lo sabe muy bien. Ha inventado multitud de canciones tristes, rudos y crudos cuentos, y ha creado miles de proverbios que reflejan la experiencia de su dura vida. Sabe muy bien que *«el mundo es*

fuerte como el agua y tonto como un cerdo». Dice *«no temas al diablo sino a la gente». «Pega a los tuyos y los otros te temerán».* No tiene a la verdad en gran concepto, *«con la verdad no saciarás tu hambre». «¡Qué importa si es mentira mientras tengas suficiente para comer!». «El honesto es tan funesto como el tonto».*

La cruda observación de Gorki refleja la desconfianza, la débil consciencia social y la sordidez que el *muzhik* expresa hacia todo lo que queda fuera del círculo de sus relaciones personales, comunales o familiares: un mundo abstracto, irrelevante, ajeno y arbitrario. Algunos de los entregados jóvenes revolucionarios rusos de 1870, que acudieron a los pueblos desde las ciudades en busca de justicia y solidaridad, constataron con amargura que lo único que quería aquel campesino ideal era «ser explotador en lugar de explotado».

Si en esta tremenda dualidad entre lo público y lo privado en las relaciones se puede reconocer la ambivalencia de muchos rasgos del carácter ruso, en la manera de protestar del campesino se encuentra todo un catálogo de la actitud política comúnmente atribuida a los rusos. En tres artículos dedicados a la actitud política del campesino en general, y no al *muzhik* en concreto, Teodor Shanin, James Scott y Eric R. Wolf dibujan muchos de los contornos esenciales de la actitud popular rusa. En ella lo pasivo supera a lo activo. La resistencia pasiva y cotidiana puede llegar a tener una enorme fuerza, como Gandhi demostró, pero cuando en la pasividad domina la apatía, esta puede ser decisiva para la victoria del poder institucional en los pulsos sociales. Por otro lado, cuando esa estrategia de resistencia sorda, tenaz y posibilista se abandona en beneficio de «acciones más quijotescas», significa que se ha llegado a un extremo de desesperación que es lo que hace que el manso río se desborde con el peligro de llevárselo todo a su paso.

Contra la imagen romántica del campesino revolucionario (o del pueblo ruso, en la analogía que se propone), la realidad es más bien que a este «le cuesta mucho pasar de la toma de conciencia pasiva de la injusticia a la participación en un proceso político encaminado a acabar con ella». Frecuentemente, se limita a «ser pasivo observador de la lucha política, o a esperar la aparición del reino celestial sobre la tierra». Todo eso tiene como resultado que, pese a su aplastante superioridad numérica, su movimiento

sea casi siempre derrotado por grupos más pequeños pero más compactos y mejor organizados, o que sea fácilmente manipulado por estos. La intervención de una «fuerza externa», que catalice y dirija esa masa inorgánica, puede lograr éxitos puntuales, pero a largo plazo las posibilidades de que el círculo se cierre a sus espaldas y contra sus intereses es siempre grande.

Para el *muzhik* toda autoridad es mala y hostil. Siempre ajeno a toda responsabilidad de administración y completo desconocedor de cualquier mecanismo de gobierno, el poder se le presenta como algo abstracto. Toda su experiencia de trato con él le convence de la naturaleza maligna del Gobierno y de la autoridad. El *muzhik* es un anarquista. Su sociedad ideal es una comunidad agraria en tierras y valles legendarios de grandes riquezas naturales, sin impuestos, sin señores ni recaudadores. La leyenda de Belovod, ese país de jauja del campesinado ruso, tuvo una base real según algunos autores que la relacionan con los asentamientos campesinos del siglo XVIII en los valles de la remota región del Altái, junto a la frontera noroccidental de la actual Mongolia, una tierra de extraordinaria belleza. Allí, entre 1740 y 1790, se asentaron comunidades de siervos, artesanos y seguidores de sectas ortodoxas evadidos, que vivían al margen de la autoridad estatal y habrían inspirado la leyenda de una comunidad ideal en la que se realizaban los valores sociales y morales del *mir* y la *obshina* en su estado más puro. Leyenda o no, la búsqueda del país de Belovod puso en marcha hacia el este a muchos grupos de emigrantes.

La del *muzhik* era una moral «de protesta». Si el antialcoholismo era un axioma en la moral cristiana, él afirma que el borracho irá al paraíso y así lo refleja en una popular parábola. Al mismo tiempo el *muzhik* era tan monárquico como anarquista. Y vivía con la esperanza de la llegada de un «buen zar» que hiciera justicia, una justicia total de acuerdo con la ley de Dios. La espera ancestral de ese zar creó a los «pretendientes autoproclamados» y a los «zares de mentira», figuras tradicionales de la historia social rusa que aparecen ineludiblemente en todas las revueltas campesinas tomando fuerza en las realidades de los frecuentes líos sucesorios y dinásticos de la monarquía. Uno de los «pretendientes autoproclamados» decía ser el hijo de Pedro I que este hizo matar, el

zarévich Alekséi; otro decía ser el zar niño Iván VI, que reinó un año; y otro, Pedro III, que reinó seis meses hasta que fue eliminado por su mujer, Catalina II, y del que se decía que había promulgado un mítico decreto liberando a los campesinos de sus ataduras señoriales… Sin apelar al mito del «verdadero zar», es decir, sin empuñar la legitimidad de la bandera monárquica, era muy difícil que el líder de una revuelta campesina lograra organizar y poner en marcha el río social desbordado. Pero las revueltas eran excepcionales (desde finales del XVII hasta principios del XX, sólo hubo dos grandes revueltas campesinas, las de Stepán Razin en 1670 y la de Emilián Pugachov de 1773, una por siglo) y, en general, el anarquismo-monarquismo del campesinado sostenía establemente el orden absolutista por lo que la monarquía quería mantener al *muzhik* «tal como era: simple y leal».

Cultura y tradición política en Rusia: la impronta secular

Hemos dado ya las tres pinceladas anunciadas (tipo de cristianismo, estatismo y mundo agrario) en busca de la especificidad de la tradición y de la cultura política de Rusia. Digamos que esos aspectos eran precisamente los tres principios de la monarquía rusa: ortodoxia, autocracia y espíritu popular *(pravoslavie, samoderzhavie, narodnost)*. Pero, ¿cuáles son las consecuencias de esa historia remota en el presente? ¿No habrá sido todo esto una especie de inútil ejercicio de arqueología? En absoluto.

Naturalmente, el campesino secular, su mundo, su biorritmo, sus trabajos y su mentalidad no existen hoy. Aquella nobleza sometida al monarca fue barrida por la revolución. Renace y cobra una nueva influencia la Iglesia ortodoxa íntimamente relacionada y dependiente del poder, pero cualquier observador se percata de que la fe religiosa de hoy es una superficial caricatura de lo que era en la Rusia prerrevolucionaria. Pero existen los ecos de todo aquello. Y son mucho menos remotos de lo que pueda parecer a primera vista.

En vísperas de la Revolución rusa los campesinos representaban el 85 por 100 de la población rusa. Ellos fueron quienes en última instancia

decidieron la victoria de la revolución. Sin su apoyo no habría sido posible para los bolcheviques establecer su régimen y vencer una guerra civil durísima en condiciones de caos económico, salvajismo generalizado e intervencionismo militar extranjero. La clave de ese apoyo campesino fue, precisamente, la entrega de tierras, que fue vista por los campesinos como un gran *chorny peredel,* un gran reparto comunal y, en general, la síntesis de lo alternativo con lo tradicional y secular que los bolcheviques representaron.

En su periplo funcionarial de 1896 por la región de Pskov, el príncipe Vladímir Obolenski, un sofisticado intelectual progresista, describe un panorama de primitivismo, analfabetismo e ignorancia general en el que los campesinos creían que el mapa de Rusia era el mapa de sus tierras, llamaban «boyardos» no ya a los nobles latifundistas sino a cualquiera que fuera vestido al estilo europeo y donde el tifus hacía estragos a apenas 400 kilómetros de San Petersburgo. Obolenski explica hasta qué punto estaba viva la secular expectativa campesina de un reparto justo de la tierra en vísperas de la revolución de 1905:

> En la región de Pskov, como en las de Tula, Orlov, Tambov y otras, los campesinos vivían en la expectativa, profundamente arraigada en su idea de justicia, de un inminente reparto de tierras. Estaban convencidos de que nosotros, los estadísticos, habíamos sido enviados por el zar para reunir la información previa necesaria para ello.

El autor explica una escena que se repetía en sus sesiones en las aldeas, tras interrogar a los campesinos para llenar sus fichas y así confeccionar el censo: número de vecinos, cabezas de ganado, extensión de tierras y demás.

> Alguien nos preguntaba para qué reuníamos esos datos y acababan preguntando que si no era para preparar un reparto de tierras por encargo del zar. Les respondía que no, que no iba a haber ningún reparto pero pese a mi categórica respuesta detectaba un movimiento de incredulidad general entre ellos, *no le hagáis caso, está claro que ha recibido órdenes para que no se sepa nada*, señalaba el rumor general….

En los años treinta, la implacable política estalinista «estatalizó» el mundo agrario ruso utilizando precisamente esa tradición secular comunal, la insertó en la estructura de las granjas y explotaciones estatales-cooperativas *(sovjós y koljós)* aniquilando por el camino a buena parte del campesinado más emprendedor y acomodado e institucionalizando las

barreras y los impedimentos orgánicos a la propiedad privada de la tierra que continúan siendo actuales hoy. Me refiero al hecho de que el debate sobre si se puede legalizar o no la compraventa de la tierra fuera una de las cuestiones centrales en la Rusia de Yeltsin. Todo eso no es arqueología, sino estricta actualidad.

En la URSS de 1941, los campesinos eran el 71 por 100 de la población en vísperas de la invasión hitleriana, que fue la gran prueba y la hora de la verdad del régimen soviético en sus setenta años de historia. La enorme clase media que la URSS creó, la nueva *intelligentsia,* toda esa nueva sociedad urbanizada, surgió de la gran cantera social del campesinado. Podemos decir que la sociedad rusa de este principio de siglo está dominada por hijos y nietos de campesinos y que en ella la impronta campesina es mucho más acusada que en la Europa no balcánica. Que cuando empezó el siglo XXI, sólo hacía treinta y cinco años que los habitantes de las ciudades se hicieron con la mayoría absoluta de la población de la ex-URSS, que el *muzhik* ruso es un cercano antepasado para la mayoría de los actuales ciudadanos de Rusia.

La observación de la impronta secular también es útil para comprender, por ejemplo, de dónde viene la debilidad manifiesta en la sociedad civil que padece hoy la Rusia postsoviética, la popularidad que en ella tiene la autocracia presidencialista, las dificultades que encuentra en el país la afirmación de una democracia de baja intensidad con alternancia en el poder del tipo de las vigentes en el resto de Europa o la generalización de los aspectos plebeyos y serviles en las actitudes sociales e individuales.

Sin llegar a los extremos del pasado, los intelectuales opositores en Rusia siguen tendiendo a la radicalidad. Excluidos de toda responsabilidad tienden a una actitud de derribo más que de reforma o enmienda del orden establecido. La autocracia considerará siempre, y con razón, cualquier propósito de reforma desde abajo como subversivo, cuando no obra de *agentes extranjeros*. El pacto y el consenso son figuras complicadas que tanto arriba, en el poder, como abajo, en la sociedad, tienden a verse como expresión de debilidad. En esa dialéctica, el cambio tiene muchas probabilidades de plantearse como convulsión. No se trata de determinismo, sino de apuntar el peso de la cultura, las mentalidades y tradiciones. De la

misma forma en que la moral protestante modeló un tipo de capitalismo, la ortodoxia y sus conexiones culturales crearon un marco concreto y específico para la acción política. No es que eso sea una fatalidad ni equivalga a una condena. A lo largo de su historia Rusia ha conocido no pocos bandazos. Su propia historia moderna, desde la Revolución de Octubre hasta el día de hoy, viene jalonada por ellos: primero la toma del poder, la guerra civil y el comunismo de guerra, una etapa izquierdista revolucionaria; luego la pequeña restauración económica de la NEP que fue una estrategia pragmática de izquierdas; a continuación el cambio estalinista, una involución restauradora, un «estilo imperio» derechista con su «revolución cultural», la represión, el terror, la guerra, la victoria, la segunda industrialización y la urbanización; luego el deshielo de Jruschov, que fue una liberación respecto a todo lo anterior con impulsos de cambio y reforma; nueva marcha atrás con el estancamiento de Brézhnev, una reacción burocrático-conservadora; hasta llegar al periodo liberador y democratizador de la *Perestroika* de Mijaíl Gorbachov, y, después de los golpes de Estado de los años 1991 y 1993, el nuevo régimen oligárquico de Borís Yeltsin, con su continuación nacionalista con Putin. Todos esos bandazos, entre izquierda y derecha, liberación y reacción conservadora y demás, son algo bastante familiar para el historiador. En la Francia del siglo XVIII, la revolución va primero hacia la izquierda; luego viene la dictadura jacobina; después un bandazo a la derecha con el golpe termidoriano, el régimen napoleónico y la restauración borbónica; de nuevo a la izquierda con las Revoluciones de 1830 y 1848, hasta llegar a la Comuna. Y finalmente, sólo después de la Comuna se llega a un orden republicano más o menos estable…

Hay un término, el de *totalitarismo,* con el que todos estamos familiarizados, que intenta describir el hecho de que el despotismo estalinista y posestalinista tuvo un nivel de coerción y control político sensiblemente superior al de la mayoría de las dictaduras del siglo XX. En mi opinión ese término no tiene un claro contenido y sí claros inconvenientes. Uno de ellos es que no es un concepto histórico, sino propagandístico cuyo uso se generalizó durante la Guerra Fría. Con ese término, los propagandistas occidentales introdujeron la idea del

«comunismo» y el estalinismo, por un lado, como despotismos sin relación alguna con el pasado, y, por el otro, como hermanos gemelos del nazismo y el fascismo, ignorando la diferencia ideológica fundamental; que no puede haber un «buen» nazismo, contrario a todo planteamiento humanista, pero sí un «buen» socialismo que desarrolle ideales humanistas radicalmente antagónicos al antihumanismo estalinista. ¿Qué tiene la historia moderna rusa de excepcional, de única? ¿Qué es lo que hay en ella que nos obligue a adoptar categorías diferentes («totalitarismo», «hombre soviético» y todas esas simplezas), más allá de todo aquello en lo que el siglo XX se diferencia del XIX o del XVIII, es decir, el ferrocarril, la industrialización, el incremento del potencial militar, la capacidad de realizar las crueldades de siempre con medios técnicos nuevos, etc.? La respuesta es nada.

No quisiera reducir la tiranía estalinista a una mera herencia histórica, ni afirmar que no tuvo absolutamente nada que ver con las ideas de los padres y pensadores del socialismo estatista europeo (Marx y compañía). Seguramente tuvieron tanto que ver entre sí como la Inquisición y el evangelio o como las guerras de religión y la teología. Pero lo que entiendo es que ni Marx ni el socialismo existían cuando Iván el Terrible pasó a cuchillo a toda la población de ciudades como Nóvgorod o Kazán; o cuando creó su implacable policía política; o cuando, faltando dos siglos para que naciera Stalin, Pedro I utilizó sus mismos métodos para forzar la modernización del país. Fueron los medios y las armas del siglo XX los que convirtieron a Stalin en más dañino que sus predecesores. Eso es lo que sugería Bertrand Russell en 1920 cuando dijo que «la vida en Rusia ha sido siempre feroz y cruel en un grado mucho mayor que entre nosotros», y observó que «la intolerancia y la falta de libertad, que han sido heredadas del régimen zarista, deben ser probablemente consideradas como rusas más bien que como comunistas».

Sin referirse a la impronta secular, el comunismo ruso, sencillamente, no se entiende. Y la norma es perfectamente aplicable a la Rusia postsoviética. El término *totalitarismo* sirve precisamente para eso, para no entender, para expulsar el factor histórico.

Otro inconveniente fundamental del *totalitarismo* es que en la Rusia de hoy este concepto permite condenar el «comunismo» sin cuestionarse los

aspectos más funestos de la tradición nacional de extrema actualidad. El resultado es que esos aspectos son fácilmente recreables, aunque sea con diferentes decorados «democráticos», «de mercado» o nacionalistas. Con esto quiero decir que la excursión a la impronta secular que hemos practicado es, precisamente, una alternativa al manejo del concepto *totalitarismo*. Son los aspectos citados los que permiten comprender las inercias a las que está sometido el gobierno en Rusia, siempre tendente al despotismo, trátese de monarquía, régimen soviético o postsoviético.

Las alternativas a las explicaciones mitológicas del *totalitarismo* y la demonización aparecen en cuanto te adentras en la historia; pero, una vez más, la historia rusa no es todo lo lineal que pueda deducirse de lo expuesto, ni su impronta secular es algo fatal y determinante, condenado a recrearse una y otra vez. En todas las épocas, desde los orígenes de la autocracia hasta la actualidad, hubo intentos, movimientos y tendencias que marcaron con toda claridad rupturas históricas y posibilidades de desarrollo absolutamente alternativas con respecto a la línea dominante. En sus orígenes, la Revolución de Octubre fue uno de esos movimientos rupturistas: una revolución en el país más oprimido de Europa. La *Perestroika* de Mijaíl Gorbachov, como las reformas de Alejandro II, también tuvo algo de eso. Pero casi siempre las aguas volvieron a su cauce, aunque la historia se encargue siempre de que el río nunca vuelva a ser el mismo. Todo lo ocurrido en Rusia en el *periodo postsoviético* (el concepto implica tomar como punto de arranque 1917) no ha desembocado en ese «orden republicano más o menos estable» con el que concluía la serie francesa. En Rusia no se ha afirmado un sistema estable, no hay un desenlace. Continuamos en un proceso abierto a bandazos y grandes cambios, pero si nuestro siglo a de representar progreso y no desastre, no hay duda de que Rusia, su sociedad y su régimen político, evolucionará en una dirección de mayor libertad, equidad y holgura democrática, llámese como se llame la fórmula. En eso estamos.

FUENTES

La consideración de Shanin sobre la máxima de Tiútchev («Rusia no se entiende con el intelecto»), en conversación con el autor. Sobre las diferencias entre los desarrollos del cristianismo romano y el ruso sigo a D. E. Furman, «Vibor Kniaza Vladimira», *Voprosy Filosofii* 6, 1988. El académico Dmitri Furman (1943-2011), uno de los intelectuales más interesantes y entrañables que conocí en Rusia, fue una fuente esencial aconsejando lecturas imprescindibles. Véase también *Slovar Jristiansvo* de L. Mitrojin, *et al.,* Moscú, 1994. La carta del patriarca Antonio de Constantinopla a Vasili I en A. B. Kartashov, *Ocherki po istorii ruskoi tserkvi,* tomo I, París, 1959.

Para la génesis ideológica de la autocracia véanse Pável Miliukov, *Ocherki po istorii russkoi kultury,* vol. II, Moscú, 1995; Vasili Kliuchevski, *Kurs russkoi istorii,* vol. II, Moscú, 1989. Para la época de Iván el Terrible, Serguéi Soloviov, *Sochinenia,* vol. IV, Moscú, 1989.

Karamzín narró su viaje a Occidente en *Pismma russkogo putishestvennika,* Moscú, 1982. Para la actitud del campesino hacia la ley, «Krestianin i zakon», en *Mir russkoi derevni,* Moscú, 1991.

Para la valoración de Soloviov del gobierno de Pedro I, véase el capítulo tercero del tomo XVIII de la historia de Rusia de 1868; *Okonchanie tsarstvovania imperatora Petra Velikogo,* en el volumen IX de las obras completas de Soloviov, *Sochinenia,* Moscú, 1993. También *Publichnye chtenia o Petre Velikom,* en el volumen XVII de *Sochinenia.* La base para el análisis crítico de la reforma de Pedro se encuentra en Miliukov, *op. cit.,* tomos II y III, y en Kliuchevski, *op. cit.,* tomo IV.

Para el reproche dirigido por Gershenzon, a principios de siglo XX, a la intelectualidad revolucionaria, véase *Intelligentsia v Rosii,* Moscú, 1991. Para el debate general de principios del siglo XX sobre la *intelligentsia* y la revolución con todos los autores citados y otros, véanse las obras colectivas *Veji,* 1909; *Intelligentsia v Rossii,* 1910; *Iz Gluniny, sbornik statei o russkoi revoliutsii,* 1918; *Smena Veji,* 1921; de Nikolai Berdiayev, *Sudbá Rossii,* 1918, e *Istoki i smys´l russkogo Kommunizma,* 1937. La cita de Engels en su carta a Plejánov sobre la extraña adopción del marxismo en Rusia está extraída de Franco Venturi, *Los populistas rusos,* tomo I, Madrid, 1981. La

traducción del poema de Turguéniev es de María Sánchez Puig y está tomada de Turguéniev, *Poemas en prosa,* Madrid, Editorial Rubiños, 1982.

Para «pequeña» y «gran» tradición, véanse R. Redfield, «Krestianstvo kak sotsialny tip» y «Bolshaya i malaya taditsii», ambos en *Velikii neznakomets, krestiane i fermery v sovremennom mire,* Moscú, 1992.

Los datos sobre el ciclo agrario ruso son de Leonid Milov, «Esli goborit seriozno o chastnoi sobstvennosti na zemliu. Rossia: klimat, zemelnye otnoshenia i natsionalny jarakter», en *Svobodnaya Mysl'2,* 1993. El rendimiento de una vaca lechera en Gerona lo cita José Poch-de-Feliu en *L´Agriculture dans la province de Gerona,* Beauvais, 1909 (archivo del autor). Las citas sobre los impresores-agricultores estacionales del Moscú de principios de siglo y sobre el marcado carácter «rural» de los obreros rusos son de Teodor Shanin, *La clase incómoda,* Madrid, 1983, y de Paul Bairoch, en *Cities and Economic Development*, Chicago, 1988, respectivamente. Al primero de estos autores le debo también recomendaciones de lecturas.

Para los años de mala cosecha y hambres, *Sudby rossiskogo krestianstva,* Moscú, 1996. Los datos y las consideraciones de Richard Pipes son de *Russia under the Old Regime,* Londres, 1990. Los de Jerome Blum, en *Lord and Peasant in Russia,* Princeton, 1972.

La definición de la *obshina* como respuesta de la «ética de la supervivencia» es de «Moralnaya ekonomika krestiantsva kak etika Vyzhivania» de James Scott, en *Veliki Neznakomets,* Moscú, 1992. La consulta de Vera Zasúlich a Marx sobre la *obshina,* en Teodor Shanin, *El Marx tardío y la vía rusa.* El libro del príncipe Obolenski es *Moya Zhizn´, moi sovremenniki,* Ymca-Press, París 1988; debo esta referencia a su nieto, Alekséi Obolenski, al que encontré en Niza en 2017 y que me recomendó esa magnífica descripción del ambiente en la última etapa del zarismo.

La cita de Barrington Moore sobre la religión de los campesinos es de *Social Origins of Dictatorship and Democracy,* Boston, 1996, citado por Scott. La de las amenazas que pendían sobre el siervo es de Isabel de Madariaga en *Catalina la Grande,* Madrid, 1994.

La cita del viajero francés del XIX sobre el paisaje rural ruso está tomada de Milov, *op. cit.* Las de Pushkin y Gógol son de *Mir russkoi derevni,* cit.;

la de Kropotkin, de su autobiografía *Memorias de un revolucionario,* Madrid, 1973. La declaración de los siervos de Yakushin la cita Madariaga, *op. cit.*

La cruda descripción de Gorki sobre el campesino ruso se encuentra en *O russkom krestiantsve,* Berlín, 1922. Para la decepción del revolucionario que va al pueblo, Pipes, *op. cit.*

Los artículos de Shanin, Scott y Wolf son «Krestiantsvo kak politicheski faktor», «Oruzhie slabij: povsednevnoye soprotivlenie i ego znachenie» y «Krestianski vosstania», respectivamente, en *Veliki Neznakomets,* cit. Sobre la leyenda del país de Belovod y el ideal social del campesino, véase «Sotsialny ideal», en *Mir russkoi derevni,* cit. La cita del campesino visto por la monarquía como «simple y leal» es de Pipes, *op. cit.* Las citas de Bertrand Russell, en *Teoría y práctica del bolchevismo,* 1920.

II

¿POR QUÉ SE DISOLVIÓ LA URSS?

UN ESQUEMA RECORDATORIO SOBRE SUS MOTIVOS Y CONSECUENCIAS. DISOLUCIÓN «TÉCNICA»

Hace poco escuché a un reputado periodista glosar el *crucial papel* que la primera ministra británica Margaret Thatcher tuvo en la caída del comunismo. Otros mencionan al papa Juan Pablo II, al presidente Ronald Reagan, la «Guerra de las Galaxias» o la eclosión de los nacionalismos en las repúblicas soviéticas como factores decisivos. Y eso, en boca de gente presuntamente informada, no hace sino ilustrar un hecho: que aún hoy, a veintisiete años de la disolución de la URSS, no se entiende gran cosa de todo aquello y se ofrecen las explicaciones más estrambóticas.

La disolución de la URSS es un tema muy amplio, así que, en una exposición sucinta como esta, lo más que podemos ofrecer es un esquema: tres puntos esenciales, necesariamente simplificados, pero a partir de los cuales se podría pintar un cuadro más serio con todos los matices y los detalles sobre los motivos por los que la URSS se disolvió. Adelantamos que esos tres puntos tienen que ver con fenómenos y desarrollos *internos*.

Esos tres motivos de la disolución son; el *técnico-instrumental*, la lógica de la lucha entre grupos dirigentes para acceder al máximo poder en Moscú; el *degenerativo*, que describirá una casta que pone sus intereses y codicias de grupo por delante de cualquier consideración de Estado o idea de responsabilidad; y el tercero, el *espiritual*, que tiene que ver con el agotamiento de las creencias, con la muerte del «alma» del llamado comunismo soviético. Cada uno de ellos exige su propia lente y su propio marco temporal para ser abordado.

Para el primero basta con una simple cronología periodística con una perspectiva de dos o tres años. Para el segundo hay que hacer algo de sociología política y moverse en un espacio de varias décadas. Para el

tercero entramos en algo que suena a filosofía de la historia y podría llevarse mucho más lejos: hasta esa capacidad tan humana de estropear grandes causas y pasiones. Empecemos por la disolución técnica. ¿Qué entendemos por eso?

Técnicamente la URSS dejó de existir el 8 de diciembre de 1991. Aquel día los presidentes de las tres principales repúblicas europeas escenificaron un contubernio en Belavezh, una apartada residencia de caza de una de las grandes zonas boscosas de Bielorrusia. Allí declararon jurídicamente disuelta la URSS y unos días después, el 25 de diciembre, la bandera roja con la hoz y el martillo fue arriada del Kremlin. ¿Por qué hicieron aquello?

La respuesta es tan simple como banal: por una cuestión de poder. Tres hermanos Rusia, Ucrania y Bielorrusia mataron a la madre para quedarse con la herencia. Y la herencia era un inmediato ascenso a un poder plenipotenciario: desde el subordinado estatuto de repúblicas de la URSS hasta el de Estados plenamente soberanos, lo que significaba una promoción para todos los grupos de dirigentes republicanos implicados, y sus cohortes administrativas, en detrimento de la administración central del super-Estado que dejaba de existir.

La iniciativa corrió a cargo del hijo mayor y principal heredero, el presidente de Rusia, Borís Yeltsin. Ahorro los detalles de una crónica pormenorizada, para concentrarme en lo fundamental: la lógica de la lucha por el poder moscovita.

En agosto de 1991 se había producido un golpe de Estado fallido de las autoridades centrales soviéticas contra el presidente Gorbachov, el cual quedó muy debilitado, como un general sin ejército. Su debilidad fortalecía a Yeltsin y los dirigentes de la República de Rusia (RSFSR). Así que entre aquellos meses, de agosto a diciembre de 1991, en Moscú había dos poderes que coexistían bajo el mismo techo. Sobre el Kremlin ondeaban dos banderas, la soviética y la nueva bandera rusa. En la matriz de la autocracia, aquella coexistencia bicéfala era algo absolutamente anómalo. Se había llegado a una situación en la que para deshacerse de Gorbachov y hacerse con el Kremlin, el máximo poder en Moscú en solitario, Yeltsin debía disolver la URSS. Ese es el dato central.

Los otros dos personajes del contubernio del bosque (los presidentes Kravchuk y Shuskiévich) eran comparsas. Claro que tenían intereses directos en la herencia: deshaciendo la URSS, ambos recibían la jefatura de Estados soberanos sin nadie por encima (Kravchuk, además, había estado directamente implicado en el fallido golpe de agosto, así que una huida hacia delante envuelto en la bandera nacional ucraniana le evitaba rendir cuentas), pero nunca se habrían atrevido a firmar las actas de defunción si el hermano mayor no hubiera ido desconectando desde aquel octubre todos los aparatos que mantenían viva a la debilitada madre en su lecho de la UVI: el sistema bancario, las finanzas, los aparatos del comercio exterior, la sede del Ministerio de Exteriores y de algunas embajadas en el extranjero… Quisieron hacer pasar por eutanasia casi humanitaria –la pobre sufría– lo que fue estrictamente un asesinato.

Además, todo aquello fue algo muy parecido a un golpe de Estado si se tiene en cuenta que, ocho meses antes, en marzo de aquel mismo año, la población de la URSS (148 millones de los 185 con derecho a voto) había participado en un referéndum sobre el mantenimiento de una URSS renovada en el que el «sí» obtuvo el 76 por 100 del voto.

Todo eso fue tan banal y claro, que se explica como una simple crónica periodística. Pero, ¿cómo pudo un Estado tan poderoso, segunda potencia mundial, llegar a una situación de tal debilidad como para que bastara un mero contubernio palaciego para ser derribado? Para explicar esto hay que entrar en asuntos mucho más de fondo que tienen que ver con lo histórico y lo social. Llegamos así al segundo punto. Al que llamaremos *disolución degenerativa*. Es decir, como he dicho antes, aquella que es resultado de la acción de una casta degenerada que puso sus intereses de grupo y su codicia por delante de cualquier consideración patriótica o de Estado.

Disolución «degenerativa»

En su etapa final, los intereses de la propia casta dirigente soviética (siguiendo al profesor Marat Cheskov llamémosla *Estadocracia,* grupo social que concentraba las cinco funciones esenciales de la sociedad: poder

político, propiedad, ideología, dirección y organización) fueron el principal factor de disolución. Desde ese punto de vista se puede hablar de «autodisolución».

Esa casta era *nieta* del sangriento y dinámico embrollo estalinista (1929-1953, veinticuatro años) e *hija* de la relajación burocrático-administrativa que la siguió (tras la intentona regeneradora/liberadora de Jruschov) que asociamos a Brézhnev, un periodo de veintitrés años (1964-1987). En la primera etapa de esa degeneración, la etapa estalinista, la casta estaba cohesionada por el miedo (el terror de la represión, de las purgas, etc.) y la movilización (las gestas y el sacrificio de los planes industriales, de la guerra), ambos unidos por la posibilidad de aniquilación física. El peligro, la muerte y el crimen fueron el medio ambiente de la génesis de la *Estadocracia* estalinista.

En la segunda etapa, brezhnevista, la cohesión se obtuvo más bien por el privilegio material administrativo-burocrático, ya sin riesgos vitales. El privilegio de la clase dirigente soviética era, sin embargo, incompleto. Desaparecía con el cargo y carecía de «convertibilidad» con la elite internacional. Dos serios inconvenientes.

En mi libro *La gran transición. Rusia 1985-2002,* comparo la situación con la de unas autoridades eclesiásticas administradoras pero no propietarias de las riquezas de sus diócesis y parroquias que, además, pertenecían a una secta no «homologable» con la *gran Iglesia global* del sistema económico-social mundial conocido como capitalismo. Y fue en esa segunda etapa de relajación cuando maduró la profecía de León Trotski, formulada en 1936, según la cual la burocracia acabaría transformándose en clase propietaria, porque «si no puede ser transmitido por herencia a los descendientes, el privilegio sólo tiene la mitad del valor», y porque «es insuficiente ser director de un consorcio si no se es accionista».

Con su libertad y su descentralización del poder, la reforma de Gorbachov propició sin proponérselo la fase final de este proceso, de esta degeneración de casta, al liberar definitivamente todos los obstáculos para que la *Estadocracia* se reconvirtiera en clase propietaria y homologable: para que los obispos y los clérigos se emanciparan y pudieran casarse, heredar y cruzarse. El desorden creado por la libertad en el sistema de

mando administrativo, completado por las componendas y los chanchullos, fue el medio ambiente ideal para esta transformación social esencial de la casta dirigente, vía privatización, desfalco y «economía de mercado».

Vista la escena desde fuera, pudo parecer que las rebeliones de los años 1988, 1989, 1990 y 1991, en forma de grandes movimientos nacionalistas, huelgas y protestas sociales, crearon los vacíos y las crisis de poder del periodo final de la URSS que concluyó con en la disolución de diciembre de 1991. En realidad fue al revés: la liberalidad desordenó el sistema.

El vacío y las crisis de poder creados por las libertades fueron los que crearon las rebeliones y los desórdenes. Las reformas liberadoras de Gorbachov desordenaron por completo el partido, cortocircuitaron los principios de jerarquía y disciplina que el secretario general quería reformar en una dirección regenerativa de «socialismo con rostro humano». El desmoronamiento de la coerción y el reparto del poder absoluto y tradicional del zar/secretario inducido desde arriba, desorganizaron, además, la producción, el abastecimiento y la lógica autoritaria de gobierno. Como después de la Revolución de Febrero de 1917 en la sociedad, en la gente común, se impuso algo parecido a la idea de que ya no había que trabajar. Los planes y los compromisos (entre ramos, entre repúblicas) no se cumplían. Como consecuencia, la producción caía y generaba todo tipo de reflejos egoístas territoriales que agudizaban aún más la escasez y el desbarajuste sistémico. Sobre este desorden y este vacío creados, y sobre los descontentos que el desabastecimiento provocó, surgieron las rebeliones (y no al revés).

Como cualquier dirigente de una transición, que quiere llevar a un país desde un régimen hasta otro, Gorbachov quería construir un nuevo centrismo político a partir de los pedazos rescatables del Partido Comunista y de la intelectualidad, pero en lugar de centrismo se encontró en medio de una espiral de fuerzas conservadoras de distinta radicalidad y sentido. Una de esas rebeliones fue la de las soberanías e independencias republicanas, resultado de las abdicaciones y desorganizaciones del poder central.

Ese fue el caldo de cultivo en el que la casta dirigente, degenerada para el proyecto socialista, decidió su emancipación social de clase.

Cuando los tres presidentes se reunieron en la oscuridad del bosque de Belavezh para matar a la madre, esta, sus símbolos, su ideología, sus decorados y sus realidades «socialistas» ya no eran más que impedimentos para culminar sueños de clase largamente larvados, que eran más fáciles de realizar en los respectivos marcos de cada república independiente con otros símbolos, otras ideologías y en el cuadro de la «economía de mercado». Ese sería el «aspecto social-degenerativo» de aquella disolución.

Hemos abordado la crónica «técnica» y el factor de la emancipación del aparato, pero ¿qué hay del sistema ideológico anclado en las mentalidades de decenas de millones de ciudadanos? Entramos aquí en el tercer punto: *la disolución espiritual*.

Disolución «espiritual»

Un sistema como el soviético se basaba en creencias. Eso tiene que ver con muchas cosas, pero también con el hecho de la fuerte impronta religiosa y mesiánica del llamado «comunismo» ruso. Un aspecto fundamental de la disolución de la URSS fue, precisamente, el proceso histórico de evaporación de esa creencia.

¿Cómo se secó aquella fuente de pasiones y creencias que invocaba a la «unión de los proletarios del mundo entero», que había vencido una guerra civil y otra mundial pagando precios espantosos, que reconstruyó el mayor país del mundo, y que había colocado su símbolo, la hoz y el martillo, sobre el mismo globo terráqueo en su escudo estatal evidenciando extraordinarias pretensiones de fraternidad e internacionalismo?

En el invierno de 1989 visité Karakalpakia, una región autónoma de Uzbekistán, a orillas del mar Aral. Era una zona prohibida y creo haber sido el primer europeo autorizado para visitarla (no la república, sino la orilla de aquel mar). En veinte años el mar había desaparecido a consecuencia de los excesos de la irrigación. En el antiguo puerto de Muinak, el agua quedaba a cincuenta kilómetros de distancia y los barcos de la flota pesquera, sólidos

barcos de hierro de hasta 60 metros de eslora, estaban varados en la arena evocando escenas de fantasía. La población sufría patologías relacionadas con los excesos del uso de pesticidas en el cultivo intensivo del algodón y con la salinización del agua que bebía. Visité una fábrica de conservas que, para no cerrar, se nutría de pescado del Báltico, a casi 4.000 kilómetros de distancia… En la salida de la destartalada y apestosa fábrica había un cartel, oxidado como todo, en el que, bajo la imagen de Marx, había una cita que decía: «El socialismo superará al capitalismo». El funcionario del KGB local que me acompañaba vio que miraba el cartel y me dijo en un susurro pillo: «Sí, lo superará, pero dentro de dos mil años».

Si hasta un guardia civil de Karakalpakia, penúltimo rincón de la URSS, bromeaba sobre todo aquello, quería decir que, verdaderamente, estábamos ante un agotamiento general. No ya la elite del régimen, sino hasta los guardias de provincias estaban convencidos del fracaso de todo aquello. ¿Por qué se agotó aquella fe?

En materia de creencias, hay que comprender algo esencial. La promesa religiosa es vaga e indeterminada. La reencarnación, el reino de los justos y el paraíso son promesas sin fecha, sin comprobaciones y sin resultados prácticos. Se cree en ello y ya está. Así van pasando los siglos.

La doctrina soviética, lo que se conocía como *istmat* (abreviación de «materialismo histórico») y su mezcla con la identidad de gran potencia *(derzhavnost)* y con las gestas de la historia nacional (la Gran Guerra Patria, la reconstrucción, etc.), era una especie de religión. Pero era una religión laica. Eso quiere decir que sus promesas no sólo llevaban fecha de cumplimiento (los planes quinquenales, con sus metas cifradas, incluso el «comunismo» al que Jruschov puso fecha: 1980), sino que además debían ser comparadas en sus resultados prácticos con los resultados de otras naciones competidoras. Esa es la diferencia esencial entre la doctrina soviética y su creencia, y una religión normal que no precisa ni demostración ni verificación. Sólo fe.

Además, esa suerte de *religión laica* devaluaba y erosionaba su sacralización conforme se desarrollaban sus resultados prácticos: cuando Rusia y su espacio euroasiático la abrazaron en 1917, aquello era una sociedad campesina en un 80 por 100. Con el tiempo, cada vez había mayor

nivel educativo, mayor normalización de la vida (menos movilizaciones y sacrificios, mayor consumo y más reflejos familiares e individuales de clase media, podríamos decir), una mayoría urbanizada ya desde los años sesenta, más información sobre lo que ocurría fuera del país y, por tanto, mayor capacidad de comparación entre sistemas.

En 1988 conocí a un joven y brillante intelectual que me confesó que a su desencanto con el sistema había contribuido una inofensiva película de… Louis de Funès en la que el gendarme representante de la autoridad era un tipo grotesco, pelota y mezquino. Aquella comedia le sugería otra manera, más suelta y libre de funcionar, una sociedad capaz de reírse de sí misma y de ridiculizar a su autoridad. Cualquier producto de importación, desde una inofensiva película de Louis de Funès, hasta unos pantalones tejanos, la música de moda, o un radiocasete, actuaba como un agujero en el muro a través del cual cualquiera podía asomarse, mirar y extraer sus propias conclusiones. Y lo que se veía por esos agujeros no era el trabajo infantil en India o Brasil, sino las luces de Occidente; París, Londres, Nueva York, *El gendarme en Nueva York*…

De alguna forma, los propios éxitos prácticos del desarrollo soviético trabajaron contra la dimensión de creencia (religiosa) de su doctrina. En los años setenta, la afirmación central de la doctrina oficial de que la URSS representaba un estado de cosas al que toda la humanidad debía aspirar y acceder algún día («El comunismo, radiante porvenir de la humanidad», la hoz y el martillo sobre el globo terrestre) ya había perdido toda la fuerza religiosa. Veinte años después, esa desacralización había llegado hasta rincones como Karakalpakia. Fue así como el comunismo ruso-soviético perdió su *alma*.

Todo esto no tiene nada que ver con el fin de la historia, el mensaje que el sistema adversario difundió y la conclusión que extrajeron sus propagandistas, ni con la vigencia de la aspiración humana a una vida y un mundo menos injustos, ni con la actualidad del comunismo. De todo eso podríamos hablar largo y tendido. Con lo que tiene que ver es con la historia ruso-soviética. Sin atender al largo y larvado proceso histórico de muerte espiritual del comunismo como doctrina y creencia, sin esta *disolución espiritual*, no se entienden las otras dos disoluciones, *la técnica*

y la *degenerativa,* de nuestro esquema. No se entiende la facilidad con la que todo ocurrió, sin que nada ni nadie lo impidieran u objetasen.

En cuanto a las consecuencias de la disolución de la URSS, la explicación puede ser mucho más breve, aunque sólo sea porque la idea de que se perdió un contrapeso importante en el equilibrio mundial y de que el mundo se ha hecho *más capitalista* desde entonces encuentra un consenso bastante amplio.

Consecuencias en el equilibrio mundial y en las relaciones de producción

La situación se ha hecho mucho más peligrosa que durante la Guerra Fría. La disolución de la URSS potenció la agresiva doctrina *neocon* de la hegemonía mundial de Estados Unidos: el catastrófico intento de dirigir el mundo en solitario y por la fuerza. Durante más de una década, Rusia dejó de existir como factor de contrapeso, mientras su clase dirigente se dedicaba a llenarse los bolsillos. La ocasión fue inmediatamente aprovechada.

La intervención occidental en zonas de Oriente Medio, antes vetadas por el reparto de áreas de influencia del mundo bipolar, fue inmediata: la primera guerra de Iraq (enero de 1991) tuvo lugar antes incluso de la *disolución técnica* de la URSS. Desde entonces hasta hoy, la destrucción de una serie de países, Estados y sociedades en toda la región, desde Afganistán hasta Libia, ha propiciado la matanza de varios millones más de seres humanos en Iraq, Afganistán, Siria, Pakistán, Libia y Yemen. Lo que llamo el *Imperio del caos,* donde el hilo de toda lógica efectiva de dominio se pierde en una desordenada maraña de sangrientas e inútiles intervenciones imperiales, se instala en el panorama.

La doctrina hegemónica de los neoconservadores norteamericanos tuvo como efecto la violación y el abandono de acuerdos fundamentales establecidos con Moscú. La Administración Clinton violó el acuerdo de que la OTAN no se movería «ni un milímetro» hacia el este a cambio de la aceptación de la reunificación alemana y estableció bases militares de la

OTAN junto a las fronteras rusas, con gran responsabilidad del *establishment* alemán. La Administración de George W. Bush abandonó el Tratado ABM y construyó bases antimisiles en la frontera rusa alegando que eran para proteger Europa de los inexistentes misiles intercontinentales de Irán. La Administración Obama emprendió un ataque directo contra Rusia con el objetivo de echarla de sus bases en el mar Negro derrocando al Gobierno legítimo de Ucrania e instalando su propio Gobierno prooccidental, ambos igualmente corruptos e impopulares.

Cuando todo esto culminó, inesperadamente y por vez primera tras treinta años de retrocesos de los intereses rusos, con una reacción militar rusa, primero en Georgia y luego en Ucrania, Washington se lanzó a una demonización sin precedentes del régimen ruso y de su presidente, cuya muestra se encuentra en todos los diarios, las televisiones y los análisis de disciplinados *think tanks*. Mientras tanto ha madurado el despuntar de nuevas potencias que configuran la perspectiva de un mundo multipolar (con varios centros de poder), cuya pregunta existencial es si se decantará por acuerdos y equilibrios, o, como parece, por la lógica de los *imperios combatientes*. Vamos al segundo paquete: las consecuencias en las relaciones sociales y de producción.

Sobre este aspecto se podría escribir largo y tendido, sin embargo, a diferencia de otras consecuencia, esta precisa mucha menos explicación, precisamente porque la inmensa mayoría de la gente ha experimentado esas consecuencias en su propia piel y su propia cotidianeidad. La disolución de la URSS y del Bloque del Este, unida a la integración de sus países, también de China y de India en el sistema económico mundial, ha hecho al mundo *más capitalista*. Aquí el principal dato es la *duplicación del número mundial de obreros y trabajadores*. Esa integración aportó, a partir de 1989, 1.470 millones de nuevos obreros al capitalismo. En muy pocos años se dobló el número de obreros (que en el año 2000, excluyendo a todos esos nuevos, era de 1.460 millones). El resultado ha sido un cambio fundamental en la correlación de fuerzas global entre capital y trabajo. Un mundo con más explotación, precariedad, deslocalización y globalización crematístico-industrial. Eso es lo que tenemos hoy y habrá que ver a qué tipo de convulsiones, colapsos y disoluciones nos lleva.

III

LA RUSIA POSTSOVIÉTICA EN EL MUNDO DE HOY

HUMILLACIÓN

La Rusia postsoviética y el particular régimen del presidente Putin, su nacionalismo, su crítico desdén y desconfianza hacia Occidente y su cínico escepticismo hacia los valores reclamados como «occidentales», así como el considerable consenso que todo ello tiene en la sociedad rusa, no se comprenden sin atender a los años noventa, al periodo de Yeltsin (desde la disolución de la URSS hasta la llegada al poder de Putin, a partir de 1999) y al rasgo central que esa década imprimió en la conciencia social y nacional de los rusos: la humillación.

Esta humillación tuvo dos vectores, uno interior y otro exterior.

En el ámbito interior, la aplicación del llamado Consenso de Washington –es decir, las recetas económicas del capitalismo neoliberal del momento (privatización, desregularización estatal, liberalización de los precios) pensadas para economías de mercado– tuvo un efecto particularmente devastador en Rusia, cuyo sistema económico burocrático-administrativo, plagado de acuerdos informales y subterráneos entre sus sujetos, y ajeno a procedimientos legalmente definidos, no era una economía de mercado, sino otra cosa muy diferente.

No voy a entrar en detalles sino sólo en las consecuencias: un desastre social para la mayoría y unas oportunidades inauditas de enriquecimiento para los sectores dirigentes del antiguo régimen, sumados a otros grupos de la sociedad soviética reconvertidos: delincuentes y hombres de negocios de la economía sumergida, militares, deportistas, agentes de los servicios de seguridad, etcétera.

El desastre social fue consecuencia del derrumbe general de la economía; la producción cayó un 20%, la inflación fue del 2.500% en 1992 (1.000% en 1993, 315% en 1994…) Todo eso volatizó los ahorros de 118 millones de personas en las cajas de ahorro. La liberalización de precios y

la retirada de subvenciones arruinaron el sector agrario y la industria. El dólar, que en 1990 se cotizaba a 6 rublos, pasó a 120 rublos en mayo de 1992 y a 500 en enero de 1993. Los sueldos y las pensiones se volvieron ridículos.

El académico Georgi Arbatov, un respetado profesor de Relaciones Internacionales, explicaba que sus ahorros, que en 1991 alcanzaban para un retiro holgado, pasaron de un día a otro a valer el equivalente al precio de un par de zapatos…

Muchas empresas, arruinadas por el desbarajuste, dejaron de pagar parte de los salarios a sus empleados; en 1993, los trabajadores de la industria sólo recibieron (como media) el 58% de sus salarios, los de la construcción el 74% y los de la agricultura el 67%. El consumo medio de los principales alimentos básicos cayó entre un 30% y un 40% desde 1990 hasta 1994. Y eso en un contexto en el que se acabó con el panorama de tiendas vacías o mal abastecidas, lo que introducía una nueva ansiedad: ahora había de todo en las tiendas. La barrera era el dinero. La sociedad soviética, que pese a su precariedad en muchos aspectos gozaba de una nivelación social comparable a la de los países (escandinavos) más avanzados de Europa Occidental, se convirtió en una de las más desiguales del mundo en cuanto a ingresos (a niveles latinoamericanos).

Lo que este derrumbe significó para la autoestima de las personas, su papel en la vida y en la sociedad, su identidad (profesional, familiar), prestigio, estatus, sus valores, etc., es algo difícil de imaginar para quien no lo haya vivido en su propia piel, algo que las cifras no revelan.

Un respetado pensionista excombatiente condecorado, un profesor de universidad o un obrero cualificado se convertían en marginados sociales, mientras a su lado el jovencito espabilado que trapicheaba comprando y vendiendo productos de exportación o el facineroso con buenos contactos comerciales prosperaban.

Mi propia secretaria, que ganaba 200 dólares al mes haciendo trabajos banales (concertar citas, buscar documentación, transcribir cintas de entrevistas y cosas así), vio cómo su sueldo cambiado a rublos superaba casi cien veces el de su marido, profesor de Física en la mejor universidad moscovita. Todo eso creaba crisis familiares, multitud de divorcios, crisis

de identidad, suicidios y caídas, fundamentalmente masculinas, en el alcoholismo (porque el precio del vodka fue de los pocos que bajaron)… En las calles había multitud de ancianos vendiendo sus pertenencias, hasta sus condecoraciones de guerra, para comprar lo más básico.

Dada la magnitud del derrumbe industrial, agrario, sanitario, de servicios, etc. de los años noventa, ¿cómo se las apañaron los rusos para no pasar hambre? La respuesta es que millones de ciudadanos se construyeron refugios contra el hundimiento (con gran protagonismo de las mujeres): espacios solidarios de ayuda, lugares impermeables a las embestidas de la macroeconomía, repliegues hacia la economía natural… El ejemplo más significativo es el de los huertos. Casi todo el mundo que andaba muy mal de dinero tenía una parcela para cultivar. Incluso en las ciudades. Eso ya venía de lejos, pero una ley de 1991 facilitó en extremo el acceso a esas parcelas, triplicando su número hasta 30 millones de explotaciones, como ha explicado Roi Medvedev. Cada parcela de 0,06 hectáreas recolectaba en Rusia una media de 540 kilos de patatas y verduras y hasta 250 kilos de fruta anualmente. En 1997 el precio de mercado de esa producción casi doblaba el monto de la pensión media anual y representaba cerca del 20 por 100 de los ingresos del presupuesto familiar en el conjunto del país. Con todo, la mortandad aumentó considerablemente a razón de varios centenares de miles al año (especialmente entre los hombres en edad productiva), entre 1990 y 1993 las muertes por asesinato, suicidio o abuso de alcohol se doblaron. La esperanza media de vida cayó diez años, a niveles sin parangón en sociedades industriales en tiempo de paz: cincuenta y siete años para los hombres.

Junto con todo eso, una vertiginosa sucesión de cambios que para mucha gente, especialmente la población madura, era inasimilable: cambios en los nombres de las calles, de las estaciones de metro, de las ciudades, delincuencia en auge (las puertas blindadas se generalizaron) y continuos cambios de Gobierno y en las instituciones del Estado: en ocho años, entre 1991 y 1999, Rusia tuvo ocho primeros ministros, cuatro ministros de Defensa, cinco de Interior, ocho de Privatización, nueve de Finanzas, nueve secretarios del Consejo de Seguridad y doce ministros de Economía. Además, fueron incontables las remodelaciones de la estructura de

Gobierno y de la administración presidencial que tuvo siete jefes. Los servicios secretos fueron objeto de cinco reformas y tres cambios de nombre… El propio nombre del país y sus fronteras cambiaron; Ucrania, Kazajstán, Letonia y otras repúblicas llenas de rusos pasaron a quedar en el «extranjero».

A partir de 1994 comenzó un conflicto bélico en el interior mismo de Rusia, en Chechenia. Cinco mil guerrilleros infligieron estrepitosas derrotas al ejército ruso, cuya miseria y corrupción suministraban las armas a sus adversarios. A finales de la década se firmó una paz vergonzante con los chechenos.

Por si todo esto fuera poco, el presidente ruso, Borís Yeltsin, hacía periódicamente el ridículo en los foros internacionales con salidas de tono, episodios etílicos… En un acto oficial junto al canciller Helmuth Kohl, Yeltsin arrebató la batuta al director de una banda y se puso a dirigir una orquesta alemana junto a la puerta de Brandeburgo ante las cámaras de televisión de los canales globales. En el Aeropuerto de Shannon, en Irlanda, los gobernantes de ese país esperaron en vano, con toda la parafernalia militar de honor desplegada, a que Yeltsin saliera por la puerta del avión presidencial, para ver cómo al final salía un subalterno para decirles que estaba indispuesto…

El grupo de asesores de Harvard, patrocinado por la USAID, la agencia de EEUU tradicionalmente enfocada para guiar a los regímenes de las repúblicas bananeras de América Latina, redactaba «centenares de decretos» presidenciales. El vicesecretario del Tesoro de EEUU, Lawrence Summers, impartía instrucciones al jefe de la administración presidencial, Anatoli Chubáis. Jeffrey Sachs, uno de aquellos expertos, que llegó a Rusia tras haber asesorado al Gobierno polaco a finales de los ochenta y al Gobierno de Bolivia, confesó, veinte años después de los hechos, su estupefacción al constatar la «cruel negligencia» con la que la Administración norteamericana asesoraba a Rusia:

> Necesité veinte años para hacerme un juicio apropiado de lo que ocurrió después de 1991. ¿Por qué Estados Unidos, que se había comportado con tan buen sentido y previsión en Polonia, actuó con tal cruel negligencia en el caso de Rusia? Paso a paso y testimonio tras testimonio, la verdadera historia vio la luz. Occidente había ayudado a Polonia financiera y diplomáticamente porque Polonia debía convertirse en el muro oriental de una expansión de la OTAN. Polonia era

Occidente y por lo tanto merecía ayuda. Rusia, por el contrario, era vista por los líderes de Estados Unidos aproximadamente de la misma forma en que Lloyd George y Clemenceau habían visto a Alemania en Versalles: como un enemigo merecedor de ser aplastado, no ayudado.

En la clase política rusa la situación dio lugar a una pelea por el poder entre grupos rivales que Yeltsin zanjó, en octubre de 1993, con un sangriento golpe de Estado que disolvió a cañonazos el primer Parlamento plenamente electo de la historia rusa, para imponer un régimen «presidencialista» que convirtió el Parlamento en un adorno y en omnipotente al presidente: un regreso a la ya descrita autocracia moscovita tradicional, que Gorbachov había alterado por el insólito procedimiento de transferir sus poderes absolutos de secretario general del Partido Comunista a las cámaras electas.

Todas esas escenas bananeras fueron aplaudidas con entusiasmo desde Occidente y vendidas por sus medios de comunicación como victorias de la democracia, pero el conjunto de la situación tuvo su humillante correspondencia en el ámbito exterior: Occidente le perdió por completo el respeto a Rusia. Eso era comprensible, teniendo en cuenta no sólo el desbarajuste militar evidenciado en Chechenia, sino sobre todo el espectáculo que los dirigentes rusos ofrecieron mientras se llenaban los bolsillos privatizando, parasitando y esquilmando todo aquello de lo que se podía extraer beneficio. Y eso era mucho.

Rusia disponía del grueso de las riquezas de la URSS, era una potencia energética, gran productor mundial de oro, diamantes, aluminio, metales raros, etc. Todo eso, más o menos privatizado o comprado a precios interiores de risa, se vendía a precios de mercado en el extranjero alimentando colosales fortunas.

A principios de los noventa, tres toneladas de petróleo costaban en Rusia 2,1 dólares, casi lo mismo que una cajetilla de cigarrillos norteamericanos, mientras que en el extranjero el precio se multiplicaba por 300. Algo parecido pasó con muchos otros recursos, y la repentina y masiva venta de materias primas rusas reventó los precios en los mercados internacionales.

Otras fuentes de enriquecimiento fueron la especulación financiera y la exportación de armas. Todas estas vías precisaban de una condición: pertenecer o tener una conexión directa con el sector social dirigente, administrador de todos estos recursos en el antiguo régimen; altos funcionarios de la política y la economía, autoridades administrativas, expertos, jefes militares o del sector militar-industrial.

En ocasiones bastaba una sola transacción –por ejemplo, lograr una concesión para exportar una partida de petróleo comprado a precios internos– para hacerse millonario. A un conocido, corresponsal extranjero, le ofrecieron una comisión del 5 por 100 si encontraba un comprador para un guardacostas de la Marina de Guerra. ¿Cuánto puede costar un guardacostas? En todo caso una fortuna. La comisión, de haber prosperado, habría sido mucho más que el sueldo de muchos años de mi colega. Con su industria, su agricultura y sus servicios destartalados, la economía rusa vivió de esta exportación granuja que, a finales de la década de los noventa, representaba el 25 por 100 del PIB y una tercera parte de los ingresos presupuestarios del Estado. Mucho de ese dinero se quedaba en cuentas privadas en el extranjero. De repente, nuevos millonarios rusos aparecieron en el mercado inmobiliario de Londres o París y al frente de clubes de fútbol, y sus yates de lujo con matrícula en paraísos fiscales atracaban en la Costa Azul y se paseaban por el Caribe.

Apareció una nueva categoría de personajes, los «banqueros», que se encargaban de hacer llegar esos dineros al extranjero. Muchas veces esos personajes aprovechaban la situación para quedarse parte del dinero, o simplemente eran testigos de los tejemanejes económicos de los nuevos ricos. Por eso, en calidad de únicos testigos conocedores de la existencia del capital de Fulano o Mengano en tal o cual sede bancaria extranjera, eran eliminados: sólo en 1993 fueron asesinados más de un centenar de «banqueros» en Rusia, la mayoría en Moscú y San Petersburgo, frecuentemente a manos de sus propios guardaespaldas…

* * * * * * * * *

Decíamos que era comprensible que, en medio de este panorama, en Occidente se le perdiera todo el respeto a Rusia. Comprensible sí, pero al mismo tiempo absolutamente miope. Fue insensato instalarse en la ilusión de que Rusia, gran potencia y «tercera Roma», iba a ser eternamente algo parecido a una república bananera presidida por una especie de Mobutu euroasiático, o incluso que el Estado ruso fuera a descomponerse en cuatro o cinco nuevas repúblicas manejables, tal como contemplaban estrategas de Estados Unidos como Zbigniew Brzezinski, cancelando la historia secular de un Estado ruso efectivo, independiente y soberano. Occidente no sólo se hizo ese tipo de ilusiones con Borís Yeltsin, sino que practicó un descarado oportunismo para sacar provecho de la coyuntura y avasallar geopolíticamente a Rusia. Se repetía así una situación bien conocida de la historia europea.

En Europa, el ninguneo o maltrato de grandes potencias derrotadas siempre tuvo resultados nefastos. Tras las guerras napoleónicas, los vencedores implicaron a la vencida Francia en la toma de decisiones, lo que abrió una larga etapa de paz y estabilidad continental. El ejemplo contrario es lo que se hizo con la Alemania posguillermina, tras la Primera Guerra Mundial, y también con la Rusia bolchevique, tras la Revolución de 1917. En ambos casos, las políticas de exclusión –y de tremendo intervencionismo militar en la guerra civil rusa– tuvieron consecuencias fatídicas: el nazismo y la génesis del estalinismo. Lo que hemos visto en Europa desde el fin de la Guerra Fría es una nueva advertencia sobre los peligros de excluir a una gran potencia de la toma de decisiones y tratarla a base de imposiciones y sanciones en lugar de organizar la seguridad continental común que se acordó en París en noviembre de 1990.

El 21 de noviembre de 1990, en el Palacio del Elíseo, los jefes de Estado europeos, más los de Estados Unidos, Canadá y la URSS, habían firmado la «Carta de París para la Nueva Europa». Aquel documento debía ser el acta de defunción de la Guerra Fría. La Carta 1) proclamó el «fin de la división de Europa»; 2) anunció que el fin de la Guerra Fría «conducirá a un nuevo concepto de la seguridad europea y dará una nueva calidad» a sus relaciones; y 3) constató que la seguridad de cada uno de los Estados estaría «inseparablemente vinculada» con la de los demás.

En lugar de cumplir con eso, que necesariamente habría hecho obsoleta a la OTAN y con ella a la influencia determinante de Estados Unidos en el continente, la OTAN, el bloque militar occidental de la Guerra Fría, fue ocupando militar y geopolíticamente todos los espacios que Rusia fue dejando en Europa con su retirada militar unilateral; primero los antiguos satélites de Europa del Este, luego Yugoslavia –cuya disolución como último espacio neutral en el continente se propició militarmente– luego en el Báltico, Transcaucasia y Asia Central. Fue un acoso de un cuarto de siglo, hasta llegar a los arrabales geopolíticos de Moscú, con el resultado visto en Ucrania.

Ese avasallamiento ha sido una constante de las sucesivas Administraciones norteamericanas desde los años noventa hasta hoy. Recordemos, una vez más, la serie:

• La Administración Clinton violó el acuerdo de que la OTAN no se movería «ni un milímetro» hacia el Este a cambio de la aceptación de la reunificación alemana y estableció bases militares de la OTAN junto a las fronteras rusas.
• La Administración de George W. Bush abandonó el Tratado ABM (fundamento de la no proliferación) en 2002 y creó bases antimisiles en Alaska, California, Europa del Este, Japón y Corea del Sur para crear un cinturón alrededor de las inmensas fronteras rusas, que incluye el destacamento de varias decenas de destructores. Las bases europeas de ese recurso en la frontera rusa occidental, en Polonia y Rumania, se emplazaron alegando que eran para proteger Europa de los inexistentes misiles intercontinentales de Irán, una desvergonzada patraña que evidenció el absoluto desinterés por un pretexto mínimamente creíble.
• La Administración Obama emprendió un ataque directo contra Rusia con el objetivo de echarla de sus bases en el mar Negro derrocando al Gobierno legítimo de Ucrania e instalando su propio Gobierno prooccidental (ambos igualmente corruptos e impopulares).
• La Administración Trump incrementó los riesgos nucleares al ampliar el umbral de los supuestos para emprender un ataque nuclear y desarrollar

nuevas armas que difuminan las diferencias entre nuclear y convencional y aumentan los peligros.

Todos los antiguos aliados de Moscú en Oriente Medio y el norte de África, o, dicho de otra forma, todos los regímenes independientes y refractarios a un alineamiento occidental en la región energéticamente más significativa del mundo, han sido objeto de invasiones militares para cambiar su régimen (Iraq, Libia, Siria). En Afganistán, antiguo patio trasero de la URSS, ahora son los occidentales quienes continúan aquella guerra, en términos tan parecidos y desastrosos a los que Moscú conoció allá entre 1979 y 1989 (con la importante diferencia de que los actuales muyahidines no están financiados y armados por una superpotencia rival).

* * * * * * * * *

El conjunto de todo esto arroja una humillación total con consecuencias en *todos* los órdenes: personal, social, patriótico-nacional… Y la pregunta es ¿por qué la población rusa no explotó ante todo este cúmulo de abusos, flagrantes injusticias y denigración de la identidad secular de gran potencia? Una explicación es el miedo. Un miedo profundo de la población rusa al caos y al cambio de régimen político. Miedo a la revolución, a la guerra civil, a que la acción popular instaure un desorden y un mal (una *smuta*) aun superiores al que produce un «mal Gobierno». Prevención y alergia ante la acción política, ante la revuelta popular por los «recuerdos genéticos» de las penalidades de la época revolucionaria, las penalidades, el terror y la represión del estalinismo, los recuerdos concretos de sufrimiento, hambre y frío del periodo de la guerra… Así, la respuesta a esa pregunta sería que los rusos consintieron pasivamente todos los abusos que sufrieron en los noventa por razones de un temeroso pragmatismo.

Tanto el miedo como los recursos de supervivencia desarrollados por la sociedad ayudan a comprender la pasividad de los rusos ante los cataclismos de los años noventa, pero no disminuyen un ápice el sentimiento de humillación que acumularon durante esa turbulenta década.

Putin como restaurador y estabilizador

El caos bananero de los años noventa, con sus excesos privados y derrumbes públicos, tuvo, pese a su aparente irracionalidad, un profundo sentido: dio un medio ambiente idóneo para la gran juerga del enriquecimiento y de la gran reconversión social de la casta administrativa en clase propietaria. Fue una aplicación ejemplar de lo que, años después, la publicista Naomi Klein definiría como *La doctrina del shock:* aprovechar un desastre para ejecutar políticas antipopulares. Pero una vez realizada esa crucial operación, en las elites rusas se planteó de nuevo la cuestión del Estado: recuperar su maltrecha función secular y restablecer su prestigio tanto dentro como fuera del país. La impronta secular, la tradición autocrática, ofrecía su recetario a la nueva clase propietaria.

De repente, la etiqueta de *gosudarstvenniki,* partidario de la función estatal, subió enteros frente a la de «liberal» o «demócrata», que habían propiciado las retóricas de reforma a lo largo de la década. La identidad patriótica de gran potencia, *derzhavnosti,* reapareció en el discurso elitario. Ya en los últimos años de Yeltsin, avanzaba la idea de restablecer un orden elemental.

El presidente organizó el futuro designando un sucesor con la idea central de que este «restableciera el orden» y asentara el sistema. Su elección fue Vladímir Putin, un anodino excuadro bajo del KGB que había demostrado tres cosas necesarias para la situación: era una persona «de orden», leal y obediente, no corrupto, con sentido de Estado, y, al mismo tiempo, desengañado de la ideología del antiguo régimen soviético y desmarcado de cualquier tentación de poner en cuestión la turbia privatización. Otra cualidad más pedestre de Putin era que personificaba garantías concretas de seguridad para el clan familiar de Yeltsin.

Entre todos los aparatos del Estado, el KGB, la guardia civil local, era el que más había mantenido su espíritu de cuerpo. Poner a un exguardia civil al frente del Estado, para que pusiera orden en el nuevo régimen sin cuestionar la privatización y el enriquecimiento de la elite, tenía sentido.

Al mismo tiempo, el poder de toda una serie de magnates que se habían hecho grandes fortunas con la privatización pretendía hacerse con el control

político del país. Una especie de privatización del Estado. En octubre de 1996, uno de ellos, Borís Berezovski, se jactó en una entrevista en el *Financial Times* de haber organizado la victoria electoral del decrépito Borís Yeltsin en unos comicios que o bien ganaron los comunistas y fueron amañados (nunca estuvo claro), o bien estos habrían ganado si hubieran sido ecuánimes y limpios en cuanto a recursos y medios de comunicación. «Ahora tenemos que cosechar los frutos de nuestra victoria, ocupando cargos claves en el Gobierno», dijo Berezovski.

Al acceder al poder en marzo de 2000, Vladímir Putin reunió a los magnates y les comunicó las nuevas reglas del juego: el Estado les dejaría hacer y no cuestionaría sus nuevos y turbios patrimonios y fortunas, siempre y cuando ellos no desafiaran al Estado. Dos magnates, el mencionado Borís Berezovski y Vladímir Gusinski, no aceptaron el trato y fueron enviados al exilio y despojados de sus medios de comunicación. Berezovski continuó conspirando políticamente desde Londres y un día apareció suicidado en su casa. Años más tarde otro magnate, Mijaíl Jodorkovski, quiso ganarse apoyos americanos contradiciendo la política energética de Putin con miras a una futura candidatura presidencial y fue enviado a la cárcel y se le arrebató su compañía petrolera, Yukos. Los restantes magnates aceptaron el juego.

Putin también concluyó la guerra chechena, apoyándose en una de las facciones locales que hoy gobierna aquella república en nombre de la autoridad rusa restablecida y a cambio de una amplia autonomía que cierra los ojos a la más férrea represión del adversario local. Unos oscuros atentados, que en cuatro días mataron a más gente en Moscú y otras ciudades rusas que ETA en treinta años, le dieron el apoyo popular para acabar aquella guerra con una ofensiva militar victoriosa. Desde entonces hay un problema de «terrorismo» en la región del Cáucaso norte, donde Turquía y las potencias del golfo Pérsico habían invertido dinero, ideas e influencias en la revuelta contra Rusia.

Favorecido por una coyuntura alcista de precios del petróleo, Putin también invirtió parte de los ingresos nacionales en mejorar las pensiones y los sueldos de los funcionarios. Por primera vez en más de una década, los rusos comunes dejaron de ver cómo su vida se degradaba. El nuevo

presidente fue visto como un restaurador y estabilizador de la situación interna. Su mano dura e imagen varonil y decidida, que tanto contrastaba con la decrepitud del último Yeltsin, confirmó la receta secular autocrática alternativa al caos y la humillación, lo que le dio grandes apoyos populares, incomprensibles sin la huella de la década anterior. Putin restableció el himno de la URSS como himno de Rusia, un símbolo fuerte, pero al mismo tiempo mantuvo a los neoliberales al frente de la política económica.

En el ámbito internacional, después del 11S de 2001, Putin comenzó su mandato ofreciendo plena cooperación a Estados Unidos en su invasión de Afganistán, permitiendo el tránsito de recursos militares norteamericanos por su territorio y sin oponerse al establecimiento de sus bases militares en antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central. Moscú lanzaba a Estados Unidos una clara oferta de condominio en sus antiguos dominios. Esos gestos no cambiaron en absoluto la actitud de los Estados Unidos y la UE hacia Rusia. Al contrario, cuanto más restablecía Putin la autoridad del Estado ruso en el interior y más cedía en el exterior, más hostilidad recibía de Occidente. Esta experiencia inculcó en toda una elite de los antiguos servicios secretos –los principales colaboradores de Putin eran exagentes del KGB, gente de otra generación, poco ideologizada, que en general estaba bien predispuesta hacia Estados Unidos y francamente desengañada del antiguo régimen soviético– un vivo resentimiento y cinismo en materia de relaciones exteriores: no sólo los gestos de buena voluntad de Rusia no tenían la menor contrapartida, sino que se imponía la idea de que «el mundo no respeta a los débiles». Aupado por una favorable coyuntura de precios energéticos, esa experiencia abonó un subidón nacionalista, lo que llevaba consigo la ambición de volver a ser respetados en el mundo.

En 2008, Moscú respondió militarmente al intento bélico de Georgia de recuperar Osetia del Sur, un territorio filoruso separado de aquel país. La operación, que contaba con la bendición de Occidente y para la que Moscú estaba preparado, fue un fracaso para Georgia y un éxito militar ruso que dio mas prestigio interno a Putin.

El presidente y la diplomacia rusa repitieron una y otra vez que ya no admitirían más provocaciones expansionistas de la OTAN en su entorno inmediato. La declaración más sonada la realizó Putin, en febrero de 2007,

con un impecable e inequívoco discurso pronunciado en la Conferencia de Seguridad de Múnich, un foro atlantista que se celebra cada año en la capital bávara, sin que tuviera ninguna consecuencia. La OTAN no se daba por enterada del catálogo de agravios ruso.

Desde 2008 hasta 2013, asistí cada año a esa conferencia de seguridad y siempre se producía el mismo escenario: Rusia se quejaba de la expansión de la OTAN hacia sus fronteras; pedía la renuncia del plan de desplegar un escudo antimisiles; proponía el esquema de seguridad europea integrada de Gorbachov, firmado en 1990 por todos en la Carta de París para la Nueva Europa; subrayaba la inviabilidad de pisotear la legalidad internacional con intervenciones militares que ignoraban los mandatos y la autoridad de la ONU, y… no pasaba nada. Los periodistas no mencionaban nada de eso y la vida seguía igual. En un artículo que escribí en Múnich en febrero de 2009 se pudo adelantar con toda claridad que, «a partir de ahora, cualquier vuelta de tuerca al cerco ruso tendrá su respuesta».

La mitad de las 14 exrepúblicas soviéticas ya mantenían la presencia militar de Estados Unidos o de la OTAN, y, en Rusia, Occidente alentaba la revuelta de la «sociedad civil» contra el Gobierno con las llamadas «revoluciones de colores». La operación de cambio de régimen en Ucrania, organizada aprovechando una revuelta popular, confirmó mi predicción de 2009: dio lugar a la primera reacción militar defensiva de Moscú desde que comenzara el avasallamiento y avance de la OTAN hacia el este.

Ocupando Crimea, con el aplastante consentimiento y aplauso de su población, y apoyando la revuelta armada de las regiones orientales del país, Putin estrenó el primer desafío militar de una potencia BRIC al hegemonismo occidental tras el fin de la Guerra Fría. El papel ruso oponiéndose, también militarmente, a la operación de cambio de régimen en Siria (último adversario árabe de Occidente en la región) no hizo más que fortalecer el actual ambiente de «nueva Guerra Fría». Desde el punto de vista de Estados Unidos, todo eso lanzó un pésimo y ejemplarizante mensaje a China y otras potencias en tensión con Occidente («pararlos es posible») y ese es, fundamentalmente, el crimen que se le cobra desde entonces a Putin con las sanciones, la histérica demonización de la que es objeto en Europa y Estados Unidos, así como el principal motivo de las

denuncias de sus fechorías en materia de derechos humanos, muchas de ellas completamente reales, pero que cuando son cometidas por las propias potencias occidentales o por países amigos no dan lugar a escándalo ni agitación mediática alguna.

El «comunismo» después de su final

Un momento. ¿Hemos dicho «nueva Guerra Fría»? Pero, ¿no era la Guerra Fría un pulso entre distintos sistemas socioeconómicos e ideologías políticas? ¿Cómo se entiende entonces que siendo hoy Rusia un país con pleno capitalismo y sin la más mínima conexión con la ideología comunista se mantenga la tensión con ella hasta el punto de hablar de «nueva Guerra Fría»? Para explicar esta aparente contradicción resulta útil examinar de nuevo la idea estereotipada de «comunismo».

Al analizar qué fue y de dónde salió aquel comunismo en Rusia y China, los dos grandes países en desarrollo en los que triunfó, hemos estado muy obsesionados por el «comunismo doctrina», las ideologías, las ideas y las banderas. Y ahora sospechamos que aquella fijación no nos ha llevado muy lejos. Porque, ¿qué hay de los ideales originales, nacidos en la Europa del siglo XVIII y del XIX, de libertad, igualdad y fraternidad, en los ochenta años de la historia soviética o en los setenta de la República Popular China? Podríamos discutirlo y seguramente encontraríamos unos breves inicios esperanzadores enroscados en dramas que se tornan enseguida en muchos crímenes en nombre de los ideales; algunos espantosos desde el punto de vista de la historia universal, como el hecho de que en 1937, el año del apogeo del terror estalinista, casi un millón de personas fueran fusiladas en la URSS, o que en los años cincuenta, con el Gran Salto Adelante, se propiciara en China la mayor hambruna del siglo, con 20 o 30 millones de muertos, en parte consecuencia de errores políticos. Y eso, como dijo en cierta ocasión Manolo Vázquez Montalbán, impone la certeza de que en el siglo XX la izquierda perdió definitivamente la inocencia… Por eso, probemos ahora a observar las cosas desde otro punto de vista, el del

comunismo como vía alternativa de desarrollo, el punto de vista de la *teoría del desarrollo*. ¿Qué quiere decir eso?

Se trata del problema del desarrollo desigual, el problema que se deriva del hecho de que unas naciones se desarrollen de forma más exitosa, más rápida y antes, que otras, y eso, en una historia europea en la que cada nación es el lobo de la que tiene al lado, crea conflictos, guerras y amenazas de verse derrotada, engullida o desaparecida por el vecino. La Revolución rusa fue un producto nacional de ese problema. Y voy a explicar cómo ocurrió con un breve apunte histórico.

La industrialización europea se hizo en una serie de oleadas y cada una de ellas tuvo su propia receta de desarrollo. La primera receta fue la de Inglaterra: el libre comercio surgido de la economía política de Adam Smith y de Ricardo. Con ella los ingleses fueron los primeros en industrializarse y salir al mundo a practicar el comercio moderno y con ella operó el primer grupo de países capitalistas.

La segunda receta la hizo Alemania, en la segunda ola de países industrializados. La confeccionó Friedrich List, el economista de Bismarck y de la *Zollverein*, mediante una enmienda al modelo inglés. El resultado fue el capitalismo de Estado que, frente al liberalismo, afirmaba un fuerte proteccionismo estatal para conseguir que la industria nacional pudiera competir con los países de la primera ola. Con ese capitalismo de Estado bismarckiano y con el imperialismo, Alemania, la «nación atrasada» que empezaba tarde su industrialización en esa carrera europea, alcanzó los primeros puestos: un éxito.

La enmienda de List fue atentamente observada por la Rusia zarista, cuyo régimen político estaba mucho más cerca de la autocracia prusiana que del liberalismo británico. El primer ministro ruso zarista, Piotr Stolypin, intentó traducir al ruso la receta alemana: quería un capitalismo de Estado para Rusia.

Recordemos que, a principios del siglo XX, Rusia era a un tiempo una gran potencia y un país en desarrollo medio colonizado por las grandes potencias. Al lado del ritmo de sus competidores europeos, Inglaterra, Alemania y Francia, Rusia era un país que estaba perdiendo el tren: su industria más moderna estaba en manos del capital extranjero. En 1914, el

90% de la minería, casi el 100% de la extracción de petróleo, el 40% de la industria metalúrgica, el 50% de la química y el 28% de la textil estaban en manos extranjeras. Y sólo el 30% de la población sabía leer y escribir. Todo eso era visto con gran ansiedad en San Petersburgo. Sergéi Witte, primer ministro ruso, decía: «O alcanzamos a Europa, o, en caso de fracaso, nos convertiremos en una segunda China».

Hay que detenerse un momento en ese temido espectro de la «segunda China» para descifrar lo que quería decir Witte. ¿Qué era China a finales del siglo XIX y principios del XX? Era un país inserto de pleno en las consecuencias más negativas de ese «problema del desarrollo desigual»: era un país invadido por potencias coloniales animadas de sentimientos de superioridad racista, que hacían y deshacían a su antojo, que aplicaban el derecho de extraterritorialidad, y que crucificaban, literalmente, al país induciendo, por ejemplo, la drogadicción de 150 millones de sus habitantes…

Stolypin no consiguió aplicar en su país la enmienda prusiana para el desarrollo de Rusia. Le faltaron apoyos sociales y medios para imponerla. Sería largo explicar los motivos, pero entre tanto se produjo la Guerra ruso-japonesa de 1905: la primera derrota de una potencia imperial blanca-europea a manos de una emergente nación industrial asiática. Recordemos que tras el ataque al enclave ruso de Port Arthur, en la actual provincia china de Liaoning, y tras la destrucción de la flota rusa del Pacífico, el zar Nicolás II envió a su flota del Báltico, en una navegación planetaria a través del cabo de Buena Esperanza, para zurrar a aquellos «macacos», como dijo. El guion de sus almirantes y generales era una «rápida sumisión del Mikado». Lo que pasó en realidad es que la flota rusa fue hundida por la japonesa en el estrecho de Tsushima… A ello se sumó el desastre de la Primera Guerra Mundial, y, al final, la receta la aportaron los bolcheviques, ya no como enmienda, sino como ruptura, al afirmar una vía de desarrollo fuera del capitalismo, aboliendo la propiedad privada y repartiendo la tierra con la ulterior colectivización estalinista, en la que Stalin, a diferencia de Stolypin, sí que dispuso de instrumentos para imponerla: el imponente aparato represor de la seguridad del Estado que era el NKVD y un particular nuevo tejido social, entre otros. Hubo una enmienda a la

totalidad. Una ruptura revolucionaria. Y eso fue, desde este particular punto de vista, el «comunismo» ruso: la respuesta nacional rusa en unas condiciones dramáticas y extremadamente adversas al problema del desarrollo desigual.

Con el «comunismo», Rusia consiguió hacerse fuerte –evitar ser tratada como China, conjurar el peligro apuntado por Witte– con una fórmula de desarrollo propia que aguantó muchos años y amplió la potencia rusa a un nivel sin precedentes, desde el Elba hasta el Mekong. Por eso su receta fue una enorme fuente de inspiración mundial: una tercera parte de la humanidad vivió en regímenes emparentados con el soviético.

Claro que Lenin no era un nacionalista, era un socialista internacionalista, pero las ideas y doctrinas surgen y echan raíz en un determinado contexto histórico y están sometidas a la corriente de cierta lógica general de fondo que las moldea. La idea que quiero transmitir con esto es la de que lo alternativo surgió y triunfó (aunque fuera brevemente) sobre la necesidad imperiosa de supervivencia de una nación imperial atrasada.

Veamos ahora el comunismo chino, cuyo origen no se entiende sin la URSS. Los chinos querían salir del agujero antes descrito y optaron por la receta rupturista rusa. Lo hicieron así por una razón muy sencilla: cuando buscaron recetas en las que inspirarse, cuando tomaron la decisión estratégica de a qué apostar, en los años treinta (recordemos que la Revolución china triunfa en 1949) estaba claro que el comunismo era la receta de desarrollo más moderna y eficaz.

Rusia había demostrado que esa receta funcionaba: había ganado la guerra civil pese al intervencionismo extranjero –que China conoció– y la Segunda Guerra Mundial, en la que Hitler quería disolver la URSS y convertir Rusia en un protectorado (la «segunda China» de Witte); sus ritmos de crecimiento eran superiores a los occidentales, etc. Y todo ello había tenido lugar en las circunstancias más adversas.

Por lo tanto (y como no podía ser de otra manera, teniendo en cuenta la potencia de China como civilización), los chinos *nacionalizaron* fuertemente esa receta rusa, traduciéndola al chino. Si la Revolución rusa *nacionalizó* el socialismo europeo al traducirlo al ruso, en China el

resultado de la operación fue *un refrito de un refrito:* un producto tan diferente del ruso como este lo había sido con respecto a la receta socialista europea (anglo-franco-alemana) original. En la fórmula china aparecen cosas como la creación de un Ejército Popular, la estrategia de ganarse al campo y rodear las ciudades, el llamado «pensamiento Mao Tse Tung» y una gran cantidad de cultura china tradicional mezclada con jerga marxista.

En 1918, Lenin había definido el comunismo ruso como «el poder de los sóviets más la electrificación de todo el país», una definición más desarrollista y de poder que ideológica. El comunismo chino fue algo todavía más exótico. Consistió, y consiste, en construir una China fuerte y próspera más el *Datong*. El *Da Tong* es el ideal confucionista de la cohesión social derivada de una economía próspera y de una sociedad estable. Para lo que aquí interesa, podríamos definirlo como un seudónimo de esas «características chinas» que los dirigentes de Pekín invocan siempre como una especie de comodín retórico cuando los occidentales pretenden darles lecciones.

Mientras los occidentales nos rompemos la cabeza intentando comprender las «rupturas ideológicas» entre Mao y Deng Xiaoping (el lío ese de qué tiene de «comunista» la actual «China capitalista»), la simple realidad es que desde el punto de vista de esa definición, desde el punto de vista del «comunismo-estrategia de desarrollo», Mao, Deng Xiaoping, Jiang Zemin, Hu Jintao, Xi Jinping y sus sucesores representan diversas tácticas del mismo propósito estratégico desarrollista chino común a todas esas generaciones. Todos siguen con gran coherencia y continuidad la vía del comunismo chino, tal como lo hemos definido. Mao optó por el comunismo soviético, por la misma razón por la que Deng optó por la economía de mercado americanizante y sinizada de Singapur, Hong Kong y Corea del Sur, y por las mismas razones y el mismo impulso por el que sus sucesores han ido introduciendo sus matices hasta llegar al actual propósito de superpotencia de Xi Jinping: porque en cada caso esas diferentes novedades son vistas como las más adecuadas para realizar el «comunismo-estrategia de desarrollo», es decir, construir una China fuerte y próspera más la armonía social del *Da Tong*.

Este enfoque histórico permite comprender mejor no sólo el presente ruso y chino y sus tensiones, sino, digamos, nuestro presente global. Es así, atendiendo a esa lógica, como los problemas del desarrollo desigual reavivan los pulsos entre grandes potencias, explicando las actuales *tensiones de Guerra Fría sin motivo ideológico* entre ellas.

La vieja «nueva Guerra Fría» y sus novedades

La «nueva Guerra Fría» no hace, por tanto, más que proseguir pulsos y tendencias tradicionales de la rivalidad entre potencias. Sin embargo, hay novedades aunque sólo sea porque el mundo de hoy es diferente al de ayer en sus condiciones, sus pesos y sus medidas.

Una novedad es el declive del poder de Estados Unidos del que tanto se habla. Tampoco esta es una verdadera novedad, puesto que Estados Unidos alcanzó el cénit de su potencia en 1945, cuando su peso representaba el 50% de la economía mundial. Desde aquella culminación, puede decirse que el país conoce un «declive»; en los años setenta aquel peso se había reducido al 25% y hoy se estima en alrededor del 15%. Sin embargo, su dominio sigue siendo aplastante. Las compañías de Estados Unidos dominan los primeros puestos en casi todo y su poder militar es apabullante. Más allá de la pura economía, en el ámbito de lo que se conoce como *soft power,* la americanización cultural, el dominio de su lengua global, de sus pautas de conducta, de sus modas, de la industria del entretenimiento, etc., sigue avanzando a todo vapor y en Europa Occidental ha conquistado y colonizado, dejando un sello quizá definitivo, a las naciones más celosas de su idiosincrasia y manera de vivir, como Francia. En países como Rusia, donde pese a las rivalidades geopolíticas la *occidentalización* de la sociedad prosigue a toda marcha, esta es, fundamentalmente, una americanización. «En 1919 había una civilización europea con una cultura americana como variante», escribe Régis Debray. Hoy tenemos «una civilización americana en la que las culturas europeas, con toda su diversidad, parecen variables de

ajuste en el mejor de los casos y reservas indígenas en el peor. En un tablero de ajedrez eso se llamaría un enroque, en un cambo de batalla, una derrota».

Para Rusia y su régimen esta «Guerra Fría» sólo parcialmente nueva, nunca ha sido un medio ambiente deseado. La elite rusa, una vez realizada su reconversión social en clase propietaria, quería integrarse en el mundo occidental «en condiciones dignas», pero a Rusia «se le exigió lo imposible: una sumisión ideológica, geopolítica y económica que limitara su soberanía, algo que contradice todas las tradiciones históricas del país», explica Serguéi Karaganov, un conocido experto ruso en relaciones internacionales que en los años noventa fue un enardecido e ingenuo occidentalista y siempre expresó muy bien la aspiración de la elite rusa. La ocasión se dejó pasar y, a partir de 2008, Moscú pasó de las protestas verbales a los hechos.

La nueva etapa comenzó el 7 de agosto de 2008 con el ataque georgiano contra la república rebelde de Osetia del Sur, cuya población no quería formar parte de Georgia, sino incorporarse a la Federación de Rusia y vivía, como Abjasia, fuera del control de Georgia desde los conflictos de principios de los años noventa. En julio de 2008, Estados Unidos, Georgia y Ucrania habían realizado maniobras militares terrestres en territorio georgiano. Hacía tres años que Georgia estaba modernizando su Ejército de la mano de Estados Unidos, que tenía en Georgia un total de 129 «consejeros militares». El entonces presidente ruso, Dmitri Medvédev, se encontraba de vacaciones en un crucero por el Volga, y el primer ministro, Vladímir Putin –de hecho, el verdadero «número uno» en Rusia– llegaba a Pekín seis horas antes de que comenzara el ataque georgiano, manifiestamente bendecido por el presidente George W. Bush. El cálculo fue que no habría una rápida decisión rusa de respuesta militar, pero la hubo porque los rusos estaban perfectamente al corriente de lo que se preparaba. La derrota georgiana fue estrepitosa.

El siguiente hecho fue, en marzo de 2014, la recuperación y anexión rusa de la península de Crimea, perteneciente a Ucrania desde los años sesenta, después de que Occidente alentara y aprovechara una revuelta popular para cambiar el régimen de aquel país y colocar un Gobierno partidario del ingreso en la OTAN. El año siguiente, Rusia volvió a

intervenir militarmente, ahora en Siria, evitando una nueva operación de cambio de régimen occidental organizada en el avispero islamista de la guerra civil local.

Al revindicar así su autonomía soberana en el mundo, gracias al restablecimiento de su potencial militar, Rusia fue inmediatamente expulsada de la comunidad internacional *respetable* y catalogada como «no Occidente», lo que la empujó a una especie de papel de «vanguardia del mundo no occidental en desarrollo y afirmación en la arena internacional». En la actitud rusa se teme, sobre todo, el ejemplarizante mensaje de desafío que lanza para todas las potencias emergentes del mundo de hoy, con China en primer lugar. Aunque el actual peso económico de Rusia en el mundo está bien lejos de representar una amenaza, y mucho menos una alternativa al hegemonismo occidental, esa desafiante defensa militar de sus intereses soberanos la colocó inmediatamente en el papel de enemigo principal. La demonización de Rusia y de su presidente supera hoy los niveles alcanzados en la Guerra Fría del siglo XX.

El Pentágono, lo que se conoce como la «comunidad de la inteligencia» (los servicios secretos) y el complejo militar-industrial, todo ese enorme poder fáctico que la política imperial de Estados Unidos desarrolló durante la Guerra Fría y que determina el gobierno de ese país, necesita para existir adversarios y amenazas militares, reales o imaginarios. Pasado el efecto del 11S neoyorquino y agotado el ambiguo recurso de la «guerra contra el terrorismo», Rusia recobró importancia simbólica para alimentar esa necesidad existencial de amenazas.

A ese papel de villano contribuyó también el efecto que la crisis financiera de 2007-2008 tuvo en las sociedades occidentales del capitalismo central; donde cayó el nivel de vida, se redujeron las clases medias mientras se incrementaban los beneficios de la minoría más rica, sin que se viera una perspectiva halagüeña. El descontento, que las nuevas evidencias de injusticia y la creciente desigualdad propiciaron, disparó las contestaciones populares, frecuentemente capitalizadas por la ultraderecha, que erosionaron, o por lo menos zarandearon, el habitual control oligárquico de la situación y sus instrumentos tradicionales (medios de comunicación, elecciones previsibles, partidos políticos, instituciones y Gobiernos) en las

sociedades occidentales. La crisis desintegradora de la Unión Europea, el *brexit,* las victorias y los ascensos electorales de la derecha xenófoba y de los euroescépticos por doquier, y sobre todo la emergencia del fenómeno Trump en Estados Unidos, un *presidente broncas* que insultaba a sus aliados, generaron inseguridad y cierto desorden en el mundo occidental. En el intento de recuperar el control y la unidad, y ante la eventualidad del recurso a métodos autoritarios, es imprescindible designar enemigos externos. Una vez más, Estados Unidos marcó la senda.

La elección presidencial de 2016 en Estados Unidos confirmó que las deslocalizaciones de la globalización económica, que habían acompañado el dominio mundial de Estados Unidos en las últimas décadas, generaban una revuelta y un voto de protesta entre las clases populares del país. Con la inesperada victoria de Donald Trump, la presidencia cayó en manos de un nuevo representante de la oligarquía que radicalizó aún más hacia la ultraderecha el gobierno al servicio de los más ricos y del complejo militar-industrial, sobre la ola de un voto de descontento popular que expresó el descrédito y el resentimiento hacia gran parte de los instrumentos tradicionales del sistema político liberal de Estados Unidos. Trump capitalizó todo eso con un discurso de protesta contra los medios de comunicación, el Partido Demócrata y los emigrantes, mientras lanzaba confusas enmiendas verbales a la globalización.

La globalización, tal como esta se entendió en la época reciente, había sido un seudónimo del dominio comercial de Estados Unidos y de sus empresas en el mundo. El discurso del libre comercio y el mercado sin fronteras es el adecuado mientras uno, sus recursos y su moneda, es indiscutiblemente el más fuerte y dominante. En el mundo de hoy, eso sigue siendo así para Estados Unidos, sin embargo, como hemos dicho, en las últimas décadas los niveles de esa fortaleza cambiaron. En el inexorable y conocido declive relativo de la potencia estadounidense iniciado en la segunda mitad del siglo XX, aparecieron las enmiendas a la globalización introducidas por Deng Xiaoping en China, a partir de su giro de 1978, y antes aun por Japón y otros países de Asia Oriental. China comenzó a liberalizar y crear mercados, sí, pero sin perder control político. Abrió su economía al mundo, sí, pero sin perder autonomía para evitar el

establecimiento de los vínculos de dependencia característicos de las relaciones asimétricas entre el Norte y el Sur. En general, China y Asia Oriental no siguieron la doctrina *proclamada* por la globalización norteamericana, sino la *práctica* de esta; es decir, antes de alcanzar una posición sólida, practicar una estricta defensa de sus intereses económicos nacionales vía proteccionismo y una activa intervención en la configuración de la economía. Cuarenta años después, esta receta parece haber funcionado bien. Gracias a la hábil administración de su debilidad objetiva, y pese a un cúmulo de contradicciones, China ha ido ganando peso en el mundo hasta llegar a ser vista como futura primera potencia mundial.

Hace tiempo que Estados Unidos reacciona a esa realidad. La secretaria de Estado, Condoleezza Rice, ya alertó en la Administración de George W. Bush sobre la necesidad de reorientar las prioridades de la acción político-militar exterior de Estados Unidos para neutralizar a China, algo que los atentados neoyorquinos del 11S de 2001 aplazaron. Con el presidente Obama, Estados Unidos inició el emplazamiento en Asia Oriental del grueso de su fuerza aeronaval alrededor de China, el llamado *pivot to Asia*.

Presentado poco menos que como un loco errático carente de todo proyecto y asediado por la histérica leyenda macartista de su manipulación rusa (la leyenda dice que Trump venció electoralmente gracias al intervencionismo de Moscú en la campaña, un hecho absolutamente marginal comparado con el protagonizado por Washington en Rusia y en decenas de naciones del mundo o con el de la intervención de países como Israel y Arabia Saudí en la política interna americana), el presidente Trump afirmaba querer profundizar con mayor decisión en la apuesta por China como adversario principal, al tiempo que introducía medidas proteccionistas. Un aspecto esencial de esa línea es el intento de separar a Rusia de China.

Durante el catastrófico ensayo de dominio del mundo en solitario que siguió a la disolución de la URSS y culminó con las desastrosas y criminales intervenciones de los *neocon* en Oriente Medio, con un balance de 2,4 millones de muertos en Iraq (desde 2003) y 1,2 millones en Afganistán/Pakistán (desde 2001), a los que hay que añadir varios centenares de miles en Libia, Somalia, Siria y Yemen, así como la

destrucción de sus sociedades y Estados, Estados Unidos estuvo propiciando el impremeditado acercamiento de Rusia y China. Esas dos potencias son incapaces de hacerle sombra por separado a Estados Unidos, pero aunadas, y por difícil, complicada y mutuamente desconfiada que sea su relación, ofrecen agregados de potencia y acción muy considerables. Por lo menos desde 1997, en medio de las guerras de la OTAN en Yugoslavia, China y Rusia comenzaron a firmar declaraciones conjuntas en materia de «cooperación estratégica en el siglo XXI», contra el hegemonismo y las políticas de fuerza y a favor de un nuevo orden internacional basado en la diplomacia y el multilateralismo. Lo que a finales del siglo XX eran meras declaraciones a favor de una administración tripartita-multipolar de los asuntos mundiales, veinte años después, en los inicios de la presidencia de Trump, había adquirido dimensiones y realidades más sólidas. Lejos de ser un bloque, y sin perder un ápice de su tradicional mutua desconfianza, Pekín y Moscú habían estrechado sus relaciones económicas, militares y políticas. Al calor de la *política occidental de derechos humanos* –es decir, de la utilización propagandística de las fechorías del adversario para desacreditarlo–, de las sanciones, de los avasallamientos militares como la ampliación de la OTAN hacia el este en Europa y del cerco en el mar de la China Meridional, crearon y participaron en nuevos foros y proyectos del mundo «no occidental», como la Organización de Cooperación de Shanghái, y compartieron objetivos e intereses generales como el debilitamiento del dominio del dólar en el comercio internacional.

Trump llegó a la Casa Blanca en ese momento. Su «America First» combinaba un refuerzo del proteccionismo con cierta idea de una administración tripartita de los asuntos mundiales en rivalidad con China y Rusia. Trump partía del presupuesto de que el principal adversario de Estados Unidos a medio plazo era China e intentó repetir la jugada de Henry Kissinger de 1972, pero invirtiendo sus términos: si en la época de Nixon se trataba de llegar a acuerdos con China para confrontar con la URSS y alterar así la correlación de fuerzas en perjuicio de quien se consideraba el *enemigo principal,* Trump deseaba un acuerdo con Rusia para debilitar a China.

En una de sus conferencias de prensa de 2015, el futuro presidente dijo:

> Una de las peores cosas que le podría ocurrir a nuestro país es que Rusia sea empujada hacia China. Nosotros la hemos incitado a aliarse con China, vean los grandes acuerdos petroleros que están ultimando. Nosotros los hemos unido y es una catástrofe para nuestro país. La incompetencia de nuestros gobernantes les ha hecho ser amigos. Creo que me entenderé muy bien con Putin.

Ya en 1972, el propio Kissinger consideraba a los chinos «tan peligrosos como los rusos, e incluso serán más peligrosos dentro de cierto periodo histórico». «En veinte años», le decía a Nixon, «su sucesor terminará inclinándose hacia los rusos contra los chinos». «Ahora», decía, «necesitamos a los chinos para disciplinar a los rusos», pero en el futuro será al revés. Cuarenta y cinco años más tarde, en sus últimos años, el viejo criminal de Vietnam insistía en aquella idea al propugnar que «Rusia debe ser percibida como un elemento esencial de cualquier nuevo equilibrio global y no ante todo como una amenaza para Estados Unidos».

Siguiendo las concepciones de Henry Kissinger, Trump lanzó declaraciones con buenos propósitos hacia la Rusia de Putin mientras que fortalecía sus relaciones con Taiwán y se reunía con el caudillo norcoreano para distanciarlo de la influencia china. El problema es que en ese propósito, Trump chocó con una fuerte resistencia: para el Pentágono, el complejo militar-industrial y otros poderes fácticos de su país, la amenaza *es* Rusia. Esta discrepancia propicia una pelea, abierta y sin precedentes, dentro del *establishment* de Estados Unidos. La evolución de este galimatías está, naturalmente, abierta a todo tipo de imprevistos, sin embargo, de momento lo más relevante es la propia pelea interna en Estados Unidos, por lo que tiene de desgaste para la primera potencia mundial.

Las elites rusas y chinas siempre han soñado mucho más con un acuerdo bilateral firme y estable de cada una de ellas con Estados Unidos, a través del cual Washington reconozca sus intereses, que con formar un bloque común contra la agresiva primera potencia, pero la historia no siempre se escribe sobre líneas rectas. «La gran alianza que derrotó a Alemania fue modelada más por las circunstancias (y la estupidez de Hitler) que por los deseos de los hombres», constatan dos grandes historiadores de la Segunda Guerra Mundial. La lógica del capitalismo propiciaba entonces una guerra conjunta contra la URSS, pero la desmesura y agresividad de

Hitler impusieron otro escenario más ambiguo. Hoy parece que las circunstancias continúan impulsando ese frágil y también ambiguo acercamiento entre Rusia y China.

«Nuestros socios chinos entienden perfectamente que Rusia es el objetivo provisional y que el principal objetivo es China», dice Karaganov, hoy ferviente partidario de la proyección *euroasiática* de Rusia. «Los americanos nos proponen que entreguemos a China y nos prometen que después nuestras relaciones serán maravillosas», señala este experto. Lo que ocurre es que «para impedir que China sea primera potencia mundial, primero hay que quebrar moralmente o aplastar a Rusia, que se interpone en el camino».

Observada desde Europa, la correlación de fuerzas es inequívocamente desfavorable a Rusia. La población de los miembros europeos de la OTAN supera en cuatro veces a la de Rusia. La suma de sus PIB, en nueve veces. Su gasto militar supera en, por lo menos, tres veces el ruso. Incluyendo al conjunto de la OTAN, el presupuesto militar ruso es por lo menos doce veces inferior al occidental.

En términos económicos las sanciones de los Estados Unidos y la UE a Rusia son muy dolorosas. Durante la mayor parte del siglo XX, Rusia estuvo sometida a sanciones y bloqueos occidentales. En realidad nunca ha dejado de estarlo. La famosa enmienda Jackson-Vanik que restringía desde 1974 el comercio de Estados Unidos con la URSS no fue derogada hasta 2012, y sólo para ser sustituida por otras sanciones renovadas, pero, a diferencia de la época soviética, la economía rusa está ahora muy inserta en la mundialización y depende sobremanera de los flujos financieros y de un mercado energético cuyas riendas están en manos de sus adversarios. Forjado, como hemos dicho, por la necesidad y las circunstancias más que por los deseos de su elite, el estrechamiento de relaciones con China no parece poder compensar los efectos de las sanciones, por lo menos a corto y medio plazo. Los créditos chinos no pueden sustituir todo el tráfico crediticio y accionarial que une las empresas y los negocios rusos con Londres o Nueva York. Algo parecido puede decirse sobre los flujos energéticos: la demanda china no podría compensar un cierre drástico del

suministro de gas ruso a Europa, de momento sostenido, y en expansión, por el interés de Alemania.

En este desfavorable contexto, Rusia cuenta con algunas inesperadas ayudas, sobre todo en comparación con las circunstancias que conoció durante la Guerra Fría del siglo XX. La más notable es la extraordinaria crisis interna del campo occidental, cuyas instituciones, desde la OTAN hasta la Unión Europea, pasando por el G7, la OPEP y la Organización Mundial de Comercio, están agrietándose a marchas forzadas. Antes era el poder dominante de Estados Unidos el que solucionaba las posibles grietas existentes en Occidente, pero las de ahora son mucho mayores porque tienen que ver con cambios profundos en la correlación de fuerzas global, y, sobre todo, porque una de las principales grietas atraviesa al propio *establishment* de Estados Unidos, cuyas discrepancias internas incrementan la inoperancia general. ¿Cuánto durará esa paralizante división interna?

Pero además de los problemas de los otros, Rusia tiene también algunas ventajas propias, sobre todo en comparación con la época soviética.

En la Guerra Fría todo lo que quedaba en el mundo fuera del campo socialista estaba mayormente controlado por el mundo occidental. Hoy eso no es así. Muchos países y regiones enteras del mundo han ganado autonomía y margen de acción. Antiguo *patio trasero,* América Latina ha protagonizado desafíos significativos al tradicional dominio de Washington que, sean cuales sean sus horizontes y soluciones, difícilmente se saldarán con un regreso a la situación anterior.

Durante la Guerra Fría del siglo XX, la URSS se gastaba enormes cantidades de dinero y recursos para sostener y ayudar a los «países hermanos». Algunas estimaciones cifran aquel esfuerzo en cerca de la mitad de su PIB. Hoy ese lastre ha desaparecido. Además, la URSS se enfrentaba entonces no sólo a Estados Unidos y la OTAN sino también a China, en una tensión militar hoy desaparecida.

En el plano informativo, la red propagandística occidental sigue siendo la principal, pero el mundo emergente multipolar ya tiene sus medios alternativos: el canal de televisión global ruso RT, que emite con eficacia en diversos idiomas; los canales del Golfo; la china CCTV (también en varios idiomas); Tele Sur; y otras. El canal RT está siendo tan efectivo que el

Parlamento europeo ha aprobado vergonzosas resoluciones discriminatorias contra los medios de comunicación rusos, además los consorcios estadounidenses Twitter y Facebook han cerrado cuentas de portales rusos…

Todas estas ventajas podrían paliar la enorme debilidad objetiva de Rusia en los actuales pulsos de esta segunda «Guerra Fría» sin motivos ideológicos ni confrontación de sistemas socioeconómicos. Pero la mayor vulnerabilidad de Rusia en los actuales y futuros pulsos se deriva de las características internas de su régimen político.

Características y fragilidad del régimen ruso

Ya hemos visto cómo el actual sistema ruso se gestó en los años noventa mediante la aplicación del Consenso de Washington por parte de una casta político-administrativa vivamente interesada en su reconversión social como clase propietaria. En el contexto ruso, la privatización más la liberalización de precios y del comercio exterior dieron lugar a una síntesis negativa de aspectos de la burocracia soviética con aspectos del capitalismo. Primero fue la compra privada de empresas estatales en subastas amañadas. Luego, la absorción de empresas privatizadas por parte de grandes grupos dominados por magnates (oligarcas) en un cuadro que dejó muy poco terreno y pocas posibilidades para la pequeña y mediana empresa. Al mismo tiempo, en manos del Estado quedaron importantes activos en diversos sectores, gas, petróleo, electricidad, militar, diamantes, transporte ferroviario y banca, por lo que el resultado fue una economía mixta con dominio del sector oligárquico. ¿Cómo evoluciona todo esto con Putin?

Podemos definir el actual sistema ruso como un «capitalismo burocrático basado en el acuerdo entre la burocracia y el capital privado. El Estado permite al capital ganar dinero como sea, y a cambio el capital no debe meterse en política. La propia burocracia participa en el negocio, pese a que está prohibido». Los cimientos de este sistema y del particular régimen que lo sustenta fueron puestos por Borís Yeltsin: una versión del

tradicional *samovlastie,* un régimen autocrático que practica una «democracia de imitación», democracia aparente o sucedáneo de democracia, como se quiera llamar, pero los sucesores de Yeltsin lo han perfeccionado.

La clase política rusa alrededor de Putin se ha endurecido, se ha hecho más nacionalista y mucho más escéptica y cínica hacia la política occidental de derechos humanos (es decir, y una vez más, la política del uso instrumental y discriminatorio de los derechos humanos para descalificar y combatir a regímenes adversarios). También ha modernizado y mejorado notablemente sus fuerzas armadas y sus medios de comunicación y propaganda.

Al llegar al poder, Putin continuó la política neoliberal, mantuvo a los *«Chicago boys»* en sus puestos (Greft, Kudrin, Illirianov, etc.). A partir de 2005, con la euforia de unos precios del petróleo favorables, se advirtieron en Putin deseos de cambio hacia un capitalismo de Estado, ampliando el peso y control estatal en la economía. Se comenzó a hablar de programas de infraestructuras, pero no se realizó gran cosa. La crisis financiera de 2008, la caída de los precios del petróleo, la persistencia de las posiciones neoliberales, la devaluación del rublo de 2014 y las sanciones occidentales complicaron la relativa recuperación económica e impidieron nuevas mejoras sensibles en la vida de la gente común.

Más de la mitad de la industria petrolera está en manos privadas, que reinvierten poco en modernización y se preocupan sólo por sus beneficios. El sector del aluminio es privado en un 100 por 100. El bancario, en un 70 por 100, incluidos los tres principales bancos del país. Por un lado, la economía nacional está inserta y depende de las redes económicas y financieras globales bajo estricto control occidental. Por el otro, la política lanza desafíos al defender la soberanía del país y sus intereses nacionales. Todo eso llevado al extremo sugiere, a la elite y a la ciudadanía en general, perspectivas de sacrificio en el altar de los intereses supremos del Estado. Ese es un ejercicio en el que históricamente el pueblo ruso ha estado extraordinariamente curtido. Una pregunta fundamental es si esa predisposición al sacrificio sigue siendo actual en la sociedad rusa de hoy. La elite está integrada en la vida occidental y no parece que considere

adecuado volver a ser atada a la servidumbre al Estado. Respecto a la gente común, su disposición al autosacrificio en nombre de la «nueva Guerra Fría» sin motivación ideológica es más que dudosa. En 2018, las encuestas confirmaban que el 68 por 100 de los rusos declaraban su rechazo a la idea de su país como «fortaleza asediada» y deseaban un acercamiento con Occidente. Un año antes, las mismas encuestas revelaban que los rusos consideraban que tienen derecho a defender sus intereses incluso si ello contradice los intereses del Estado. Quienes no están de acuerdo con ese enunciado no tienen otro que contraponer, y se sumarían a él de forma pasiva si llegara el momento. Hace mucho tiempo que no estamos ante una sociedad soviética en la que el sacrificio individual y colectivo para favorecer los intereses supremos del Estado se daba por supuesto. Una observadora rusa del campo liberal, violentamente hostil a toda idea de consolidación estatista de país, auguraba que:

> Se desmorona la legitimación autocrática y el gobierno de una elite ladrona sobre la presentación de la civilización liberal como *amenaza* al Estado ruso y ante la necesidad de contrarrestarla. Se evapora el fundamento de la represión ante los descontentos presentados rutinariamente como *quinta columna* y *agentes occidentales*.

Las sanciones y la pelea con Occidente, que determinan la voluntad rusa de ser un polo soberano y autónomo en el mundo, introducen una brecha potencialmente muy peligrosa en la elite rusa, en el mencionado acuerdo entre la burocracia y el capital privado. Los sectores de esta elite que dependen y están insertos de pleno en la globalización occidental están interesados en la integración con Occidente y no en la confrontación. El cisma de su elite oligárquica es, por tanto, un peligro bien real para el régimen de Putin.

Es la combinación de esa hipótesis social –en sus dos variantes, popular y elitaria– con la escalada de riesgos militares asumidos lo que parece más inquietante para Rusia. Cualquier traspié militar en alguno de los escenarios de la nueva intervención rusa en el mundo, ya sea en Ucrania, en la frontera báltica con la OTAN o en Siria, que se salde con una humillante derrota podría resultar fatal para el régimen político. Ese es el gran riesgo del legítimo desafío militar ruso tras un cuarto de siglo de maltrato y acoso occidental, lo que llamo el *espectro de 1905*. Una humillante derrota militar

hizo entonces que el prestigio del zarismo, un régimen arcaico, se desmoronara como un castillo de naipes.

Ineficacia del sistema para el desarrollo

Ese riesgo es particularmente significativo si se aborda, una vez más, desde el punto de vista de la *teoría del desarrollo*. El actual sistema ruso se ha demostrado muy útil para el enriquecimiento de una oligarquía. Rusia ostenta el tercer puesto mundial en fortunas de miles de millones de dólares, pero es extremadamente ineficaz para el desarrollo, incluso en las condiciones de una buena coyuntura de los precios del gas y del petróleo, responsables de dos tercios de los ingresos exportadores y del grueso de los ingresos del presupuesto estatal.

La estructura oligárquica del sistema no quiere compartir sus beneficios con el conjunto de la sociedad (hay que decir que este es un diagnóstico que trasciende a Rusia y retrata bastante bien el panorama general del neoliberalismo). Incluso en los años con crecimientos significativos del 7 por 100 (los primeros años del siglo XXI), el índice de desarrollo humano bajaba mientras el PIB subía. Incluso si se atiende a las ventajas en distribución, consumo y menores agobios obtenidas respecto a la vida durante el sistema soviético, el actual sistema ha instaurado una gran desigualdad social en rentas e ingresos: con la URSS era de seis a uno, ahora de diecisiete a uno y en Moscú hasta de cuarenta a uno, con gran cantidad de pobres. Sin presiones de abajo, una política keynesiana y una nueva política fiscal (en la actual, cuanto más rico menos pagas, otro diagnóstico que trasciende a Rusia) no parecen posibles. Así no se alcanzarán una vía de desarrollo y un sistema estables, lo que incrementa las posibilidades de Rusia de ser engullida y maltratada por otras potencias: el fantasma de la China del siglo XIX evocado por Serguéi Witte en la última etapa del zarismo. Emulando sin saberlo al ministro zarista, Putin dijo en 2018 que «la principal amenaza y nuestro principal enemigo es el hecho de que nos estamos quedando atrás, y si somos incapaces de revertir esta tendencia, nos quedaremos aún más atrás».

Putin hizo esa dramática confesión tras haber reivindicado aspectos de su gestión de gobierno como la mejora en la esperanza media de vida de los rusos, la menor dependencia de los precios del gas y el petróleo, las mejoras en agricultura e industria alimentaria y, sobre todo, la modernización de sus fuerzas armadas y el desarrollo de nuevas armas de destrucción masiva, pero aquel contexto patriótico, triunfal-preelectoral y militarista no hizo más que dramatizar su confesión: «seguimos quedándonos atrás».

El retraso de Rusia, del que su régimen político forma parte, «supone una amenaza mucho más significativa a la soberanía e integridad territorial del país que las reales amenazas militares contra las que Rusia ya está bien protegida», señala la tesis de un reputado *think tank* ruso. «Sin un avance cualitativo en casa, Rusia está condenada a un papel periférico en el mundo», dice.

Democracia de imitación

En lo político se ha instalado una «pseudodemocracia» («democracia de imitación») que supone un escalón considerablemente más bajo que el de las democracias de baja intensidad de Europa. «Democracias de baja intensidad de Europa» es, ciertamente, una categoría muy general que pierde de vista el hecho de que en Francia o en el Reino Unido haya, por ejemplo, más calidad democrática que en España; o que en Noruega haya más democracia que en Alemania; y que en Alemania a su vez exista mayor holgura del poder judicial que en Hungría… Pero, en todo caso, es evidente que la Rusia actual está en un nivel muy por debajo de todo ello.

Habiendo abandonado el sistema de partido único, Rusia mantiene el sistema de *samovlastie,* de poder autocrático, fundamentalmente hostil al pluralismo. Elementos básicos de ese sistema son: que desconoce la rotación en el poder, es decir, cuando la oposición vence como resultado de unas elecciones; que sus instituciones son débiles, sus contrapesos judiciales o parlamentarios raquíticos; que el poder ejecutivo nombra a sus sucesores y la población ratifica ese nombramiento en las elecciones; que el Estado crea los partidos *(partidos del poder)* desde el Gobierno y los administra; que no son los partidos los que conquistan el Gobierno, sino

más bien al revés; que el Parlamento es *de bolsillo,* de tipo consultivo y estructuralmente dependiente y alimentado por el poder ejecutivo; que los medios de comunicación relevantes están muy controlados; que se ejerce una fuerte presión sobre los oponentes manifiestos, lo que incluye sospechas de recurso a la eliminación física de opositores o críticos en casos extremos; y que, en suma, las elecciones siempre las gana el poder establecido. Por supuesto, algunos de estos aspectos, incluidos los cuatro últimos, son comunes enmuchas «democracias de primera división», pero, una vez más, en Rusia existen de una forma más cruda y estricta.

En la conciencia social, la sociología arroja lo siguiente: se mantiene el rechazo de la gente a ser sujeto activo, mezclado con la desconfianza hacia el Gobierno y el apego a la «mano dura» y a quien la encarna, el presidente Putin. Hay un problema de autoidentificación, que se resuelve mediante un apoyo a lo que represente un «Gobierno fuerte». Al mismo tiempo, se expresa cierta comprensión de que el *statu quo* no tiene futuro. El frenesí de los nuevos ricos, su desmesura o su obsesión por tener posesiones y seguridades personales en el extranjero, muestran un punto de inseguridad y provisionalidad entre los propios beneficiarios del sistema.

Todo esto lleva a la conclusión de que tras su apariencia de fuerza y robustez, el sistema ruso de poder autocrático basado en un pacto oligárquico y en la «democracia de imitación» es muy frágil. Este sistema está más cerca del estándar de democracia que el sistema zarista o el soviético. La casta dirigente/gobernante ya no monopoliza las cinco funciones esenciales del sistema (poder político, propiedad, ideología, dirección y organización), pero sigue lejos de la «homologación» con la media europea, que es el espejo en el que se mira la sociedad rusa.

Sin oposición, ni medios de comunicación vivos, ni poder judicial independiente, las autoridades pierden el sentido de la realidad sobre lo que ocurre en el país, el régimen atrae a los más conformistas y la corrupción se dispara. Al mismo tiempo, una mayor holgura abre posibilidades, márgenes de maniobra, a la sociedad, a la ciudadanía, que no existían en la época soviética. Conforme la sociedad madura, la base psicológica de la «democracia de imitación» se erosiona.

En una sociedad moderna y educada del siglo XXI de la periferia de Europa, una autocracia personalista que no permite la rotación electoral y en la que reina una economía oligárquica muy injusta e ineficaz es, por definición, débil. Que compense esa debilidad restringiendo cualquier desafío político a su monopolio, no hace más que profundizar su disfunción estructural, porque a falta de canales, las presiones sociales y ciudadanas hacia esa «homologación» están condenadas a abrirse paso a codazos. Toda la situación hace muy fácil que el cuestionamiento de un aspecto, del resultado de unas elecciones o de un revés de la política exterior que denote debilidad, evolucione hacia un cuestionamiento de todo el sistema. Esa es la gran debilidad del sistema ruso. Por todo ello, considero extremadamente frágil el actual régimen y muy abierta a sobresaltos y contestaciones la situación actual en Rusia.

Veamos ahora cómo se inserta esa ambigüedad interna en el triángulo mundial del que forma parte con Estados Unidos y China.

Las ambigüedades de un mundo inquietante

El fin del mundo bipolar y su Guerra Fría abrieron una oportunidad histórica para la humanidad. Esa era, precisamente, la perspectiva del discurso de Mijaíl Gorbachov sobre el «nuevo pensamiento» y la «nueva civilización»: una oportunidad y una invitación para adentrarse en la senda del multilateralismo, en la generalización de la diplomacia, en el desarme nuclear y en el rechazo de las políticas militares para la resolución de los conflictos, con un papel preponderante para las Naciones Unidas. Desde esa perspectiva por un momento pareció posible encarar los retos del siglo XXI. Los *retos del siglo* eran, y siguen siendo aún, tres: contener el cambio climático, paliar la desigualdad social y entre el Norte y el Sur y avanzar en el desarme de la capacidad de destrucción masiva convertida en objeto de amplio consumo. Precisamente por eso Gorbachov, que no era un telepredicador sino el dirigente indiscutible de una de las dos superpotencias, es decir, uno de los fundamentos del ordenamiento internacional, fue percibido en el mundo como una gran esperanza popular;

porque expresó un sentido común universal perfectamente comprensible en la calle.

El fracaso interno de la reforma soviética y la mala fe de los competidores estratégicos de la Unión Soviética provocaron que se dejara pasar aquella oportunidad. En su lugar se ensayó la catástrofe de una hegemonía en solitario que, estadísticamente, es la principal amenaza a la paz mundial: 13 guerras desencadenadas por Estados Unidos al precio de 14 billones de dólares en los últimos treinta años. En 2017, se contabilizaron 20 guerras y 385 conflictos. Un futuro viable aconseja una reforma de las instituciones internacionales bajo el signo del multilateralismo, la generalización de la diplomacia y el rechazo de las políticas militares basadas en la lógica de la ley del más fuerte. Una reforma del calado de la que se emprendió al fin de la Segunda Guerra Mundial con la creación de la ONU, etc., pero con una puesta al día de su espíritu universalista que ponga las instituciones en línea con los retos. Son los países emergentes los que más empujan en esa dirección.

Los simples dividen los países en «democracias» y «dictaduras», olvidando algo muy básico: que hay Estados que son plurales en su interior y hegemonistas y guerreros en su exterior, y otros que siendo menos, o en absoluto, plurales en su interior, practican una política exterior multilateralista mucho más prudente, opuesta al belicismo y abierta a la diplomacia y el consenso en la resolución de los problemas internacionales.

La dicotomía multilateralismo/hegemonismo representa para las relaciones internacionales algo parecido a la alternativa entre régimen de partido único y régimen plural con separación de poderes para un Estado nacional. En el mundo de hoy son las grandes potencias emergentes, no «homologables» con el estándar democrático en su realidad interior, las que propugnan ese cambio de forma mucho más decidida que las potencias occidentales de América y Europa adictas al militarismo. Esa es una paradoja sólo aparente, pues es lógico que quienes están en una posición de poder que va a menos sean más reacios a ceder posiciones mediante una restructuración de sus relaciones que aquellos que emergen y tendencialmente van a más. Precisamente por su reciente debilidad, los segundos tienden a buscar coaliciones para unir esfuerzos e intereses,

mientras que los primeros son particularmente reacios al cambio a causa de la inercia que su reciente poder indiscutible y dominador tiene en sus instituciones y mentalidades. Como dice el ministro de exteriores ruso, Serguéi Lavrov, «son las potencias que antes dominaban el mundo y quieren continuar haciéndolo eternamente, las que se oponen activamente a ese proceso [de pluralismo en las relaciones internacionales]». Este es uno de lo motivos por el cual la acción concertada de los BRICS, y, en primer lugar, de países como Rusia y China, con regímenes no «homologados», sea el principal contrapeso a las tendencias al suicidio que sugiere el viejo impulso occidental de seguir dominando el mundo en solitario e intentar paliar o retardar este proceso de cambio mediante la fuerza militar. Pero hay algo más.

Tanto Rusia como China presentan características adicionales que favorecen cierta prudencia en sus actitudes. Como hemos explicado en otro lugar, en el caso de China, la potencia emergente que parece más decisiva en el cambio de fuerzas mundial en el que estamos insertos, no se puede hablar históricamente de un ascenso, sino de un *regreso* hacia el papel de primera potencia mundial que tuvo hasta el siglo XVIII, algo que unido a su ancianidad, tanto histórica como demográfica, está cargado de consecuencias. En la larga tradición histórica de China como potencia imperial tributaria hay algo tan diferente al agresivo expansionismo occidental de los últimos quinientos años, como la gran muralla difiere simbólicamente de la dinámica idea de frontera de la joven nación norteamericana. Y en su tradición cultural, lo menos que puede decirse es que hay ingredientes bien diferentes a los que llevaron a la humanidad hasta su estado actual de la mano de los inventores del capitalismo. «Diferentes» no quiere decir necesariamente «mejores», pero en una situación con síntomas de agotamiento y que no parece ofrecer salidas pacíficas y sostenibles, la fórmula contiene posibilidades.

Rusia no sólo carece de esa especificidad supuestamente prometedora, sino que desde todos esos puntos de vista es una típica potencia occidental. También desde el punto de vista de la tendencia: no está entre las que suben, sino entre las que bajan. Su inclusión en el grupo de los emergentes no tiene que ver con un ascenso tendencial, como los de China, Brasil y

otros, sino con la mera reparación acometida por Putin de la desmesurada decadencia que experimentó en los años noventa. Rusia sólo conoce un pequeño regreso, pero en el mejor de los casos, en la mejor administración de su declive, tras haber perdido, junto con la URSS, el 24 por 100 de su territorio, casi la mitad de su población, y el 40 por 100 de su PIB, de su potencial industrial y de su potencial militar, no va a volver a ser una URSS, sino algo bastante menor. Pese a su importancia en la actual campaña de demonización, el discurso del «expansionismo» de la Rusia de Putin no tiene fundamento, tanto por falta de voluntad como por falta de posibilidades. En su estado actual, Rusia es un país tan enorme y tan rico en recursos que el dinámico impulso de expansión territorial que su «tercera Roma» conoció en los últimos siglos puede considerarse más que agotado.

La concepción de un «mundo multipolar» nació en Occidente en los años setenta. En Rusia se popularizó mucho más tarde, hacia mediados de los años noventa en el apogeo de la *bananización* de la época de Borís Yeltsin. Sobre las realidades de los cambios de correlaciones de fuerza hoy ampliamente reconocidos, los políticos rusos encontraron en la reivindicación de la multipolaridad un recurso razonable, pero también una vía para conjurar sus complejos. Se había pasado de superpotencia, de hablar de igual a igual con Estados Unidos, por lo menos en aspectos estratégicos, a ser algo parecido a una república bananera, con un presidente indigno y ridículo, directo intervencionismo extranjero en las decisiones internas y total ninguneo en la esfera internacional, como ilustraban la ampliación de la OTAN hacia el este y las guerras de Yugoslavia. Contemplando en la CNN los impactos de las bombas guiadas en Iraq mientras en Chechenia un puñado de guerrilleros poco temerosos de la muerte ponían en ridículo a su oxidado ejército, hasta el más ciego se daba cuenta de que el papel de la antigua potencia soviética había pasado a la historia y era irrecuperable. Todos los atributos de autoridad habían saltado por los aires. Rusia no tenía aliados. Tras lo visto en Yugoslavia y en Chechenia ninguno de sus antiguos amigos, fuera en el Caribe, en Oriente Medio o en Asia, confiaba en ella. Moscú tampoco presentaba una ideología universalista redentora. Su única idiosincrasia era el nacionalismo ruso. En su entorno inmediato, y salvo raras excepciones, las antiguas repúblicas

hermanas de la URSS temían su fraternal abrazo. Que hubiera tensiones hasta con la heroica Bielorrusia, la república partisana de la Gran Guerra Patriótica, lo decía todo de la ruda y mala gestión de Moscú en ese ámbito. Ese era el precio que la *Estadocracia* rusa pagaba por su reconversión en clase burguesa, pero quedaba un mal sabor de boca. Lo único que quedaba de la antigua gloria, ahora definitivamente entendida como la capacidad para ser más temida que respetada, era el arsenal nuclear.

Ningún país se jacta como Rusia de su arsenal nuclear. Cualquier otra potencia nuclear, excepto China y con Estados Unidos en primer lugar, era más agresiva que Rusia en cuanto a la eventualidad de tener que usar sus armas de destrucción masiva tal como se desprendía de las doctrinas de «primer uso» y demás. Pero sólo en Rusia el público, la clase política y los medios de comunicación tenían tan presente aquel único atributo de matón global capaz de sublimar los complejos y las humillaciones. Cuando la OTAN invadió Kosovo, un Borís Yeltsin ofendido, no tanto por la ignominia de aquel atropello sino por haber sido dejado completamente al margen, le dijo al presidente Bill Clinton por teléfono: «Tú sabes lo que Rusia tiene». Veinte años después de aquello, con una doctrina nuclear ya alineada con la de Estados Unidos, el presidente Vladímir Putin dedicaba en 2018 casi la mitad de su discurso sobre el estado de la nación, ante las cámaras parlamentarias, a una pormenorizada exposición, con muestra de media docena de vídeos, de las nuevas armas y misiles hipersónicos que consagran la autoatribuida superioridad estratégica del país ante Estados Unidos. «Espero que todo lo que se ha dicho hoy haga pensar dos veces a cualquier potencial agresor, dado que las medidas inamistosas contra Rusia como desplegar defensas antimisiles y aproximar las infraestructuras de la OTAN a las fronteras rusas son militarmente ineficaces y suponen costes injustificados a causa de su inutilidad», dijo Putin en aquel insólito discurso.

La chulería nuclear rusa, un rasgo a la vez comprensible e indecente, se manifiesta tanto entre los políticos del Kremlin como entre los periodistas y expertos, y expresa los complejos dejados por la devaluación. La multipolaridad es el único esquema con el cual podía recuperarse una autoridad mundial, aunque fuera compartida: si ya no podemos formar parte

del dúo global de matones, por lo menos somos miembros de una nueva cuadrilla ampliada de los que imponemos nuestros designios en el mundo. Desde este punto de vista, la multipolaridad y el arsenal nuclear, que brinda el pasaporte para acceder a ella, son el reflejo freudiano de un chulo acomplejado. Una especie de solución de consolación. Naturalmente, ese complejo sería insignificante sin la agresividad –esta sin complejos– del gran y principal matón que lo alimenta incesantemente. La diferencia entre ellos sigue siendo importante: mientras Donald Trump amenaza abiertamente con «destruir totalmente» a un país, Corea del Norte, que no ha sido el único en pasar por esa experiencia en el pasado, con una lluvia de «furia y fuego nunca vista en el mundo», la chulería de Putin deja espacio para la declaración, en el citado discurso, de que el poder militar ruso «no es una amenaza para nadie; nunca hemos tenido planes de usar ese potencial para objetivos ofensivos y aún menos agresivos». Pero el dato está ahí y ahí queda.

La gran diferencia de Rusia respecto a las otras potencias occidentales es que la experiencia del precio humano pagado en la Segunda Guerra Mundial, cuya memoria sigue ahí, determina fuertemente la actitud claramente opuesta a la guerra de su población y de su elite. Otra cosa es la defensa de su territorio. Frente a lo que afirma la propaganda occidental, el «peligro ruso» sólo existe en la hipótesis de un ataque a Rusia. En ese caso, dada la enorme potencia militar del país, el peligro es inmenso. Pese a la intensa propaganda sobre el belicismo y la agresividad de Putin, la analogía que el presidente ruso expresó, en octubre de 2014, en el foro de Valdái refleja bien la situación:

> Lo que le está permitido a Júpiter, no le está permitido al buey, nosotros no podemos estar de acuerdo con esta fórmula. Puede que al buey no le esté permitido, pero les quiero decir que el oso no va a pedir permiso a nadie. Además, el oso se considera aquí el rey de la taiga y sé con seguridad que no tiene intención de trasladarse a otras zonas climáticas, porque no está cómodo allí. Pero su taiga no la entregará a nadie, y creo que eso debe quedar claro.

Tanto Rusia como China son países que conocieron revoluciones. Las revoluciones dejan su sello en las biografías de las naciones que las conocen, trátese de Francia, Rusia, China o Cuba. La Revolución de Octubre cambió el mundo. La de China, una consecuencia de aquel cambio,

tuvo a su vez gran repercusión en el mundo colonial y poscolonial. Ambas forman parte ineludible del presente de ambos países, hasta el punto de que el actual presente ruso debe ser definido como «postsoviético» y el régimen chino continúa presentándose en sus símbolos e instituciones como «comunista». La Rusia soviética liberó Europa del fascismo. ¿Cómo influirán esos pasados recientes en la configuración del mundo de mañana? No podemos pretender una respuesta, pero la pregunta es pertinente. Me parece que esas son también razones por las cuales el papel mundial de esas *potencias rivales* de Occidente, o autónomas con respecto al hegemonismo, debe ser valorado y observado más allá de la mera denuncia de sus manifiestos defectos, como hacen rutinariamente los medios de comunicación de nuestro ámbito.

* * * * * * * * *

Las enormes polémicas alrededor de las incoherencias y brutales teatralizaciones de Trump, de la leyenda macartista de su antipatriótico y subterráneo juego con Rusia que explicaría su victoria electoral y otras distracciones, han conseguido difuminar aquello en lo que el presidente de Estados Unidos está siendo extraordinariamente consistente y catastrófico: su negacionismo del calentamiento global; su belicismo mimando el complejo militar industrial y aprobando una doctrina nuclear aún más peligrosa e insensata que las precedentes; su favor a los beneficios de los más ricos; sus apoyos incondicionales a los desmanes y las violaciones de Israel; su política de cuadros, nombrando a dementes belicistas como John Bolton en puestos clave de su Administración; y su denuncia del acuerdo nuclear alcanzado con Irán. Al lado de todo eso, sus improbables avances con Corea del Norte y sus esfuerzos para una mejora de las relaciones con Rusia para concentrarse más y mejor en apretarle los tornillos a China son poca cosa. Por su propio estilo, Trump será difícilmente objeto de confianza. ¿Quién podría confiar en un acuerdo con quien se ha desdicho del alcanzado y firmado con Irán en julio de 2015? Nadie en su sano juicio. Desde luego no el régimen de Corea del Norte, que ya llegó a un acuerdo de

desarme nuclear con la Administración Bush en septiembre de 2005 que los Estados Unidos violaron a continuación en sus principales preceptos. Tampoco Putin, que constata que cuanta más retórica amistosa le dedica Trump, más fuertes son las sanciones y las presiones militares de Estados Unidos contra Rusia.

El *presidente broncas* va acumulando un gran resentimiento global en su contra. Su retirada del acuerdo de comercio con los países del Pacífico ha decepcionado a Japón y a otros socios ribereños acostumbrados a seguir la estela de Estados Unidos. El acuerdo se cerró de todas formas, en marzo de 2017, pero sin Estados Unidos, y Japón firmó demostrativamente a continuación otro acuerdo comercial con la Unión Europea en julio de 2018. El abandono del acuerdo con Irán y las subsiguientes amenazas de sanciones a las empresas europeas han contrariado a los socios europeos, ya irritados por las nuevas exigencias de Estados Unidos en la OTAN y por la infame retirada del acuerdo del clima.

El desorden incrementado, que Trump ha introducido con todo esto en el mundo y con su pelea interna en Washington, sólo es una buena noticia por lo que tiene de desgaste y desprestigio para la potencia americana. Como ha dicho Immanuel Wallerstein, «tenemos suerte de que Trump sea tan estúpido de golpear de forma tan brutal a su propio campo». Pero los riesgos y perjuicios en todos los demás frentes son demasiado concretos como para nivelar la balanza. Sobre todo cuando no sabemos cuánto durará Trump. Podemos suponer que la paralizante pelea interna en Washington no será eterna. De momento, las nuevas brechas en la OTAN, en la economía occidental o en el G7 no compensan los desastres apuntados en belicismo, en Oriente Medio o en el clima, pongamos por caso. Un conflicto armado con Irán, cuya consecuencia inmediata serían el cierre del estrecho de Ormuz y la interrupción de un flujo petrolífero vital para Europa y Asia Oriental, podría ser aún más catastrófico que la última Guerra de Iraq. Aún más, depende de cómo evolucione en Washington la presión institucional interna contra Trump, por ejemplo si se llegara a la perspectiva de un procedimiento de destitución, desencadenar una guerra podría ser el gran recurso salvador de este bufo personaje…

Mientras Trump encalla su país con sus peleas y enmiendas, agudizando las crisis institucionales en el mundo occidental e incrementando los riesgos militares, la política china gana peso y prestigio desde cualquier punto de vista. Con su llamada «Nueva Ruta de la Seda» *(Belt and Road Initiative),* China avanza. Los desórdenes introducidos por Trump aún incrementan más su oportunidad y colocan a Xi Jinping en el papel de serio y previsible estadista de proyección mundial. Simplemente su prudencia y previsibilidad contrastan demasiado al lado de «esa especie de Juan Domingo Perón sin medallas». Su proyecto es el único abierto, integrador, universalista y no basado en la lógica militar de la imposición del más fuerte que existe en el mundo de hoy. ¿Qué significa ese proyecto?

Para China, la «Nueva Ruta de la Seda» es la tercera gran fase desde el establecimiento de la República Popular. La primera fase fue la revolución maoísta, que levantó al país del suelo. La segunda, sobre los cimientos de la revolución, la modernización económica de Deng Xiaoping y sus sucesores. Esa modernización se hizo con el entendimiento de que China debía ser prudente y humilde en la esfera internacional: no meterse en conflictos ni presentar ambiciones que comprometieran su prioridad de desarrollo interno en una etapa tan delicada. Con Xi Jinping se llega a la tercera gran fase: definir y afirmar el papel de China en el mundo. Tras el impulso económico y modernizador de las últimas décadas, la intervención directa de China en los asuntos mundiales se ha convertido en una condición de la continuidad del ascenso chino. Y eso no sólo por la necesidad de estabilizar y garantizar los suministros que alimentan su fábrica global: por una simple cuestión de la escala adquirida por su poderío, la prudente no intervención y discreción internacional pregonada por Deng Xiaoping ha comenzado a quedarse desfasada. En el ámbito de las relaciones entre las grandes potencias, China ha iniciado con esta tercera fase el primer movimiento del relevo hacia el papel de superpotencia. Los imperativos del mismo «ascenso chino», que hasta hace poco exigían discreción, exigen ahora una mayor intervención en el mundo.

Lanzada en septiembre de 2013, la «Nueva Ruta de la Seda» es un gran proyecto de integración económica de Asia, África y Europa mediante colosales inversiones en infraestructuras. Una red de corredores energéticos,

vías de comunicación y transporte terrestres y marítimas, e integraciones financieras destinadas a afianzar y expandir la economía global. Con su lanzamiento previsto para el 2021 y con una perspectiva que alcanza hasta el año 2049, implica, como proyecto, a unos 60 países –muchos de ellos sin más cálculo que recibir inversiones chinas– que representan el 70% de la población mundial, el 55% del PIB y el 75% de los recursos energéticos globales conocidos. La iniciativa se basa en tres principios: apertura hacia todos los países, carácter integrador basado en el respeto a la idiosincrasia y las opciones de desarrollo de cada uno de ellos y normas de mercado. El resultado implícito de esta iniciativa es crear un nuevo paradigma geopolítico. Como dice el agudo periodista brasileño Pepe Escobar, «a diferencia del Hotel California», en este hotel de diseño chino «puedes entrar y salir a cualquier hora. Los no clientes se preguntan "¿cómo es que no tiene objetivo ni plan detallado?". Pero no hay que extrañarse de que este hotel resulte incomprensible para la miopía occidental». Con miopía o sin ella, en Washington pocos son los que ignoran que la acumulación china de las últimas décadas está empezando a lanzar un verdadero desafío al dominio de Eurasia y de la economía mundial ejercido por Estados Unidos.

Si todo eso funciona, el ascenso de China sólo puede ser detenido por la guerra. De momento ha comenzado como guerra comercial –ignorando el hecho de que el 40 por 100 de la exportación china al resto del mundo procede de multinacionales norteamericanas y europeas instaladas en China–, sin embargo, el *pivot to Asia* y los incidentes y tensiones en el mar de la China Meridional avisan de una dinámica militar bien concreta. Eso, y no las simplezas del «segundo Mao» publicadas con tanta frecuencia en nuestros medios de comunicación, es lo que explica los poderes ampliados de los que Xi Jinping ha sido dotado; esperando una fase turbulenta que incluye tensión militar en el mejor de los casos y conflicto abierto en el peor, los dirigentes chinos se han puesto un cinturón de seguridad, algo que no tiene nada que ver con los poderes de Mao, de la misma forma que la sociedad china actual no es la de entonces.

Con eso en las previsiones, el objetivo militar chino a medio plazo no es desafiar el dominio militar global de Estados Unidos, sino sembrar dudas entre los generales americanos sobre una victoria en un pulso militar

regional en el mar de la China Meridional, donde se acumulan las tensiones del *pivot to Asia*.

La estrategia marina de China se dirige a disolver las alianzas de Estados Unidos en Asia Oriental y el Pacífico occidental. Pekín considera esas alianzas como reliquias de la Guerra Fría y confía en que su peso comercial con los países de la región implicados –que ya es superior al de Estados Unidos– sea determinante en ese proceso de disolución. Al mismo tiempo, China fortalece su potencial aeronaval para hacerlo comparable con sus fuerzas terrestres. Con Xi Jinping se ha realizado un cambio radical en la estructura de las fuerzas armadas chinas y en la doctrina militar de China, constata el ex primer ministro australiano, Kevin Rudd, uno de los raros gobernantes occidentales que habla chino de forma fluida. El objetivo es «sembrar la duda sobre la capacidad de Estados Unidos de vencer en un conflicto militar con China en la región alrededor de las islas en disputa y en el propósito de defender Taiwán», dice Rudd. Muy pronto, China podrá desafiar el dominio militar regional (que no global) de Estados Unidos allí.

En la zona gris

Siendo tendencia general en el mundo de hoy, la multipolaridad está bien lejos de ser un camino inexorable. El avance de los presuntos aspirantes a esa polaridad para configurar el nuevo orden mundial es todo menos claro. Bajo el torpe dominio de la derecha alemana, la Unión Europea, a la que se daba como seguro poder ascendente, está sumida en una seria y paralizante crisis desintegradora. Los avances de América Latina sacudiéndose gran parte del tradicional tutelaje del vecino del norte conocen inquietantes reacciones en países clave como Brasil, Argentina y la caótica Venezuela chavista, que cometió, a diferencia de la Rusia de Putin, el imperdonable delito de repartir entre los pobres parte de la renta petrolera. Es cierto que un país tan importante como México ha conocido un cambio con la holgada victoria de López Obrador, pero el nuevo presidente no parece tener el propósito de encabezar un liderazgo hacia la soberanía continental semejante al de Lula y Chávez en la década anterior.

Oriente Medio está más desorganizado y tenso que nunca, con la novedad de que ninguna potencia externa –y desde luego tampoco Estados Unidos, gran factor de caos allí– es capaz de intervenir con eficacia determinando el curso de los acontecimientos. Y en Asia, más allá de la evidencia del ascenso chino, son fundadas las dudas de que ese paquidermo llamado Organización de Cooperación de Shanghái pueda llegar a bailar un vals y ser verdaderamente operativo en la esfera internacional…

Ya hemos apuntado la ambigüedad del acercamiento ruso-chino. La economía china es cinco veces mayor que la rusa. La última vez que los dos países fueron aliados, en los años cincuenta, la situación era inversa. Ahora Rusia está llamada a ser el «hermano menor» de esa asociación, un papel para el que no tiene vocación. Tampoco el horizonte de un dominio global de China está claro. El estatus de superpotencia, en caso de alcanzarse, no sólo depende de la economía y la potencia militar. «Cualquier imperio exitoso tiene que elaborar un discurso universalista e inclusivo» para ganarse el apoyo y consenso de la población fuera de sus fronteras, así como de los países y sus Estados, observa la historiadora india Joya Chatterji. «Las transiciones imperiales exitosas alcanzadas por la dura fuerza de las armas y el dinero también requieren salvas culturales-persuasivas de poder blando para su dominio global. España tuvo el catolicismo y la hispanidad, el Imperio otomano el islam, la URSS el comunismo, Francia e Inglaterra la *francophonie* y la cultura anglófona». Estados Unidos ha sabido introducir su civilización en su globalización con un éxito extraordinario. China no tiene nada comparable; una escritura que en lugar de 26 letras tiene 5.000 caracteres, una ideología oficial «comunista» confusa y una civilización extraordinaria pero históricamente centrada y replegada en sí misma. «En las últimas dos décadas, la multipolaridad se nos aparece como una lejana línea en el horizonte que se aleja cada vez más conforme nos dirigimos hacia ella», constata el experto ruso Andréi Kortunov.

Tampoco hay certeza de que ese probable *nuevo orden* con varios centros de poder sea más *ordenado* que lo que tenemos hoy o que no vaya a profundizar el actual juego sin normas hasta degenerar en la guerra de todos contra todos que ya sugiere el actual perfume de lo que llamo *fase de los*

imperios combatientes; con frentes más o menos abiertos o latentes en Siria, el mar de la China Meridional, Irán, Ucrania o el Báltico. Ese desorden mundial puede conocer alianzas y combinaciones tan breves como cambiantes y puntuales. En el conflicto de Siria se ha visto un adelanto de todo ello: alianzas occidentales y de aliados occidentales en Oriente Medio con el Estado Islámico y sus alrededores; pactos puntuales de Rusia con Israel y Turquía; la virtual deserción de Turquía de la disciplina de la OTAN; y los acuerdos y consensos militares entre Estados Unidos y Rusia, incluyendo el aviso previo y cartografiado de los objetivos de ataques con misiles para evitar mayores tensiones y la escenificación de la utilización de armas químicas cuya paternidad es incierta. Pero en lo que respecta a las relaciones entre potencias nucleares, es decir, las dos principales potencias implicadas en la zona, la gran diferencia es la ausencia de todos aquellos códigos de conducta, acuerdos y canales de la Guerra Fría que servían para evitar el desastre. En palabras del profesor Stephen Cohen, «multitud de comunicaciones públicas y secretas, acuerdos sobre armas nucleares, reuniones periódicas de los principales responsables y otros procesos regulares que permitieron mantener la paz nuclear» en aquella época. Con Putin, Rusia ha logrado en los últimos años su máximo restablecimiento en la esfera internacional desde la desaparición de la URSS, pero lo ha hecho asumiendo riesgos militares considerables y apurando al máximo sus posibilidades. El resultado ha sido notable pero Estados Unidos y Occidente en general no parecen dispuestos a conformarse con el nuevo estatus alcanzado por Rusia. Dice un observador ruso que «el pulso internacional sólo se encarniza y nadie se dispone a buscar compromisos». Así que si el policentrismo es a la vez tendencial e incierto, merece la pena examinar otras hipótesis, sobre todo la de una larga etapa de ambigüedad estratégica, una *zona gris* en la que una bipolaridad a cargo de Estados Unidos y de China coexista con la acción autónoma de muchos otros actores y aspirantes.

Ni que decir lo inquietante que resulta esta *zona gris* cotejada con las certezas que presentan los riesgos del siglo. La vieja máxima de Gramsci sobre la crisis como algo que consiste en el hecho de que lo viejo se está

muriendo y lo nuevo no puede nacer, se proyecta como algo parecido a una maldición en nuestro siglo.

Fuentes

La declaración del asesor Jeffrey Sachs sobre el malintencionado comportamiento de Estados Unidos hacia Rusia en los años más difíciles, en «Viewpoint: Why the shadow of WW1 and 1989 hangs over Word events», 16 de diciembre de 2014, *BBC News Magazine.* Las vicisitudes de la reforma de mercado en la Rusia de Yeltsin y sus consecuencias sociales, R. Poch-de-Feliu, *La gran transición. Rusia 1985-2002,* Barcelona, 2003. Sobre el ambiente en la Conferencia de Seguridad de Múnich, «Múnich, el Occidente autista» del mismo autor en «Diario de Berlín», *La Vanguardia digital.* También en el blog *rafaelpoch.com.*

Para la concepción del comunismo como vía alternativa de desarrollo económico y social, véase Teodor Shanin, *Revoliutsia kak moment istiny,* Moscú, 1997. Sobre la lectura del comunismo chino en esa misma clave, R. Poch-de-Feliu, *La actualidad de China. Un mundo en crisis, una sociedad en gestación,* Barcelona, 2009. Sobre la revuelta ucraniana del Maidán y la operación de cambio de régimen, véanse el «Cuaderno de Kiev» y el «Cuaderno de Odesa», en *rafaelpoch.com.*

Los datos sobre la evolución del peso de Estados Unidos en la economía mundial en [https://www.statista.com/statistics/270267/united-states-share-of-global-gross-domestic-product-gdp/]. Las consideraciones de Régis Debray sobre la fortaleza cultural de Estados Unidos en el mundo, en *Civilisation. Comment nous sommes devenues américains,* París, 2017. Sobre la occidentalización de Rusia, véase Dmitri Shliapentoj, «Novaya jolodnaya voina i vesternizatsia Rossii», en *Rossia v Globalnoi politike,* 4 de junio de 2018.

Pese a la afirmación de mis fuentes oficiales rusas en Pekín de que el ataque del ejército georgiano a Osetia del Sur de agosto de 2008 fue inesperado para Moscú, mi impresión fue exactamente la contraria: que

estaban al corriente del ataque que se preparaba con la bendición del presidente Bush.

Para los problemas del ascenso chino, véase *La actualidad de China. Un mundo en crisis, una sociedad en gestación,* cit. La estimación de la mortandad ocasionada por las intervenciones militares de Estados Unidos en Iraq y Afganistán se encuentran en Nicolas J. S. Davies, «How many millions of people have been killed in America´s post 9-11 Wars?», *Consortiumnews.com,* 2018. Las primeras declaraciones conjuntas ruso-chinas a favor de un mundo multipolar, en *La Vanguardia,* edición del 24 de abril de 1997, «Rusia y China apuestan por un mundo multipolar y un nuevo orden internacional». Sobre las consideraciones de Kissinger para dividir a Rusia y China en 1972 y su eco cuarenta y cinco años después, véase John Pomfret, *Washington Post,* 14 de diciembre de 2016, «45 years ago, Kissinger envisioned a "pivot" to Russia. Will Trump make it happen?». También «Kissinger´s vision for U.S.-Russia Relations», en *The National Interest,* 4 de febrero de 2016.

Los historiadores británicos que mencionan el carácter «circunstancial» de la gran alianza contra Hitler de la Segunda Guerra Mundial son Peter Calvocoressi y Guy Wint en *Guerra total*. Las observaciones del experto ruso Serguéi Karaganov, en «Zapad nas nenavidit, a my ispitybaem k nemu prezrenie», *Profil,* 23 de abril de 2018, y «Kak pobedit v jolodnoi Voine», en *Rossia v globalnoi politike,* 18 de julio de 2018.

La definición del actual sistema ruso como un «capitalismo burocrático basado en el acuerdo entre la burocracia y el capital privado» es del profesor Andréi Kolganov de la Universidad de Moscú. La tomé de su conferencia en Berlín poco después del estallido de la crisis financiera. La observadora rusa del campo liberal que augura el desmoronamiento de la legitimación del sistema autocrático de Putin es Lilia Shevtsova, en «Oglushatushi proval kremlia i propagandi», *Novaya Vremia,* 6 de agosto de 2018. Las encuestas sociológicas que apoyan la impresión de una sociedad desmarcada de toda idea de sacrificio en el altar de los intereses del Estado son del Centro Levada, un instituto de la misma corriente.

El presidente Putin llamó la atención del retraso socioeconómico de Rusia como «principal amenaza» en su discurso ante la Asamblea Federal

del 1 de marzo de 2018, el mismo en el que se extendió en explicaciones pormenorizadas sobre las nuevas e invencibles armas hipersónicas diseñadas en los últimos años que, según él, anulan todo sentido de cualquier cinturón antimisiles destinado a abatir misiles intercontinentales rusos. El *think tank* ruso que apoya ese mismo punto de vista sobre el retraso como «principal amenaza» es el Consejo Ruso de Relaciones Internacionales en las *Tesis sobre la política exterior rusa* elaboradas por Iván Timofeyev, *et al.,* Moscú, junio de 2017. Los datos sobre el número de guerras y conflictos en 2017 son del Institut für Internationale Konfliktforschung de Heidelberg. La cifra del precio de las 13 guerras de Estados Unidos se mencionó en el Foro de Davos de 2017. Mis consideraciones sobre las posibles oportunidades de la cultura y civilización chinas para un mundo integrado, en *La actualidad de China,* cit.

La cita del veterano sociólogo Immanuel Wallerstein sobre la acción destructiva de Trump sobre su propio campo, en «Le G-7, une disparition réjouissante», en *Mémoires des luttes,* 27 de agosto de 2018. La caracterización de Trump como un «Juan Domingo Perón sin medallas» es de Alfred W. McCoy, «Beijing´s Bid for Global Power in the Age of Trump», *Tomdispatch.com,* 21 de agosto de 2018. Las amenazas de Trump a Corea del Norte se pronunciaron en dos declaraciones el 9 de agosto y el 19 de septiembre de 2017, la segunda de ellas ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

El periodista brasileño Pepe Escobar caracteriza muy bien el planteamiento de la estrategia china de la «Nueva Ruta de la Seda» en «The New Silk Roads are just pieces in a giant puzzle», *Asia Times,* 29 de agosto de 2018. Las consideraciones de la historiadora india Joya Chatterji sobre los límites del *soft power* chino, en *Endless Empire* de Alfred W. McCoy, *et al.*

La cita del experto ruso Andréi Kortunov, en «Pochemu mir ne stanovitsia mnogopolarnim», *Rossia v globalnoi politike,* 26 de junio de 2018. La caracterización de la ausencia de mecanismos y canales en materia de arsenales y sus peligros de Stephen Cohen, en *The Nation,* 18 de abril de 2018. El observador ruso que constata que la recuperación de la acción rusa en el mundo no ha sido aceptada en Occidente y sugiere problemas futuros

es Fiódor Lukianov, en «Na grani nervnogo sryva», *Ogoniok,* agosto de 2018.

PINCHE AQUÍ

A FONDO

Vivimos tiempos en los que nos sentimos aplastados por tanta información; saturados de noticias en papel, en televisión, en radio, en internet. Elaboradas por los periodistas de forma precipitada para ser los primeros, breves porque saben que no tenemos mucho tiempo para dedicarle, superficiales porque con tantas tecnologías simultáneas ya hemos dejado de concentrarnos. Como resultado, en los temas de actualidad complejos, que necesitan un seguimiento y unos antecedentes, nos sentimos perdidos. Leemos noticias de apenas una columna o un titular y vemos imágenes de veinte segundos, pero no logramos abarcar la cuestión en toda su perspectiva y contexto.

Por ello nace la colección de libros *A Fondo*. Sobre asuntos que todos los días están en los medios, pero que requieren que rompamos el ritmo trepidante que nos imponen para acercarnos con la suficiente perspectiva, extensión y elaboración tranquila. Los profesionales mejor conocedores del caso, en su mayoría periodistas, se encargarán de exponer los temas en un lenguaje accesible, con el contexto y los antecedentes necesarios. El lector descubrirá la información primaria que se perdió en la dinámica de los medios, la profundidad que no permitían los diarios ni la televisión y el rigor que la precipitación del periodismo actual impide.

A Fondo incorpora al ensayo una actualidad desacostumbrada en los libros, y al periodismo, una profundidad y un rigor que estábamos perdiendo.

Pascual Serrano

Document Outline

- Cubierta
- A Fondo
- Legal
- ENTENDER LA RUSIA DE PUTIN. De la humillación al restablecimiento
- Presentación
- Prólogo
- I. RAÍCES DE LA AUTOCRACIA
- II. ¿POR QUÉ SE DISOLVIÓ LA URSS?
- III. LA RUSIA POSTSOVIÉTICA EN EL MUNDO DE HOY
- Akal / A Fondo